

A woman with long, flowing blonde hair is shown from the chest up, looking upwards. She is wearing a dark, quilted jacket. The background is a dramatic, stormy sky with dark clouds and a hint of a landscape below. The overall mood is mysterious and intense.

LAURA
PÉREZ
CABALLERO

LA
TORMENTA
INFINITA

¿A quién miran los
muertos?

LA TORMENTA INFINITA
Laura Pérez Caballero

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A ti, por tanto viaje en moto viendo casas y jardines.

1. LUJÁN

Veo, veo. ¿Qué ves? Una cosita. ¿Y qué cosita es?

Veo la cama de Eva Simón Márquez. Veo la cama de una estudiante de enfermería de veinte años que comparte piso en Oviedo con dos compañeras más. La cama está deshecha. Faltan las sábanas y el colchón está cubierto de sangre. Falta algo más. Falta un cuerpo. El cuerpo a quien pertenece la sangre. Cuerpo que no es difícil imaginar envuelto en las sábanas ausentes de esa cama.

Las camas sin vestir dan sensación de mudanza, de día de colada o de casa abandonada. No puedo evitar pensar en alguna de esas situaciones cuando veo una cama sin sábanas. En este caso, además, la sangre indica una agresión, una pelea, puede que un crimen.

Veo a los de la científica afanándose en su trabajo, zumbando como moscas a mi alrededor, con ese aspecto aséptico que los rodea y que los vuelve impenetrables, ajenos a todo lo que no les parezca que pueda ser una prueba. Ajetreados en obtener todo aquello que pueda ser útil, antes de que la escena se contamine, como se contamina todo aquello que toca la mano humana.

Mis ojos se desplazan por el cuarto tomando nota. Persiana levantada, cortinas cerradas. Algo de sangre salpica la pared a la que está pegada la cama, pero en general se concentra toda en el colchón. En el suelo una huella borrosa de un zapato, dibujada con el rojo de la sangre de la víctima.

—Supongo que alguien habrá fotografiado eso —digo. Aunque lo hago en un susurro, más para mí misma que para el resto, uno de la científica se apresura a responder que sí. Su tono es neutro. No hay reproche por la intrusión en su trabajo.

Las dos compañeras de piso de Eva permanecen en el salón del pequeño piso alquilado. Está en El Cristo, muy cerca del Campus, es fácil saber porqué lo han elegido. Es una tercera planta, en un edificio viejo en el que recientemente han instalado un ascensor que baja hasta los estacionamientos del sótano. En seguida hablaré con ellas, pero primero quiero ver con detalle la escena del crimen. ¿El crimen? Por la cantidad de sangre que empapa el colchón yo diría que sí, que la pobre chica no puede seguir viva después de haber perdido tanta. ¿La chica? Estoy haciendo conjeturas demasiado rápido. No hay cadáver, la sangre podría ser de otra persona y la inquilina de la habitación ser su asesina. ¿Asesina? Todavía no sé nada.

Dejo hacer su trabajo a los de la científica y observo.

Observo una mesita junto a la cama. Sobre ella una lamparilla de noche antigua, con una de esas tulipas que se llevaban tanto en los años ochenta, un paquete de pañuelos de papel, la funda de unas gafas, una botella de agua mineral y un libro. El libro se titula Tiempo de silencio. Está escrito por Luis Martín Santos. Yo no leo demasiado. En la portada hay un par de ratas blancas, de esas de laboratorio. Giro el libro y leo la sinopsis. Va de un estudiante de medicina. Muy adecuado para alguien que estudia enfermería, aunque tiempo es lo que alguien ya no tiene. Y silencio, bueno, no es silencio exactamente lo que se escucha ahora mismo en este piso, pero son gajes del oficio, el alboroto es básico en el inicio de una investigación. El alboroto y el caos que se forma cuando cuatro personas nos movemos con premura en una habitación de apenas ocho metros cuadrados.

Uno de los agentes sale de un pequeño baño con lo que parece una servilleta de cafetería.

—Estaba dentro de la taza del váter, tiene algo escrito pero no es legible —dice dirigiéndose a mí. La guarda con cuidado en una de las bolsitas plásticas que usan.

Imagino a alguien extrayéndola del servilletero de un bar, rojo (no sé por qué, pero lo imagino de ese color con la publicidad de una marca de cerveza serigrafado en él) y

garabateando algo en ella. Qué se anota en una servilleta. Un número de teléfono, una dirección, un poema, o se hace un dibujo de forma distraída mientras se toma algo en un bar. Estás en la barra, sentada en uno de esos taburetes altos, tomándote un vino o una cervecita, mientras picoteas del cóctel de frutos secos que te han puesto en un platillo y de pronto te llaman por teléfono. El interlocutor te dicta un número o una dirección y ¿qué haces? Sacas una de esas servilletas que no absorben absolutamente ningún líquido y le pides un bolígrafo al camarero para apuntar en ella lo que te están dictando.

Veo una cómoda un poco más allá, apoyada contra la pared pintada de color azul cielo. A primera vista se distingue un cepillo de cabello, del que seguramente alguno de la científica habrá recogido algún pelo, un foulard muy bien doblado, una caja que parece un joyero, un frasco de perfume. Y pienso que ni volcando todo el contenido del perfume podríamos dejar de respirar ese olor metálico tan característico de la sangre. Ese olor se mete por la nariz y tarda mucho en abandonarte, se instala en la pituitaria y se repite una y otra vez a lo largo del día, con mucha más intensidad al tragar saliva.

Veo una foto. Es la foto de una niña sentada frente a una tarta de cumpleaños con una vela de número. El número es un seis. Una mujer la abraza desde la espalda y su cabello, largo, claro y brillante, cae sobre los hombros de la niña, mezclándose con el suyo. Supongo que son Eva y su madre. Están al aire libre, parece que es el patio de una casa. Hacía un día espléndido, se puede apreciar por la luz en la fotografía, el sol estaba alto, así que debía ser primera hora de la tarde cuando se la sacaron. Pienso en su madre, en que tendré que llamarla para darle la noticia de la desaparición de su hija. No será la primera vez, tampoco la última, pero todas son igual de incómodas, dolorosas.

—Nosotros hemos terminado aquí —dice el jefe de la científica. El resto de sus hombres ya han salido de la habitación. Es un hombre enorme, debe medir cerca de dos metros y tiene algo de sobrepeso, pero su voz es suave y amable — ¿Cómo está tu madre, Luján?

—Sigue igual. Eres el único del que recuerda su nombre —miento. Les digo lo mismo a todas las personas que tienen la delicadeza de preocuparse por ella, aunque sea con una simple pregunta. Puede que ni siquiera les importe, pero se agradece el que la recuerden ya que ella no puede hacer lo mismo.

Sonríe y me aprieta el hombro con una de sus manazas antes de dejarme sola en el cuarto. Sola con los fantasmas. La habitación se vacía y el silencio se vuelve, ¿cómo se dice?, sí el silencio se vuelve atronador.

Vuelvo la vista de nuevo hacia la foto y después observo la imagen que me devuelve el espejo que tengo enfrente.

Veo una mujer de cincuenta y seis años. Una piel lechosa, con pecas que, de niña, fueron el deleite de los abusos del colegio. Veo un cabello que llega a la altura de los hombros, cobrizo, con canas brillando en las sienes, intrusas peleando por destacar entre el tinte. Un rostro que se ha ido rellenando con carne y arrugas. Veo ojeras y bolsas bajo los ojos. Sí, esa soy yo. Veo a Luján García Prieto, inspectora en el cuerpo de policía de Oviedo. Veo, en resumen, que otro caso más me está esperando.

2. ALEJANDRA

Menuda noche, vaya manera de echar agua, hacía años que no caía una tormenta así. Lo sé porque siempre me ha gustado ver los rayos mientras me siento a salvo, como ahora tras la ventana. Cuando era una niña, mi abuelo siempre nos contaba a los nietos cómo le había caído un rayo a un vecino del pueblo mientras araban la tierra. Los ojos se le enrojecían y la voz salía temblorosa de su boca, acompañada de aliento con olor a vino y queso. Decía que el rayo le había destrozado la ropa, que el vecino había quedado tendido en el suelo, con el cuerpo abrasado y la ropa desperdigada a su alrededor.

Los nietos le escuchábamos en silencio, sobrepasados por la historia y sobre todo por las lágrimas de mi abuelo. En nuestras cabezas se dibujaba la imagen de un hombre desnudo y chamuscado.

Durante la infancia tuve miedo a las tormentas. Era un miedo que al mismo tiempo me atraía. Como el vértigo que se siente al montar en una montaña rusa, o el cosquilleo mientras ves una película de terror. Hace años que lo superé para disfrutar del espectáculo natural que suponen los hilos de luz que caen sin piedad sobre la tierra, como si la castigara por haber cometido algún pecado.

Eva me llamaba pesada porque yo contaba aquella historia, la de mi abuelo, siempre que había tormenta.

—Pero qué pesada que eres, de verdad. Supéralo ya —me decía usando aquellas expresiones de adolescentes que escuchaba en la escuela o leía por las redes.

Sin embargo, el haz de luz que atravesó los cristales de mi habitación no era el de un relámpago. Era sin duda la luz que proyectan los focos de un coche. Instintivamente dirigí la mirada hacia el reloj despertador que tenía sobre la mesita para, entrecerrando los ojos, comprobar que era más de la una de la madrugada.

Luca, la perra pastor que le habíamos regalado a Eva cuando cumplió ocho años, ladró en el salón, donde tenía su cama para dormir.

El viento había cambiado de dirección y las gotas de lluvia ya no golpeaban contra los cristales de la ventana. Contuve la tentación de abrir las hojas para inspirar el olor a tierra mojada y observé sorprendida que se encendía el farolillo de entrada de la casa del jardín. La casa que mi marido había construido para Eva cuando ella apenas tenía dieciséis años y reclamaba intimidad.

—Yo te construyo la casa, pero tú prometes ser responsable.

Su padre siempre la había mimado y consentido.

—Es una cría —había protestado yo.

—Así aprenderé a dejar de serlo —replicó ella.

—Así ¿cómo?

—Asumiendo responsabilidades, como dice papá —dijo mientras se colgaba del cuello de su padre. Sabía que había ganado la batalla, que tenía a su padre vencido. Y eso bastaba.

—A ver, a ver a ver. Cierra los ojos y deséalo con fuerza, con mucha fuerza, con toda tu alma. Sabes que lo que se desea con toda el alma se acaba cumpliendo —reía Benjamín, encantado con los arrumacos de su hija.

—Papá —protestaba Eva—, que ya no soy una niña pequeña para creer en esas milongas.

Y ya se había salido con la suya. Eva siempre se salía con la suya. Su padre, arquitecto, dibujó los planos y se ocupó de construir una pequeña casa de una sola planta con una cocina que hacía las veces de sala, una habitación y un baño minúsculo.

Yo la observaba entrar y salir acompañada de Néstor. Me avergüenza reconocer que algunas veces llegué a asomarme a través de los cristales para tratar de ver lo que hacían dentro, deseando descubrir algo que me diera la razón en mi postura de que aún era una cría irresponsable, pero con el paso de los meses acabé por acostumbrarme y Eva se instaló a vivir en la casita de a hecho.

Luca se quedó con nosotros en la casa grande. Eva había rogado por tener un perro, pero se había cansado de la perrita en muy pocas semanas. Benjamín era quien se ocupaba de sus cuidados, comprarle la comida, cambiarle el agua, sacarla a pasear por el monte. Luca le adoraba.

La cortina de lluvia me impedía ver quién era la persona que abría la puerta y accionaba la luz del recibidor, pero sí distinguía la figura de una mujer.

Regresé a la mesita de noche y tomé el teléfono mientras buscaba su número entre los contactos. Al tercer pitido su voz me llegó como desde otro mundo.

—¿Mamá? ¿Te he despertado?

—Eva ¿eres tú? ¿Estás en la casa del jardín?

—Sí, soy yo, mamá.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo has venido a estas horas? Y además con la que está cayendo.

—No pasa nada, mamá, acuéstate.

—Voy a verte.

—No, mamá, acuéstate. Estoy bien, de verdad, pero estoy muy cansada y no quiero que vengas con este diluvio. Mañana con calma hablamos, necesito dormir un rato.

Las madres sabemos cuándo nuestros hijos no están bien, pero además yo tenía una ventaja, o dos: la hora que era y el tiempo que hacía. Nadie se aventuraría desde Oviedo hasta Valmilar por gusto bajo aquella lluvia torrencial, pero como buena madre también sabía cuándo era mejor ceder.

—Está bien, cariño. Mañana me paso a verte.

Tuve que ir hasta el salón a tranquilizar a Luca que no dejaba de ladrar. Me miraba con esos ojos grandes y cansados, su pelaje se había poblado de canas y cada vez aspiraba más de sus pelos de los suelos y los sofás, ya tenía doce años y comenzó a lloriquear cuando le dije con voz firme que se callase.

—Tonta, tonta, ¿qué pasa? Es Eva. ¿Por qué te asustas así? Eres una cagona, menuda perra guardiana estás hecha.

La perra se dejaba mimar, mi mano pasaba una y otra vez sobre su cabeza, entre las orejas, arrastrado pelos entre mis dedos. En cuanto daba un paso para alejarme comenzaba a aullar desesperada.

Al final me la llevé al cuarto y le permití echarse sobre la alfombra, a mi lado, como si fuese una niña pequeña asustada que quisiera dormir con su madre. Algo que Eva nunca había hecho. A Luca no se lo había permitido mientras Benjamín estaba vivo, sin embargo, al morir él fue como si Luca se volviera más asustadiza. Benjamín había sido el faro que guiaba su vida, ahora tenía que acostumbrarse a su ausencia y a mis cuidados, sustituir las rutinas que mantenía con mi marido a las que yo misma mantenía. Me pareció que su vida ya se había vuelto lo suficientemente dura como para negarle algún capricho de vez en cuando, como el dormir en la habitación conmigo cuando se mostraba más estresada, como ahora.

Lo último que vi antes de meterme en la cama y quedarme dormida, hasta que me despertó la llamada al móvil, fue un rayo caer en el terreno, cerca de la casa del jardín. O quién sabe, quizá solo hubiese sido parte de un sueño, el inicio de un sueño del que sería difícil despertar.

3. LUJÁN

Las compañeras de piso de Eva se llaman Carla y Lucía.

Carla es una chica de veintidós años. Lleva el pelo rapado, lo que hace que sus ojos parezcan aún mucho más grandes de lo que ya son y tiene la mirada enrojecida por las lágrimas. Es grande, debe medir al menos un metro ochenta y además su complexión es robusta, pero aún así parece una muchacha desvalida. Se ve muy nerviosa, nada fuera de lo normal dada la situación.

Lucía estudia enfermería, como Eva, y coincide con ella en alguna de las asignaturas, aunque va más atrasada. Lleva el cabello castaño hasta media espalda, se nota que está planchado, y en su rostro destaca una nariz pequeña y respingona que parece tallada a golpe de bisturí. Ella fue quien le dijo a Eva que tenían una habitación libre en el piso. Es a su nombre al que está firmado el contrato de alquiler.

—Me parecía que estaba agobiada. La casa en el pueblo se le caía encima. Por eso le propuse que se mudara aquí con nosotras. Luego murió su padre, hace unos meses, y me pareció que estar fuera de ese ambiente era lo mejor que le podía haber pasado. Tiene una relación extraña con su madre.

Su actitud es mucho más tranquila que la de su compañera y me brinda tanta información gratuita que me resulta hasta irritante. Pero pueden ser precisamente los nervios los que le generen esa espontánea verborrea.

Yo sigo observando. Observo las pestañas largas y lentas de Carla cuando parpadea, las manos entrelazadas que se manosean una a la otra, nerviosa. Lucía la abraza por los hombros.

—¿Cree que la han matado? —pregunta. Y Carla parece quedarse sin respiración, como si fuese a darle un ataque de ansiedad de un momento a otro. ¿Es posible que el shock haya bloqueado ese pensamiento en su cabeza hasta que su compañera lo ha expresado en voz alta?

Yo no contesto. Yo soy la inspectora, soy quien hace las preguntas.

—¿Salía con alguien? —pregunto.

Carla niega con la cabeza dirigiendo su cara al suelo. Puedo ver un remolino en su coronilla. Me provoca una ternura infinita. Una persona tan grande con un aspecto tan indefenso. Lucía es la que lleva la voz cantante. Mantiene a su compañera abrazada no sé muy bien si en una actitud maternal o simplemente dominante.

—No. Al menos no que nosotras conozcamos.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No sois amigas de Eva?

—Sí, pero Eva era... o es —parece avergonzada por el lapsus— una chica reservada. Incluso en el pueblo tenía su propio apartamento dentro del terreno de la casa de sus padres. Decía que valoraba mucho su intimidad.

Me callo lo que pienso sobre las personas que valoran mucho su intimidad y de pronto deciden irse a compartir piso con otras dos chicas a las que apenas conoce. A fin de cuentas, Eva solo tenía... o tiene veinte años, le queda mucho tiempo por delante para madurar. Esto lo piensa alguien que valora tanto su intimidad e independencia que ya lleva dos divorcios en su haber.

Observo, siempre observo, las rodillas de Carla, una pegada a la otra y moviéndose de forma rítmica empujadas por unos pies de puntillas. Lucía la abraza con más fuerza, como si tratase de controlar el vaivén de su compañera.

—¿Fuiste tú quien entró en su cuarto a llamarla?

Carla me mira con sus ojos enormes. Sus ojos negros, profundos, pintados con una raya negra y enrojecidos por las lágrimas recientes. Su cabello rapado le da un aire desvalido, como recién salida de un campo de concentración. Supongo que justo el efecto contrario al que le

gustaría transmitir cuando se hizo el corte. Por la cantidad de pirsin que adornan su rostro y sus orejas yo diría que trata de parecer una chica dura, transgresora.

—Sí, fui a preguntarle si le apetecía que le preparase algo para cenar.

—¿Tú te ocupas de las cenas, os turnáis o cómo va eso?

De nuevo Lucía toma la batuta y le quita a Carla la palabra. Son tan distintas, en todos los sentidos, que me cuesta mucho entender cómo han llegado a convivir juntas.

—No, de hecho es raro que cenemos, picamos cualquier cosa y cada una se ocupa de su comida. Lo único que tenemos repartidas son las tareas más comunes de la casa, el polvo, la limpieza del baño, de los suelos...

Sigo con la mirada puesta en Carla, dando a entender a Lucía que no le estoy preguntando a ella, o mejor dicho, que me gusta que me conteste la persona a la que pregunto.

—¿Por qué ibas a prepararle algo entonces? Justo hoy.

—Anoche salimos las tres —contesta Carla—. Eva se pasó un poco bebiendo, por eso esta tarde no fue a las clases. Dijo que se iba a quedar durmiendo. Fui para ver si estaba bien. Iba a ofrecerme a preparar algo para cenar porque sabía que no había comido y pensé que no le vendría mal meter algo en el estómago.

Se lleva una mano a la boca mientras pronuncia las últimas palabras como si fuese a vomitar. Como si el hablar de que su compañera necesitara meter algo en el estómago hiciera que el suyo se revolviere para hacer lo contrario: vaciarse.

Conozco bien esa sensación, en el primer y tercer escenario de crímenes en los que estuve presentes tuve que hacerme a un lado entre arcadas y buscar un lugar para vomitar, aunque con el paso del tiempo he conseguido, si no lograr superarla, al menos sí aminorarla lo suficiente como para que nadie note que está ahí. Disimular que hay cosas que por mucho tiempo que pase, siempre, siempre, van a estar ahí.

—Entiendo —digo— ¿Dónde estuvisteis esta tarde?

Dirijo mi mirada a Lucía, a fin de cuentas sé que será la primera en responder. Ella no tarda ni un segundo en hacerlo, con absoluta seguridad.

—En la facultad, tenía clases desde las cuatro hasta las ocho.

Mi mirada se vuelve entonces hacia Carla. ¿Titubea? Titubea. Al fin responde.

—Estuve en mi trabajo.

—¿Dónde trabajas?

—Trabajo a media jornada en Macdonalds. Esta tarde tenía turno de dos a ocho.

—¿En qué Macdonalds?

—El de la Calle Uría.

—Este piso está muy bien situado para llegar a la Facultad de Medicina, pero para tu lugar de trabajo queda un poco a desamano.

Lucía vuelve a la carga.

—Carla comenzó la carrera, allí fue donde yo la conocí y le ofrecí compartir piso.

Carla me mira y luego aparta la vista mientras dice:

—Tampoco es que pueda permitirme alquilar un piso en el centro.

Asiento. Me levanto del sofá dispuesta a marcharme, pero antes formulo otra pregunta sin dirigirme a ninguna de ellas en concreto. Que conteste antes quien quiera contestar.

—¿Cuál de las dos llegó primero a casa?

Me lo esperaba. De nuevo Lucía toma la palabra. No duda al responder. Su voz es segura, como su postura, recta, estirada. Se nota que no le falta autoestima.

—Llegamos juntas. Pasé a recoger a Carla por su trabajo con mi coche, cuando terminaron

las clases.

Carla se limita a asentir confirmando las palabras de su compañera.

Sonrío hacia las chicas. Les digo que se tranquilicen. Pregunto si pasarán la noche en el piso o si van a alojarse en otro lugar. Me dicen que se quedarán allí. Lucía asegura que no tiene miedo, que no ha hecho nada, no hay nada que tenga que temer. Esa respuesta me llama la atención.

—¿Crees que Eva hizo algo que no debiera?

Se encoge de hombros. Creo que se arrepiente de su comentario.

—No, no lo sé, solo sé que yo no he hecho nada. Es una forma de hablar, no veo ninguna razón para salir huyendo de mi propia casa, a eso me refería, eso es lo que quería decir.

4. ALEJANDRA

Siempre he odiado el tono de llamada de los teléfonos. Me altera escuchar sonar el móvil. Lo relaciono con malas noticias. Y si me paro a pensarlo es estúpido, porque ¿cuántas llamadas he recibido a lo largo de mi vida? ¿Cuántas de esas llamadas han sido malas, realmente malas, frente a las buenas o cotidianas?

Sin embargo, siempre he sido así. Soy la persona que detecta de inmediato la luz fundida entre todas las que lucen en el árbol de Navidad, esa soy yo. La que prevé el peor final, la que carga con el paraguas por si llueve.

Cuando murió mi madre, la noticia me llegó por teléfono. Me llamó una de sus hermanas. Las dos se habían quedado viudas muy jóvenes (como yo, como si fuese algo genético, hereditario o de familia) y su relación se fue volviendo cada vez más estrecha hasta terminar viviendo las dos en el mismo pisito de Gijón. Sus días se dividían entre los paseos por el Muro de la Playa San Lorenzo y las meriendas en cualquier confitería. Cundían más los pasteles que los paseos y en los últimos años ambas habían ganado varios kilos de más. Un día, mamá se echó a dormir y no se despertó más. Dijeron que había sido un derrame cerebral. Que qué suerte había tenido, que ya les gustaría a muchos terminar así sus días. Hasta mi tía se unió a ese eslogan y se pasó todo el funeral repitiéndoselo a todo el que se acercaba a darle el pésame: “ya me gustaría a mí dejar este mundo así”. Todavía hoy me angustio cuando veo el nombre de mi tía en la pantalla del móvil.

Lo de Benjamín fue distinto. Llamaron de comisaría. Se mató en un accidente de automóvil. Cuando recibí la noticia no supe cómo reaccionar. Tan solo pregunté qué tenía que hacer ahora. Del funeral de mi madre se habían encargado su hermana y mi marido. Durante un segundo pensé en darles el número de mi tía, pedirles que la avisaran, que ella sabría lo que hacer ahora que me había quedado tan sola. Me la imaginaba diciéndoles que ella se ocuparía, que ya lo había hecho antes con el funeral de mi madre, que qué suerte había tenido muriéndose así, mientras dormía, sin enterarse de nada, que ojalá también ella se muriese así. Qué extraña es la mente.

El número que aparece ahora es largo, desconocido. ¿Quién llama a las siete de la mañana? Me temo que esta vez mi intuición no va a estar equivocada.

Luca levanta la cabeza de la alfombra y espera. Parece que quiera avisarme. “Eh, tú, te está sonando ese cacharro que os lleváis a la cara los humanos ¿a qué esperas para hacerlo?”

Antes de contestar me levanto y me acerco a la ventana. La perra se incorpora y me sigue con dificultad, pegando su morro húmedo a la mano que cuelga a un lado de mi cuerpo mientras sujeto el móvil con la otra. Son las siete de la mañana y el cielo ha dejado de llorar. La casa del jardín permanece en pie, intacta. Lo del rayo castigador fue solo un sueño. La llamada es real. ¿Quién llama a las siete de la mañana? Vuelvo a preguntarme, resistiéndome a contestar. Pero contesto.

—¿Diga?

—¿Es usted Alejandra Márquez Posada?

—Sí, soy yo ¿quién habla?

—Soy la inspectora Luján García, me pongo en contacto con usted para saber si sabe algo de su hija Eva Simón.

La casa del jardín sigue intacta. No hay luces encendidas ni señal alguna de que Eva se haya levantado. El instinto de madre me hace responder sin pensar.

—No. ¿Ha pasado algo?

El silencio se alarga un poco más de lo normal. Luca aprovecha para bostezar y salir de la habitación, seguramente camino de su bol lleno de agua.

—Sus compañeras de piso dieron aviso ayer a primera hora de la noche de que acudieron a su cuarto y había desaparecido.

—¿Cómo dice? ¿Dieron aviso a la policía? Mi hija tiene veinte años, pudo pasar la noche fuera. No entiendo.

Esta vez soy yo quien quiere ser optimista, echar en cara a esa persona, que no conozco, que ella es la aguafiestas, la agorera. Pero no me sale bien. Las mariposas que bailan en la tripa de los enamorados son los gusanos que muerden el intestino de los angustiados. Algo no va bien desde que anoche Eva llegó a casa.

—Señora, siento decirle que las circunstancias nos hacen pensar en que a su hija puede haberle sucedido algo. Algo grave.

No me gusta la voz de esa inspectora. Es seca y da demasiados rodeos.

—¿Qué clase de circunstancias? Me está asustando.

—La cama estaba desecha y... el colchón estaba ensangrentado.

No dejo caer el teléfono. Al contrario, lo aprieto contra mi oreja con tanta fuerza que me hago daño.

—¿Sangre de mi hija?

—Lo estamos comprobando.

Silencio. ¿En qué pensará esa inspectora? Yo pienso en Eva. Pienso en las luces de un coche, en su voz al teléfono la noche anterior. Su voz se parece mucho a la mía, por teléfono todavía más. Sin embargo ella y yo no podemos ser más distintas. Pienso en los ladridos de Luca en el salón, su intranquilidad.

—¿Puede confirmarme su dirección? Es en Valmilar ¿verdad? Me pondré de nuevo en contacto con usted en cuanto me sea posible, pero quiero pedirle que si sabe algo no dude en llamarme.

Cuando cuelgo el teléfono ya ha amanecido por completo. No hay ni rastro de las nubes de anoche en el cielo. Busco en el móvil la llamada que le hice a Eva ayer, pero se ha evaporado, como las nubes. Me pongo mi bata y las madreñas de las que tanto se reían Benjamín y Eva mientras me llamaban pueblerina. Son lo mejor que hay para caminar por la tierra embarrada y he de pisar mucho barro para llegar a la casa del jardín. Eva nunca quiso que asfaltáramos alrededor.

Antes de salir recuerdo que no he llenado de comida el plato de Luca. Apenas escucha el sonido de la bolsa metalizada aparece excitada en la cocina. Mejor, así no me seguirá.

Afuera me recibe el olor de la hierba mojada y el canto de los pájaros. Son dos de mis placeres favoritos en esta vida. Parece que va a hacer un buen día. ¿Por qué todo tiene que estropearse con una llamada?

Golpeo la puerta de entrada con suavidad. Por alguna razón, tocar al timbre me parece tan brusco como profanar una tumba.

—Pasa.

Una voz como la mía.

Entorno la puerta y la veo en la cocina, junto a la ventana, de espaldas, como si llevara toda la noche ahí, observando la tormenta, vigilando que ningún rayo perturbara la paz de la casa del jardín.

5. EVA

He hecho bien volviendo. Necesitaba alejarme, aunque solo fuera unos kilómetros. Parece mentira que unos pocos kilómetros puedan suponer tanta distancia. Mamá insistirá en que no deje los estudios, pero ahora no tengo la cabeza como para ponerme a empollar exámenes o hacer prácticas. Y al final ella cederá, mamá siempre cede.

Como cuando le pedí a papá que me construyera la casa. Ella se opuso, porque lo suyo es eso, oponerse a todo lo que yo diga o haga, para acabar cediendo. Siempre cede. Tiene un carácter extraño. Todo le da miedo, pero ese mismo miedo la impulsa a ceder ante los demás, no vaya a ser que se enfaden.

Sus miedos me incluyen a mí, una niña, su niña. No se da cuenta de que ella me tuvo apenas con un par de años más de los que tengo yo ahora. Eran otros tiempos, dirá. Pues claro que lo eran, siempre lo son. Mañana es otro tiempo. Ahora es otro tiempo, y ahora es otro más.

Desde la ventana de la cocina se ve la senda que lleva al pueblo. ¿Cuántas veces la habré recorrido? ¿Cuántas veces la habremos recorrido Néstor y yo? Primero recorríamos el camino a pie, luego en bicicleta y después en coche. También a lo del coche se opuso, a que me sacara el teórico a los diecisiete y comenzara las prácticas para a los dieciocho recién cumplidos aprobar y ponerme a conducir el seat león de segunda mano que me compró papá. Hasta eso le pareció mal, que papá me comprara el coche.

—¿Por qué siempre tienes tanta prisa? ¿Por qué tienes que correr tanto?

Porque quiero vivir, mamá, y al contrario que tú yo no le tengo miedo a la vida.

Me vuelvo. Tiene cara de preocupación, pero ¿no es esa su cara habitual? Dicen que físicamente nos parecemos, pero que las facciones de mamá son más dulces.

—Eva —dice.

—Mamá.

No voy a echarme a llorar, porque sería como darle más razón de la que tiene. Ella no me advirtió que lo de Carlos terminaría así. Ella no es la típica madre que te recrimina con un “te lo dije”, porque en realidad ni siquiera me lo dijo, pero yo sé muy bien que lo pensaba.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo necesitaba volver un tiempo a casa, estar contigo. No te voy a mentir, Carlos me ha dejado y yo sigo enamorada de él. Así que no estoy muy animada, pero se me pasará.

Mamá parece no escucharme.

—Eva, ha llamado una mujer, es policía y preguntaba por ti.

Mejor lo suelto todo ahora, de golpe ¿para qué esperar? Si tiene algo que opinar que lo diga ya.

—No voy a volver a Oviedo ni a la facultad, al menos durante un tiempo.

Mamá asiente. No es lo que me esperaba, ni un reproche. Pensé que al menos a lo de los estudios se opondría. Cuando traje a Carlos a casa la primera vez, no les había dicho a mis padres que tenía cuarenta y dos años. Papá reaccionó con naturalidad, aunque sé que le costaba aceptar que su hija estuviera con un hombre apenas seis años menor que él, pero mamá no supo ocultar su sorpresa. Se le notaba en la cara, a ella todo se le nota en la cara. Supongo que en parte fue culpa mía, siempre critiqué a las parejas con una diferencia de edad notable entre ellas. Para algo era la feminista rebelde que solo veía manipulación por parte de la persona mayor.

—Salen con niñas porque son más manipulables. ¿Qué pueden si no ver en una cría? ¿Qué conversación o satisfacción puede encontrar una persona de cuarenta en una cría de dieciocho?

Me da tanto asco. Es turbio.

Después de la comida, mientras ayudaba a mi madre a recoger en la cocina no pude aguantar más su silencio.

—Venga suéltalo, es muy mayor para mí.

Ella se encogió de hombros y aquello me sacó de quicio.

—Eva, eres tú quien lo dice.

—No tiene nada que ver con esas parejas de las que hablo. Yo tengo veinte, la madurez es mucho mayor que la de una chica que prácticamente acaba de salir de la adolescencia, en muchos casos incluso hablamos de niñas menores.

Supongo que mi madre estaba recordando la cantidad de veces que había criticado a las parejas de famosos que aparecían en televisión, esas en las que las mujeres pasaban de los veinte, pero salían con hombres que les llevaban veinte, treinta y hasta cuarenta años de diferencia.

Sin embargo ella prefirió salirse por la tangente.

—Solo me importa que seas feliz.

Aquello me molestaba más que si me hubiese echado en cara mi incoherencia. Su miedo, su temor a decir algo que pudiera molestar a los demás, incluida a mí, era algo que me irritaba hasta límites insospechados. Era cobarde, esquivaba, reacia a dar su opinión, no fuese a ser que alguien se ofendiera. En el fondo eso era como decir que no valía nada, que ella no tenía ningún valor como persona.

Y el día que Néstor vino a cenar a casa e hizo un chiste sobre nuestra diferencia de edad y Carlos trató de ponerle en su sitio, ese día fue peor.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Carlos— ¿Acaso no puede resultarte atractiva y deseable una persona mucho mayor que tú? ¿Acaso Alejandra no te parece una mujer atractiva a pesar de que te doble la edad?

Mamá enrojó. Papá se reía y pinchaba a Néstor mientras le pasaba comida de extranjería a Luca por debajo de la mesa.

—Vamos, en menudo aprieto te ha puesto el abuelo ¿eh?

Aunque yo creo que a quien había puesto en un aprieto era a mi madre. De pronto era el centro de la diana, algo inconcebible para ella. En vez de replicar, guardó silencio, y, de forma impredecible, Néstor volvió a sacarla del punto de mira para dejarla al margen y devolverle todo el protagonismo a otro, a cualquiera que no fuese mi madre. En este caso a Carlos.

Jamás pensé que Néstor fuese capaz de hacer lo que hizo.

—Alejandra es una mujer casada. Ah, espera, que tú también ¿verdad?

Era la parte de la que no les había hablado a mis padres.

Fin de la discusión. Carlos se volvió a Oviedo y yo decidí pasar la noche en Valmilar para hablar con mis padres. Después Néstor pasó por la casa del jardín para disculparse. Y yo le dije que no importaba, que tarde o temprano se iban a enterar, que mejor así, pero ya no volvimos a estar como antes, como siempre. Quise excusarle porque yo sabía que estaba enamorado de mí. Lo había sabido desde siempre. Desde esa noche no volvió más por casa, y muy poco por Valmilar. También él decidió independizarse y mudarse a Oviedo con el dinero que ganaba como ayudante en una de las muchas notarías de la ciudad. En vez de decidirse por una carrera había comenzado un grado medio de administrativo que compaginaba con aquel trabajo que mi padre le había ayudado a conseguir. Para mi padre había sido un poco decepcionante que Néstor renunciara a su ofrecimiento de costearle una carrera superior, pero terminó por entenderlo y aceptarlo.

—Eva, esa inspectora dice que el colchón de tu cama, allá en Oviedo, estaba ensangrentado.

Así que, el que ahora mamá aceptara mi decisión y no me echara en cara el pasado era un alivio para mí, agua fría en mis quemaduras. Ya no la consideraba una cobarde, quizá había estado equivocada y mamá solo fuese una mujer con demasiada empatía, capaz de ponerse en el lugar de los otros hasta el punto de disculparles casi todas sus imperfecciones.

—Gracias mamá, no sabes cuánto te agradezco que lo entiendas.

Volví a girarme hacia la ventana, porque no quería estropear el momento poniéndome al final a llorar frente a ella. Yo siempre había sido la madura en aquella relación y mi madre era la niña. Creo que comprendí eso en aquel mismo momento, y eso hizo que, por primera vez, comenzara a entenderla y, sobre todo, a valorarla como nunca antes lo había hecho.

6. LUJÁN

Confirmado. La sangre es de la chiquilla. Veinte añitos, una familia, unos amigos, unos estudios, una vida por delante que es muy posible que se haya ido al garete. ¿Qué han hecho con ella? ¿La han secuestrado? ¿La han asesinado? ¿Dónde está su cuerpo?

Alguien la ha sacado de ese piso, envuelta en las sábanas que faltaban en la cama. Eso es algo que tengo claro. ¿Viva? No puedo estar segura, pero apostaría a que no, y si se la llevaron aún con vida no creo que fuese para tratar de salvarla. Eva está muerta, me dejaría cortar las manos ahora mismo si no fuese así.

Mi cabeza no deja de dar vueltas al asunto. Tengo que avisar a su madre, pero prefiero hacerlo en persona. En cuanto salga de la residencia me acercaré a Valmilar, está como a poco más de una hora de camino en coche y no hay pérdida con el GPS.

Mamá hoy está más activa que otros días. Su cuidadora me ha dicho que asistió sin rechistar a las clases de gimnasia, esas que califica de soberana tontería, y que tampoco se quejó del desayuno negándose a comer, como viene siendo habitual estas últimas semanas. De repente se ha convertido en el Chicote de la residencia, no hay plato del que no tenga pestes que echar: esto está duro, esto está seco, esto está soso, esto está salado, esto está quemado, esto está crudo. El caso es que esto nunca está como a ella le gustaría o considera que debería estar.

Dicen que forma parte de la enfermedad, se ofuscan, se enfurruñan como niños y no son capaces de medir sus palabras. Tampoco sus emociones, por eso tan pronto están eufóricos como se hunden en terribles depresiones.

Es tan triste, es como ver derrumbarse un edificio que estaba construido sobre unos cimientos fuertes, que parecían indestructibles. Vale, la fachada se va estropeando, las persianas se ennegrecen, dejan de funcionar, se cae parte de la carga, pero se echa otra nueva, se van poniendo parches, y así el edificio va perdiendo su esplendor, pero continúa en pie. Sin embargo ahora es distinto, ahora son los cimientos los que han comenzado a fundirse, al principio poco a poco, cada vez con más velocidad, porque están debilitados y la carga que deben soportar es la misma que la que soportaban de nuevos. Y esta vez no hay arreglo que valga, solo se puede asistir al deterioro hasta que no puedan más y se derrumben arrastrando a todo el edificio hacia el desastre.

La tomo del brazo y paseamos por el jardín.

Tengo cincuenta y seis años. He estado casada dos veces y no tengo hijos. No tengo hijos porque no los quiero, no hay ninguna otra razón. Tener hijos es un acto de valentía o de inconsciencia. Una temeridad. Te arriesgas a poder sufrir el que imagino sea el peor de los dolores, uno que me parece imposible superar. Y no soy tan pesimista. Ten un hijo, compra un boleto de lotería y te aseguro que tienes muchas más posibilidades de pasar por el peor de los

trances imaginables con ese retoño que de que te toquen un puñado de miles de euros. Y aún así la gente juega a la lotería. Y tiene hijos. Así cada vez me alegro más de haber tomado la decisión de no procrear. Por un lado por lo que veo cada día en mi trabajo, por otro por la situación que vivo con mi madre, enferma de alzhéimer. Ni yo tendré que sufrir por ningún hijo ni ningún hijo tendrá que sufrir por mí. Puede que suene egoísta, pero es así. Yo no soy nada sufridora, por eso también me he divorciado dos veces, pero que nadie se equivoque, así, a la distancia, es como mejor me llevo con mis dos ex maridos, mejor ex maridos que ex amigos. Con el segundo apenas me trato porque se fue a trabajar fuera, a Holanda. Se ha vuelto a casar, con una holandesa y aunque me invitó a la boda no fui con la excusa de que cada vez me costaba más viajar con el panorama que tenía con lo de mi madre. Me dijo que lo comprendía y me envió recuerdos para mamá. Siempre se llevaon bien.

Con Mauricio, el primero, todavía salo a menudo a cenar y, por qué no decirlo, a darnos alguna alegría para el cuerpo. Eso sí, de volver a vivir juntos ni hablamos.

Nunca me he considerado una amargada, pero la enfermedad de mi madre comienza a pasarme factura. Rodearme de tanta muerte en el trabajo no me hace inmune ante la evidencia de que cualquier día ella también dejará este mundo. Y yo, qué coño, también yo.

Mi madre hoy no deja de hablar de mi padre. Lo hace como si siguiera vivo. Que si está obsesionado con la huerta, con las lechugas, con las gallinas. Que si se va al bar con los amigotes y a ella que la zurzan. Que si ya nunca la lleva al cine o a bailar. ¡A bailar!

Llega un momento en el que me evado un poco de tanta cháchara. Recuerdo la conversación telefónica con la madre de Eva y lo extraña que me pareció su reacción. Parecía a la defensiva. Sí, parecía estar a la espera de recibir información antes de contestar a las preguntas que le hacía. También recuerdo las palabras de Lucía, la compañera de piso de Eva, diciéndome que la relación madre e hija era extraña. Extraña, ese fue el adjetivo que le puso a la relación. No dijo buena o mala, dijo extraña.

Es la hora de la comida y la cuidadora espera a mi madre a la entrada del comedor de la residencia. Asunción, la fiel y sufrida Asunción. Trabajaba como asistenta de los vecinos de puerta de mi madre cuando ella todavía podía vivir sola en su piso. Así fue como entablaron amistad, de las veces que se cruzaban en el rellano de la escalera, de los cortos viajes que hacían juntas en el ascensor. Asunción comenzó a aparecer en las conversaciones que manteníamos mi madre y yo. Luego aparecía de vez en cuando yo estaba de visita en su casa, miraba a mi madre y decía: “Luego la veo, que hoy está aquí su hija, seguro que tienen mucho de lo que charlar”. Y mi madre negaba con fuerza y la retenía y obligaba a sentarse en el tresillo del salón y luego me pedía que le trajera un café a su amiga, recalcando mucho lo de su amiga, para que ella se diese cuenta de lo importante que era en su vida. Y lo era, porque para entonces mi madre cada vez salía menos y sus amigos, los de siempre, habían comenzado a distanciarse y dejarla un poco de lado cuando vieron que ya no podía seguirles el ritmo. Creo que Asunción fue la primera en darse cuenta de que algo comenzaba a fallar en la cabeza de mi madre y me puso sobre aviso. Cuando me la llevé a mi propia casa y me di cuenta que necesitaba de alguien más para que me ayudara a cuidarla y a protegerse de sí misma no dudé ni un momento. Esa persona tenía que ser Asunción.

Mi madre se acerca a mí y me da un ligero abrazo que me permite percibir el leve olor del agua de colonia que le traje en mi anterior visita. Antes de enfermar no salía de casa sin ponerse perfume. Incluso se lo echaba después de ducharse, antes de meterse en la cama. Era una mujer coqueta, siempre muy arreglada, todo lo contrario de mí, aunque, mientras estuvo sana, nunca hizo ningún comentario sobre mi aspecto desaliñado.

—Perdona, maja, que qué te importarán a ti mis cosas —dice. Maja. Esa soy yo. Maja.
Yo lo intento una vez más.

—¿Pero no sabes quién soy?

Me mira.

—Pues claro que sí, tú eres la gilipollas más grande del pueblo.

Asunción abre la boca como una niña pequeña que acabase de escuchar una blasfemia. No sé si de verdad se sigue escandalizando con los exabruptos de mi madre o simplemente finge sorpresa. Yo comienzo a reírme y golpeo el aire con la mano mientras me alejo de ellas. Sé cómo pueden terminar esas risas, y no puede ser que una inspectora de policía cincuentona se presente ante la madre de una niña, a la que posiblemente han asesinado, con toda la pinta de haber estado llorando como si se le hubiese terminado el mundo.

7. ALEJANDRA

No me atrevo a acercarme a Eva. Siento que si lo hago se evaporará en el aire, se evaporará como las nubes de la tormenta, como la llamada que le hice al móvil anoche.

Ella no le ha dado importancia a esa falta de contacto físico. A que no me haya acerca a darle ni un beso para saludarla. Como tampoco se la ha dado a mis comentarios sobre la policía, es como si ni siquiera los hubiese escuchado.

¿Qué es lo que está pasando? ¿Me estoy volviendo loca?

Salgo de la casa del jardín y saco el móvil del bolsillo de la bata.

Escucho a Luca ladrando a lo lejos, encerrada en la casa principal. Compruebo de nuevo que no hay registrada ninguna llamada a Eva de la noche anterior. Después tecleo su número, pero salta la voz que avisa de que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Esta llamada sí queda registrada.

Recuerdo las luces del coche que no confundí con un relámpago. Me acerco al portón de entrada y sigo las huellas de neumático que llevan hasta la parte trasera de la casa, donde siempre aparcaba Eva.

Vuelvo a comprobar el registro de llamadas, nada. La llamada que hice anoche no consta en el listado. Me estoy volviendo loca, ayúdame, Dios mío.

Salgo hacia la senda, dejando las huellas de mis madreñas sobre el barro que comienza a secarse con el sol de la mañana. No, no es ninguna alucinación, las rodadas están allí y van hacia el portón, y del portón a la casa del jardín. Pero ¿dónde está el coche de Eva?

La notificación de un mensaje me hace dar un pequeño salto. Es la inspectora, me avisa de que pasará por casa sobre las cuatro, quiere saber si me viene bien. Le confirmo que estaré esperando.

Vuelvo a casa. Luca me recibe moviendo el rabo y sale corriendo de la casa en cuanto abro la puerta para entrar. Se lanza ladrando por la finca en dirección a la casita del jardín y se queda allí plantada aullando a la puerta. Salgo tras ella. La perra, al verme, bordea la casa y la encuentro escarbando bajo la ventana de la cocina, donde Eva plantó unos rosales hace un par de años.

—¡Luca, quieta, vas a destrozarlos!

La sujeto por el collar y tiro de ella llevándomela en dirección a la casa. Sé que la perra nota la presencia de Eva. Está nerviosa, inquieta, sus gemidos se van acallando hasta que volvemos a entrar y corre a tumbarse en su cama. Resopla ofendida y baja la cabeza hasta dejar su hocico sobre la manta llena de pelo.

Me preparo un café. Eva me ha dicho que quiere estar sola un rato, que necesita pensar. ¿Pensar en qué? ¿En Carlos?

La ha dejado. Eso ha dicho. Estoy tentada a llamarle, pero desisto. Primero porque no quiero que piense que me estoy entrometiendo, que quiero pedirle explicaciones. Y segundo porque esta situación me está superando, podría entrometerme en una investigación policial. ¿De qué estoy hablando? No es una investigación policial sin más, es la investigación policial sobre el posible asesinato de mi hija.

No puedo asumir algo así. Menos cuando acabo de estar hablando con ella. ¿Qué voy a decirle a esa Inspectora? Si al menos Eva hubiese reaccionado cuando le hablé de ella, ahora tendría algo a lo que agarrarme.

Están llamando al timbre. De nuevo, Luca ladra. Dejo a un lado mis cavilaciones y miro el reloj de pared colgado en la cocina. Son las once de la mañana. Muevo el visillo con disimulo y

miro hacia el exterior. Desde la puerta, Néstor me hace un gesto de saludo con la mano.

8. EVA

Es Néstor. Le veo desde la ventana. Está en la puerta de casa, hablando con mamá.

Nos conocemos desde primaria. Es lo más parecido que he tenido a un hermano, pero sé que sus sentimientos hacia mí no son los mismos. Claro, él tiene cinco hermanos y yo ninguno. Él está harto de hermanos como para considerarme a mí como otra más.

Es triste que una amistad como la nuestra se haya deteriorado por un sentimiento no correspondido. No sé en qué momento él comenzó a mostrarse así, supongo que fue al inicio de la adolescencia, sobre los trece, después de que nos besáramos y tocáramos por simple curiosidad, al menos por mi parte. Dejamos de hacerlo a los quince, cuando yo comencé a salir con Quique, y más tarde con Andrés, Miguel... Ya no necesitaba a Néstor para experimentar, para saciar esa inquietud.

Pero ¿y Néstor? El tiempo pasaba, crecíamos, salíamos, bebíamos y tonteábamos con alguna droga. Yo solía terminar la noche con algún chico y él volvía solo a casa, para él terminaba la fiesta cuando yo desaparecía en algún coche.

Está ahí, le veo gesticular. Mamá se lleva una mano a la frente, parece agobiada. Él hace un gesto de acercarse, quizá de abrazarla, pero ella lo rechaza. ¿De qué estarán hablando? Veo a Luca entre las piernas de mamá, creo que está intentando salir de la casa, sin éxito.

Néstor es un chico manso, así me gusta calificarlo. El consolador, el que siempre estaba ahí para escuchar, para lamerme las heridas, incluso cuando yo estuviese echando sal en las suyas.

Como aquella noche, la que me recogió tirada en la entrada del pub, humillada por un chulo que me dejó plantada para marcharse con su novia, la de verdad. Cuánto había llorado por aquel imbécil, cuántos meses perdidos para acabar consolada por Néstor, el bueno de Néstor.

¿De eso estarían hablando? ¿Le estaría contando mamá que también Carlos me ha dejado? ¿Que he vuelto a cometer el mismo error? Que pensaba que abandonaría a su esposa por mí.

Aquella noche, la que el chulo me dejó tirada, Néstor me había acompañado a casa, a la del jardín. Sentada en el sofá y apoyada en su hombro le conté lo desgraciada que me sentía, lo menospreciada y poca cosa que me llegó a hacer creer que era.

—Eres tú quien debe valorarse más, Eva —me dijo.

Y por alguna razón me sentí atacada, criticada también por él, como creía que hacía el resto del universo. ¿Acaso no podía divertirme? ¿Valía menos por salir con muchos chicos? ¿Eso es lo que estaba insinuando? Me hizo sentir sucia y eso no iba a consentirlo. Puede que él estuviera enamorado de mí, pero su actitud de no salir con nadie, como si se estuviera reservando, era absolutamente ridícula.

—¿Te crees mejor que yo por no salir con nadie? ¿Piensas mantenerte virgen hasta el matrimonio?

Y Néstor callado. Néstor siempre callaba. Por eso me sorprendió tanto cuando la única vez que decidió hablar fue para desvelar que Carlos era un hombre casado.

—¿Sabes lo que todos piensan de ti? Piensan que eres maricón, un maricón tan cobarde que ni siquiera te atreves a salir del armario.

Me había puesto en pie, quería alejarme de él. Sentía la necesidad de hacerle daño, una necesidad perentoria, como siempre que me enfadaba por algo o con alguien. Hacer daño, vengarme, era lo único que podía calmarme un poco. Y él se levantó y me intentó abrazar como ahora le había visto hacer con mamá.

—Eva...

—No te acerques a mí. Eres un cobarde.

Abrí de par en par la puerta de la casa del jardín. Néstor, dócil, la atravesó y se quedó plantado bajo la luz del farolillo de entrada, las manos en los bolsillos, mirándome como un cordero al que fuesen a degollar.

—Estoy enamorado, pero ella no me corresponde —dijo, resumiendo lo que sentía, resumiendo por qué no salía con nadie.

Y le cerré la puerta en las narices, con fuerza, con rabia. Nunca me había parecido tan cobarde como en ese momento.

Ahora atravesaba el jardín a grandes zancadas, pasando frente a la ventana desde la que le observaba. Levanté mi mano y durante un segundo le vi mirar hacia la casa, pero su mirada parecía traspasarme y no correspondió a mi saludo.

9. ALEJANDRA

Tengo cuarenta y tres años y soy viuda. Viuda, qué palabra tan fea, suena a vieja. Así me hace sentir. No es solo la palabra, también Eva me hace sentir desgastada, como si ya no tuviera derecho a disfrutar la vida, como si eso fuese un privilegio exclusivo de la juventud. Quiero creer que es algo que les sucede a todos los jóvenes, que es imposible cuando apenas tienes quince o veinte años, pensar que la vida en todo su esplendor no puede vivirse más allá de tu propia edad. Luego vas cumpliendo años y vas alargando ese periodo, adaptándolo a la edad que cumples.

Por eso no podía entender que me estuviese presentando a aquel hombre como su pareja. Alto, con el vientre prominente y el cabello escaso, aparentaba tener mi edad, aunque Eva se apresuró a aclarar que tenía cuarenta y dos en el primer momento que nos quedamos a solas, como si ese año de diferencia fuera un mundo, un océano insalvable entre aquel hombre y mi propia edad.

Benjamín tenía cuarenta y siete entonces, cuarenta y ocho recién cumplidos cuando tuvo el accidente. Habíamos sido padres muy jóvenes, pareja muy jóvenes, matrimonio muy jóvenes y ahora yo viuda muy joven por más que me sintiera vieja.

Edades. En algún momento todos esos números comenzaron a ser una obsesión, una pared invisible que parecía separar a las personas, como el Muro de Berlín.

Eva era la primera en criticar a quien se atrevía a escalar aquel muro para pasar al otro lado y ella fue también la primera en saltarlo.

Siempre la imaginé emparejada con Néstor. Qué sorpresas nos guarda la vida. Ella lo veía como un hermano, yo nunca le vi como un hijo, a pesar de que pasaba más tiempo en nuestra casa que en la suya propia. Era el pequeño de seis hermanos y tenía un carácter maduro y tranquilo que contrastaba con la locura y el egoísmo de mi hija. Siempre pensé que eso era lo que les unía y que a Eva le venía muy bien aquella amistad.

Dudo en ponerme las madreñas. El sol de la mañana ha secado prácticamente del todo el barro. Tendría que haberme vestido, ya son casi las doce y media, pero últimamente todo me da pereza, hasta pensar.

Benjamín conocía bien esta tendencia mía, la de bloquear el cerebro ante los problemas, ante las dudas, ante las indecisiones. Benjamín me conocía bien, o eso pensaba él, pero todos tenemos secretos. ¿Cuáles serían los suyos?

Me llevo a Luca conmigo. Sale disparada hacia la casita. Se para sin subir las escaleras del porche y ladra hacia la puerta. Me pregunto si la perrita también será capaz de verla. Está claro que, al menos, su presencia sí la percibe.

Golpeo en la puerta, pero esta vez no espero a que Eva conteste y entro. Ahí está, exactamente en el mismo lugar, junto a la ventana de la cocina. Luca se retrae, gime, y finalmente decide quedarse fuera. La veo alejarse por la finca.

—He visto a Néstor ¿no le has dicho que estaba aquí?

¿Estás aquí, Eva? Eres tú, eso seguro, pero ¿estás aquí? Una inspectora te está buscando. ¿Qué voy a decirle? ¿Que anoche te llamé y hablé contigo pero la llamada ha desaparecido? ¿Que llegaste en coche pero no hay ni rastro de él? ¿Que tus ojos están tan vacíos que dan miedo? ¿Que Néstor tampoco sabe nada de ti y tú no me cuentas lo que ha sucedido? Se quedó helado cuando le dije que habías desaparecido, que la policía te estaba buscando. Quiso consolarme como si ya te diera por muerta. No puedo soportar esa idea.

—Solo ha traído unos papeles de la notaría, de lo de tu padre. Tenía prisa.

Eva se encoge de hombros. Medio sonrío.

—Hizo como que no me veía. No quiere hablar conmigo. Sigue enfadado desde lo de Carlos.

—No sé por qué tendría que enfadarse por eso.

—Sabes que siempre ha estado enamorado de mí.

Retengo un suspiro. Sé cuánto le molesta a Eva que suspire.

—Me quitas la razón sin quitármela, por lo bajo, como los cobardes —me reprochaba cuando lo hacía.

Así que me controlo, y trato de encontrar una salida a esta situación que se me escapa.

—Eva, esa inspectora de la que te hablé va a venir a verme. Estoy perdida, muy confusa, no tengo ni idea de lo que le voy a decir.

—Siempre pegado a mí como una lapa, pero incapaz de decir nada, porque sabía que yo no sentía lo mismo. Me exasperaba su celibato, como echándome en cara que él podría esperar por mí manteniéndose virgen, impoluto.

De nuevo vuelve el rostro hacia la ventana, dejándome más sola aún.

—Necesito saber lo que pasó, lo que está pasando. Solo así podré ayudarte.

Ni si quiera me mira.

—Lo único que hacía era negar la evidencia, quizá pensaba que así podríamos seguir siendo amigos. Cobarde.

Cómo le gustaba usar aquella palabra: cobarde. Era tan hiriente, tan despectiva. Y ella lo sabía, por eso la usaba tan a menudo. Cuando se enfadaba se volvía mala, sí, por mucho que me costara reconocerlo era así. Creo que llegaba a odiar, tanto como para poder cometer cualquier tontería cuando se encontraba en ese estado. ¿Qué ha pasado Eva? ¿Por qué estás aquí, pero parece como si no estuvieras?

Necesito tomar una decisión. Tengo que decidir si le contaré a la inspectora que Eva está aquí, en la casa del jardín. Que llegó anoche durante la tormenta, pero que hay algo en ella que no cuadra, que no se equilibra ni con su forma de ser ni con el ambiente.

Tengo que tomar una decisión y no puedo seguir jugando a ser Escarlata O'Hara, a dejarlo todo para mañana. Mañana ya será tarde, esa inspectora llega hoy a las cuatro.

10. LUJÁN

El último tramo de la carretera, el que lleva hasta la casa, está sin asfaltar, pero de todas formas tiene un buen acceso. Es ancha y no muy empinada. He circulado por carreteras mucho peores en este tipo de pueblos.

Hasta Valmilar me ha llevado el GPS, luego por la casa he preguntado en el pueblo y rápidamente me han indicado el camino. Todos conocen a la familia de Eva, lo más normal en los lugares pequeños.

He comido el menú del día en un Llagar que está a pocos kilómetros de Valmilar, el Llagar de Telva, y la morcilla de la fabada me está dando ardor de estómago, pero menuda maravilla de restaurante. Ya he registrado el nombre en el apartado de notas del móvil para volver algún día con Mauricio. Nunca cojo las tarjetas, porque sé que termino perdiendo todas.

Cuando faltan unos metros para llegar al portón de entrada este se abre y sale una mujer menuda que me hace indicaciones para que aparque en un lateral del camino. Un perro de raza pastor alemán remolonea a su lado.

Cuando me bajo del coche hace un gesto con la cabeza hacia el lugar en el que yo iba a aparcar.

—El suelo está hundido en ese lugar y con la tormenta que cayó ayer todavía está encharcado.

Asiento mientras le tiendo una mano.

—Soy la inspectora Luján García.

Es unos cuantos años mayor que en la fotografía, pero aún conserva el pelo claro y brillante que cae sobre la niña a punto de soplar la vela de la tarta de su sexto cumpleaños.

Nuestras manos se unen. La suya es huesuda, pero con una piel cálida y suave. Pienso en lo joven que es para tener una hija de veinte años, no es común en estos tiempos.

El perro me olisquea. Se nota que ya es mayor.

—Luca, deja a la inspectora.

Luca resopla, parece indignada por la recriminación de su dueña.

—No se preocupe, me encantan los perros. No tengo, no me parece que tener un perro en un piso pueda ser agradable para él, menos con mi trabajo, apenas tengo tiempo para mí como para dedicárselo a un animal. Pero si viviera en una casa con finca como la suya seguro que tendría al menos un par de ellos.

Acaricio la cabeza de la perra y ella corresponde moviendo la cola. Vuelve su mirada hacia Alejandra como si quisiera decirle “¿Lo ves? Estaba deseando acariciarme.”

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta Alejandra.

—Creo que sería mejor que hablásemos dentro.

Ella se hace a un lado y sostiene la puerta para dejarme pasar primero. Yo, obviamente, observo.

La finca es amplia. El primer espacio es de hierba y a la izquierda de la entrada se levanta una pequeña casa bordeada por un porche.

—Es la casa del jardín que construyó mi marido para Eva. Solo tenía dieciséis años cuando se trasladó a vivir en ella, siempre le ha gustado vivir deprisa.

No sé si esta mujer sabe a qué recuerda esa última expresión: “Vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver”. No ha sido muy acertado por su parte utilizarla en una situación como esta.

La mujer mira fijamente hacia una de las ventanas y señala con su mano. Me parece ver

cómo le tiembla el pulso y me pregunto en qué momento se derrumbará del todo. He visto a demasiadas personas golpeadas por la desgracia de la pérdida de un ser querido de forma violenta y todas tienen dos tipos de reacciones: las que pasan de la frustración y la desesperación a la aceptación y las que como Alejandra muestran una serenidad contenida que basta con una palabra o una imagen para derrumbarse y dejar que todo el dolor se desparrame como el agua de un dique cuando se abren las puertas de contención.

—Esa es la ventana de la cocina.

Luca, a su lado, sigue con la vista la dirección del dedo y ladra mientras agita a un lado y a otro la cola.

Asiento. Miro hacia la ventana. La mujer se ha detenido y parece esperar a que yo diga algo.

—Después de que hablemos, si le parece, me gustaría verla por dentro —digo para tratar de sacarla de su obnubilación.

Ahora es ella quien asiente. Se rodea el cuerpo con los brazos, abrazándose como si sintiera frío. Después vuelve a extender una de sus manos y me señala hacia adelante, hacia la casa principal, invitándome a caminar en esa dirección. La perrita sale corriendo, como si quisiera demostrarnos lo bien que conoce el camino.

Apenas damos unos pasos, el césped da paso a una baldosa provenzal, muy típica de los patios.

Ella vuelve la vista atrás y parece disculparse.

—Eva no quería baldosa, insistía en que le gustaba la tierra tal cual, sin asfaltar con hormigón siquiera, se negó en redondo en hacer aunque fuese un camino estrecho de piedra que llegara hasta las escaleras del porche para no llegar con los pies embarrados cuando llovía

No separa la vista de la pequeña casa. Incluso pareciera que viese a alguien allí. Imagino que en su deseo de que todo esté bien la mujer es capaz de ver a su hija, quizá sentada en el porche o asomada a alguna de las ventanas, como estaría acostumbrada a verla tan a menudo, cuando su vida no estaba al borde del precipicio emocional al que estaba a punto de tener que enfrentarse.

11. ALEJANDRA

Me duele la cabeza. Estaba tan nerviosa, tan tensa e indecisa sobre lo que tendría que contarle y lo que a la inspectora que no he comido nada. Solo tengo un par de cafés en mi estómago, pero no siento hambre, solo un pinchazo pesado e insistente sobre los ojos.

Me he sentado con uno de los álbumes de fotos en la butaca gris de la sala a mirar fotos de Eva cuando era una niña. Me dio tanto trabajo. Ya de bebé era muy nerviosa. Apenas dormía, y yo, que me había empeñado en darle pecho, no tenía descanso.

En las fotos aparece casi siempre con el gesto contrariado. Tirando del sombrero que no se quiere poner, quitándose los zapatos, con los ojos irritados de llorar cuando no se salía con la suya a la primera.

Me di cuenta en seguida de que se frustraba muy rápido y tendía a abandonar todo lo que no le salía como ella quería, no tenía paciencia.

Benjamín no ayudaba demasiado en mejorar esa actitud. Desde el principio le consintió todos sus caprichos y formaron una relación aparte entre ellos que a mí me dejaba fuera.

Eso me ha hecho pensar que quizá ese sea mi lugar en este momento. Quizá no me corresponde a mí contarle a la inspectora que ella está aquí, en la casa de jardín. Si Eva ha sido siempre tan independiente para tomar sus propias decisiones puede que esta sea la mejor situación para dejarla hacer.

Sonríó ante una de las fotos. Ella y Néstor están sentados juntos en el patio del colegio, tomando un chocolate durante la fiesta del amagüestu. Parecen un matrimonio en miniatura.

Néstor se avergüenza de todas esas fotos que conservo de cuando era niño, y odiaba cuando Eva, solo para picarle, me decía que les enseñara el álbum y se partía de la risa haciendo comentarios de cada foto.

Sí, lo he decidido. No le diré nada de que estás aquí a la inspectora, simplemente dejaré que seas tú quien decida si quieres que te vea o no.

El dolor de cabeza me da sueño, pero no quiero quedarme dormida. Quiero estar despierta y atenta al sonido de cualquier automóvil que se acerque al portón para salir a recibirle. Es imprescindible que la inspectora se detenga junto a tu casita en el jardín.

Y así sucede, todo tal cual lo he planeado.

La inspectora, cuya voz no me gustó por el teléfono, ahora me resulta agradable a la vista. Es una mujer cincuentona, con el pelo naranja y que desprende un agradable y suave olor a azahar. No me atrevo a preguntar qué perfume usa, no creo que este sea el momento tampoco.

Sus modales son suaves, no es para nada la persona seca y desagradable, quizá autoritaria sea una calificación más acertada, que me esperaba. Acaricia a Luca.

Y te veo en la ventana de la cocina. ¿Qué tiene esa ventana de especial para ti? Me detengo y se la señalo a la inspectora, que observa con sus ojos bordeados de arrugas pequeñas y finas, atenta, pero sin ver. Luca sí, ella ladra y mueve la cola con impaciencia. No sé si espera que salgas o que desaparezcas de una vez por todas.

Así que dirijo a la inspectora hacia la casa principal y antes de llegar quiero hacer un último intento, una última prueba. Me vuelvo y te veo en el porche, sentada en el primer escalón, abrazándote las rodillas con las manos. Luca se mantiene pegada a mí, con el rabo retraído entre sus piernas, ya ni siquiera ladra.

La inspectora también se vuelve a mirar cuando le comento tu obsesión por mantener el césped del jardín sin asfaltar. Pero ella solo ve eso, lo que mis palabras le señalan: un jardín, un césped y un porche vacío.

12. LUJÁN

No sé, quizá sea por el impacto de la noticia, que entiendo que no tiene que ser fácil digerir, pero esta mujer me pareció rara al teléfono y me lo sigue pareciendo en persona. Sus pausas al hablar, sus miradas que se pierden en puntos vacíos...

Me hace pasar a la casa principal. Esta tiene dos plantas, en la baja está la casa, que consta de una cocina, un salón amplio, tres habitaciones y dos baños y en la de arriba me dice que está el despacho que usaba en casa su marido Benjamín, el arquitecto. Me cuenta lo que me ha explicado poco antes el notario, que su marido ya apenas iba a su despacho en Oviedo, que prácticamente todo el trabajo lo hacía desde casa.

Me lleva hasta el salón y me invita a sentarme en un sofá de cuero negro. Me pregunta si quiero tomar algo, como si fuese una visita de cortesía, o como si no quisiese que comencemos a hablar del tema que me ha traído hasta su hogar. Yo le digo que no y le agradezco la invitación con una corta sonrisa. Entonces se sienta en una butaca gris.

—Siento tener que decirle esto, pero el laboratorio ha confirmado que la sangre que hayamos en el colchón es de su hija.

Ella se pasa la lengua por los labios y encoge un poco los ojos, pero no parece impactarse demasiado con la noticia. La perra suelta un ladrido, corto, agudo, y después baja la cabeza, resopla y sigue en su cama.

—¿Y su cuerpo?

Me sorprende que hable así de su propia hija. Lo normal sería un “¿Y dónde está mi hija?” No hablar de ella como un cuerpo, ese es mi trabajo. Trato de imaginar que tan solo se está protegiendo de la noticia. La mente es una gran tramposa, a veces hace trampas a nuestro favor y otras en contra.

—No lo hemos encontrado. No tenemos ni una sola pista por el momento. Nadie la vio llegar a casa, nadie vio a nadie salir del piso tras la hora en que se cometió el supuesto crimen. No hay cámaras en los alrededores ni portero en el edificio. No hay señales de que forzaran la puerta ni de lucha en la habitación, nada. Así que cualquier información que pueda darme será de gran ayuda para poder encontrarla.

La mujer se ha levantado de la butaca, se acerca a la ventana y mira hacia el exterior. Por un momento pienso que no ha estado escuchándome, que toda su actitud es una pose y que lo que está es en shock. Pero ella se vuelve hacia mí.

—¿Usted cree que puede estar viva?

Desearía con todas mis fuerzas decirle que sí, que lo creo, pero no tengo por costumbre mentir.

—No puedo saberlo, solo sé que la sangre es de su hija y que por la cantidad que...

—Ya —me interrumpe.

Espero a que su respiración agitada se tranquilice un poco. Es un jarrón chino que comienza a resquebrajarse.

—¿Habló con ella ayer?

La mujer parece pensarlo, como si hiciese un esfuerzo por recordar, como si ayer hubiese sucedido hace un siglo.

—No, ayer no hablé con ella.

—Se han llevado su móvil, quien quiera que lo haya hecho se ha llevado el móvil junto con el cuerpo, aunque descartamos el robo porque su bolso quedó en la habitación con su cartera, dinero y documentación intacta.

Recorro el salón con la vista, la chimenea ocupando el centro de la pared de piedra, sobre ella

fotografías enmarcadas y entre ellas la de la niña que sopla la vela mientras una cascada rubia le cae sobre los hombros.

—¿Le había contado su hija si tenía algún problema? ¿Le habló de alguien a quien hubiese conocido recientemente o que le pueda parecer sospechoso?

La mujer vuelve a mirar por la ventana del salón, como si hubiese alguien allí fuera que la dijese qué era lo que tenía que contestar.

—No, no me comentó nada de eso.

Sus respuestas tan cortas y escuetas me sacan de quicio. Me apetece agitarla, gritarla que despierte, que se espabile.

—¿Ustedes dos se llevaban bien?

Es una pregunta dura, pero su actitud me invita a hacerla.

—Creo que sí. Teníamos algún roce, alguna discusión, como cualquier madre con su hija, imagino.

Por supuesto su tono es el de una mujer indignada. Todo el mundo se tomaba esa pregunta como algo personal, o peor, como una sospecha directa hacia su persona.

—Valmilar no está lejos de Oviedo y Eva tenía coche. Supongo que si hubiese querido podría ir y venir todos los días en vez de vivir en un piso alquilado.

La mujer se pasó un mechón tras la oreja. Era tan joven, tan menuda y tan lánguida que parecía una niña.

—Eva siempre ha sido muy independiente. Con dieciséis años ya le pidió a su padre que le construyera la casa que ha visto en el jardín y se mudó allí a vivir, creo que ya se lo dije. Además, salía con alguien, y vivir en Oviedo era una forma de estar cerca de él.

Enarco las cejas. Me ha tomado por sorpresa. Las compañeras de piso me aseguraron que no salía con nadie. Me cuesta creer que una chica de veinte años oculte su ligue a las amigas y en cambio se lo presente a su madre. Una relación extraña, así había calificado la relación de Eva con su madre aquella compañera.

—¿Salía con alguien? ¿Conoce su nombre?

—Sí, claro, se llama Carlos.

—Sus compañeras de piso no conocían esa relación, ellas me aseguraron que Eva no salía con nadie.

La madre volvió a pasar la lengua sobre sus labios, como si le costara decir lo que iba a decir.

—Era un hombre casado, puede que no quisiese que sus amigas se enteraran.

El mundo cambiará, pero hay prejuicios que siempre continúan igual. Esa mujer se avergonzaba de que su hija saliera con un hombre casado y daba por hecho que a su hija también le avergonzaba y por eso no se lo había contado a sus compañeras de piso.

—Entiendo. ¿Hace mucho que su hija y ese hombre mantenían esa relación?

Alejandra se encoge de hombros.

—A nosotros nos lo presentó como un par de meses antes de que muriese mi marido. Pero creo que hace poco que han roto, han terminado esa relación. Eva me lo contó por teléfono la última vez que hablamos.

—¿Cuándo fue eso?

La mujer volvió a encogerse de hombros y contrajo los labios como si estuviese haciendo memoria.

—Hace dos días, ayer no, antes de ayer, sí, creo que fue antes de ayer. Aquí el tiempo pasa muy despacio...

—Ya, y dice que se llama Carlos...

—Carlos Antúñez de La Flor, es un afamado ginecólogo, a pesar de su juventud.

Carlos Antúñez de La Flor, Antúñez de La Flor, un apellido inconfundible que estaba segura que había escuchado hacía muy poco tiempo de otros labios, pero aun así abrí mi carpeta y lo comprobé entre mis papeles. Tal y como pensaba lo había escuchado la tarde noche anterior. Tal y como recordaba eran los labios de Lucía, la compañera de piso de Eva, los que lo habían pronunciado cuando yo misma le pregunté por su nombre completo.

13. LUCÍA

El dolor de cabeza comenzó sobre las once de la mañana volviéndose insoportable. Antes de la clase de las doce decidí volverme a casa. Era viernes y no me pareció mal adelantar el fin de semana. Tenía tales pinchazos que decidí tomar un taxi. El piso estaba cerca de la facultad, a unos veinte minutos andando, y justo ese día había decidido comenzar a ir caminando en vez de usar el coche, para alegría de Carla que siempre me reprochaba que usara el automóvil en un trayecto tan corto. Nada más llegar a casa me tomé dos paracetamoles y me pegué una ducha.

Envuelta en la toalla salí del baño dispuesta a tumbarme un rato en la cama, cuando escuché risas y el sonido de las llaves en la puerta.

Se quedaron helados al verme en la entrada.

—¿Papá?

Eva aún sostenía las llaves en la mano y con ellas pinchó a mi padre, que permanecía quieto a su lado, y le hizo pasar al piso. Él metió las manos en los bolsillos del pantalón tejano. Era raro verlo vestido tan informal, solía usar traje o como mínimo pantalones chinos con camisas.

—Lucía, ¿qué haces aquí? Justo le decía a tu padre que no estabas en casa, que hoy tenías clase hasta las dos.

Mi padre se acercó a mí y me dejó un leve beso en una de las mejillas todavía húmeda. Ni siquiera sacó las manos de los bolsillos. Percibí su perfume, pero no era el de siempre.

—Tengo un rato libre y pasaba a invitarte a comer —dijo.

Eva nos adelantó y se dirigió a la cocina. Escuché cómo abría la puerta de la nevera y se servía un vaso de agua.

—¡Qué calor! —exclamó— ¿Cómo es que estás en casa?

Me encogí de hombros. El dolor de cabeza persistía y en realidad estaba deseando acostarme.

—Me duele horrores la cabeza. Iba a acostarme un rato, pero me visto y vamos —dije dirigiéndome a mi padre.

Él agitó una mano en el aire.

—No te preocupes, si no te encuentras bien lo dejamos para otro día.

Eva sujetaba el vaso de agua y se había apoyado en el marco de la puerta del salón mientras nos observaba a mí y a mi padre. Parecía que estuviera esperando algo. Una respuesta, una salida a aquella situación.

—No pasa nada, me he tomado un par de paracetamoles, no creo que tarden en hacer efecto —dije.

—Me recuerda a Néstor, mi amigo de infancia sufría de migrañas. Muchas tardes se las pasaba en mi cuarto, totalmente en silencio, con la persiana bajada y las luces apagadas. Mi madre le cuidaba. Tiene cinco hermanos, en su casa no conocían el silencio y el descanso.

Los tres nos quedamos callados durante un momento. No entendía a cuenta de qué venía aquella ridícula anécdota. Ni siquiera pensé en lo extraño que era que mi padre no me hubiese telefoneado antes de venir, por no hablar de que hubiese encontrado un hueco para invitarme a comer.

—¿Y tú? —dije volviéndome hacia Eva— ¿Tú no tenías clase ahora?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sí, pero vine a preparar la maleta. Este fin de semana me voy a Valmilar a pasarlo con mi madre. Si no os importa...

Se retiró a su habitación. Mi padre me esperó pacientemente sentado en el sofá del salón. Mi padre nunca había estado muy presente en mi vida, siempre ocupado con su trabajo, el poco

tiempo libre que tenía prefería pasarlo a solas con mi madre o en conferencias médicas sobre ginecología, su especialidad. Mientras me vestía me dio por pensar que la situación familiar de Eva y la mía eran precisamente opuestas. Ella tenía una relación excelente con su padre y un tanto áspera con su madre, mientras que en mi caso mi madre ocupaba toda mi vida y mi padre hacía lo posible por aparecer lo menos posible por ella.

Terminé de prepararme y pasé por el salón para recoger a mi padre. Él y Eva conversaban de pie junto a uno de los ventanales y se giraron al sentirme llegar.

—Le decía a tu padre lo que daría yo por poder irme a comer ahora mismo con el mío.

Casi me sentí obligada a decir lo que dije, aunque no me apetecía en absoluto. Eran muy pocos los momentos que disfrutaba a solas con mi padre. De hecho me seguía doliendo la cabeza, pero no quería perder la oportunidad de comer con él.

—Si quieres puedes venir a comer con nosotros.

Eva se rio.

—No, por Dios, no quiero entrometerme. Disfruta con tu padre, yo ya tendré mi momento.

No le di importancia al comentario.

Después mi padre me llevó a comer a uno de sus restaurantes habituales, aunque apenas hablamos. Como siempre, me dio la sensación de que tenía prisa.

—¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre, no querrás que te aburra con ese tema.

Levantaba la mano sin cesar para avisar a los camareros de que ya podían retirar el primer plato, el segundo, para pedir el postre.

—Cómelo tú, a mí no me apetece —dije.

—No has comido nada.

—Me sigue doliendo la cabeza.

Le pusieron el milhojas, especialidad de la casa, y lo devoró en un par de bocados.

—¿Este fin de semana no ibais mamá y tú a ver a la abuela?

—Sí, pero no va a poder ser, me ha surgido un imprevisto en el trabajo.

—¿Desde cuándo trabajas en fin de semana?

Elevó una mano con la tarjeta de crédito al tiempo que pasaba un camarero.

—La cuenta, por favor —luego sonrió ampliamente hacia mí—. Desde que tu madre y tú me salís tan caras.

Apenas terminamos me llevó de vuelta a casa, me dejó un beso sobre la frente y me aconsejó que descansara.

Antes de entrar por el portal me giré para decirle adiós con la mano, pero él ya tenía la vista concentrada en el móvil y no me correspondió al gesto.

14. CARLOS

No tengo ni la menor idea de cómo pudo suceder algo así. Mi esposa es cinco años mayor que yo y siempre ha sido así, siempre me he sentido atraído por mujeres maduras. Antes de Lorena llegué a estar con una mujer que me sacaba doce años. Había ocurrido veinte años atrás y desde entonces me fijaba en ese tipo de mujer. Hasta que conocí a Eva.

No exactamente desde que la conocí, porque la primera vez que la vi, mientras metía sus maletas en el piso que iba a compartir con mi hija, eso mismo fue lo que me pareció, una cría como mi Lucía.

Mi propia hija me la presentó y nos estrechamos la mano y nos dimos dos besos y yo me olvidé de ella hasta que recibí aquel mensaje en mi cuenta de instagram.

Así que comenzamos a seguirnos y antes de darme cuenta me encontré visualizando todas sus fotos y recibiendo corazones en las mías. Los mensajes cada vez eran más frecuentes y un día, sin más, me dice que está pedo y que la perdone, pero que tiene que confesarme que está enamorada de mí.

Quedé con ella en una cafetería, urgía aclarar la situación. De la cafetería nos fuimos a un hotel y del hotel salimos comprometidos y enamorados como dos adolescentes. Ella casi lo era, yo hacía más de veinte años que había dejado de serlo.

Empezamos a frecuentar restaurantes alejados de Oviedo centro, cines, e incluso casas rurales algún que otro fin de semana que yo mentía a mi mujer contando que me iba a cualquiera de las miles de convenciones médicas que se convocaban a lo largo del año. Todo era fácil con mi profesión y su vida de estudiante. Lorena estaba enamorada de mí, pero hacía años que llevaba una vida independiente rodeada de amigas y de fiestas, dado el poco tiempo que yo podía compartir con ella, así que tampoco notó mucho la diferencia por la falta de mi compañía.

Llegué a conocer a los padres de Eva. A Benjamín poco antes de su fallecimiento en aquel fatal accidente de coche. Claro que me preocupaba lo que pudieran pensar de nuestra relación, pero Eva me aseguró que lo comprenderían y no nos juzgarían, que siempre habían sido muy liberales y empáticos con las decisiones que ella pudiera tomar. Poco a poco me fue introduciendo en su vida, su hogar, su familia.

Cambié el perfume, intenté hacer dieta, empecé a usar ropa más informal. Quería parecer más joven solo para Eva.

Durante un tiempo me olvidé de su edad. Creo que el primer disparador fue durante aquel viaje que hicimos a Santander, cuando una mujer oriental que vendía rosas por la calle se acercó y me instó a comprar una “para mi hija”. Ella se rio a carcajadas y yo por complacerla hice lo mismo y le compré la rosa. La mujer nos miraba sin entender mientras asentía con la cabeza agradeciendo el dinero que le entregaba.

No quise decirle nada a Eva, pero comencé a plantearme lo que estaba haciendo, hacia dónde iba todo aquello, cómo podía terminar.

Y ella, como una pequeña bruja pareció intuirlo y comenzó a bromear sobre el tema de que mi mujer pudiese enterarse de nuestra relación. Me tanteaba, esperaba respuestas a sus indirectas sobre qué pasaría si ella supiera que su marido estaba saliendo con una cría de la edad de su propia hija.

Ahí comenzaron los mensajes a horas intempestivas, los encuentros fortuitos en los lugares que sabía que frecuentábamos mi mujer y yo, los regalos que llegaban por mensajería y que yo tenía que justificar como material didáctico de ginecología ante mi mujer.

Sabía que me tenía atrapado, o me quería atrapar, quién sabe. Solo sé que esa actitud fue la que me acabó alejando definitivamente de ella, incluso cuando ya no estaba con mi mujer no hubiese vuelto a su lado ni aunque me lo hubiese pedido de rodillas tragándose el enorme orgullo que tenía.

Creo que fue aquel día, aquel viernes que íbamos a pasar el fin de semana en un hotel en Taramundi, en el que ella se empeñó en que la acompañara al piso que compartía con mi hija para hacer la maleta, cuando se rompió algo dentro de mí.

Al llegar al piso nos encontramos con Lucía, que había vuelto antes de la facultad porque tenía un fuerte dolor de cabeza. Así que yo tuve que inventar que había pasado a buscarla a ella para ir a comer. La llevé al D'Labra, y mientras, Eva se quedó en casa preparando la maleta para nuestro viaje.

Tras dejar a Lucía de nuevo en el piso traté de contactar con Eva, pero me hizo el vacío durante un par de horas. Yo le enviaba mensajes desesperados, la llamaba, y ella guardaba silencio. Hubo un momento en el que pensé en volver a la consulta, cambiarme de ropa (Lucía había hecho un comentario sobre mi cambio de look, así lo llamó), llamar a mi mujer e irnos a ver a mi suegra. Me pregunté a mí mismo cómo habría reaccionado Lucía si no se me hubiese ocurrido la mentira de que había pasado para invitarla a comer, si hubiese descubierto que era a Eva a quien me llevaba por ahí a pasar el fin de semana en vez de ir a visitar a la abuela con su madre. Por un momento eché de menos los paseos por la muralla de Ávila, donde vivía mi suegra, comer un chuletón en el Casa de Postas y las conversaciones entre adultos sentados en la terraza de cualquier bar en la Plaza Mayor.

Finalmente contestó a mis mensajes y pasé a recogerla al bar que me indicó.

—No eres nadie para hacerme espera dos horas —me dijo—. Si me haces esperar, también tú me esperas.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Decirle a Lucía que estoy enrollado con su amiguita? ¿Qué era a ti a quien me iba a llevar a comer y follar?

Eva me miraba con odio desde el asiento del copiloto.

—Tal vez va siendo hora de que lo hagas —contestó.

A partir de ese día, todo comenzó a ir cuesta abajo. De pronto Eva se presentó ante mis ojos como lo que era: una cría mimada y malcriada acostumbrada a salirse siempre con la suya cayera quien cayera por el camino.

15. ALEJANDRA

Durante la noche apenas pude dormir. Cuando entré en la habitación, Luca ya estaba acostada sobre la alfombra.

—Luca —protesté sin convicción.

Ella me miró y después volvió a reposar la cabeza sobre la alfombra mientras suspiraba. ¿Por qué suspiran los perros? ¿Tanto les aburrimos? ¿O están frustrados ante nuestra incapacidad para entender, para entenderlos?

Me levanté tres veces para mover la cortina de la ventana y observar la casa del jardín. Todo permanecía en calma, silencioso, apagado, muerto...

Después de la visita de la inspectora, una vez que se fue, volví a la casita a ver a Eva.

Seguía detenida junto a la ventana de la cocina, pero no me hizo ningún comentario sobre la visita de la inspectora. Nada. No me preguntó ni quién era ni qué había estado haciendo en casa.

En realidad no hablamos demasiado, pero justo cuando me volvía para esta casa me dijo:

—Mamá, sé que no he sabido comprenderte.

Me volví mientras mantenía la puerta abierta.

—¿Qué?

Pero ya no me contestó. Me he dado cuenta y he aprendido en el poco tiempo que lleva aquí que es inútil insistir en que conteste cuando no quiere hacerlo. Es como si ante ciertas preguntas o conversaciones se volviese sorda y ciega. No quiero insistir, tengo miedo a molestarla y que se vaya sin explicaciones, tal y como llegó.

Por la mañana tenía demasiado sueño, me quedé en la cama hasta el mediodía, algo inusual en mí. Al levantarme observé que la puerta principal de la casa jardín estaba abierta y al acercarme me la encontré vacía.

Luca correteaba a mi alrededor feliz de que por fin me hubiese levantado y la hubiese dejado salir. Trató de rascar otra vez el suelo en la zona de los rosales, pero la regañé y me obedeció sumisa.

Fue un sueño. Todo ha sido una alucinación producida por el shock de la noticia de que mi hija ha desaparecido y la única pista que tienen sobre ella es un montón de sangre en el colchón de su cama en Oviedo. ¿Qué otra cosa podía pensar?

Y por primera vez lloré. Por primera vez fui consciente de que posiblemente habían asesinado a mi hija y no volvería a verla. Quizá ni siquiera encontrarán su cuerpo, ni al culpable de su asesinato.

Pensé que me ahogaba. Golpeé puertas y tiré retratos que me mostraban mi vida pasada burlándose de mí desde la repisa de la chimenea. Todos sonreían en las fotos. Incluso los muertos sonríen en las fotos. Luca ladraba como una loca sin entender aquel arrebato de furia. Puede que incluso en algún momento la alcanzara con alguno de los marcos de las fotografías. Me senté después en el suelo, ignorando los cristales y los cortes que dejaban marcas rojas sobre la tela suave de mis pantalones de pijama y apoyé la cabeza en el sofá, entre mis manos, llorando como una niña pequeña, hasta que el cansancio acumulado de la noche anterior en vela me venció y me quedé dormida para aliviar tanto dolor.

16. LUJÁN

Me recibe en su despacho. Está en el centro de Oviedo, en Melquíades Álvarez, en uno de esos majestuosos edificios que recuerdan la ciudad de Vetusta creada por Alas Clarín.

Es cierto, cuesta creer que este hombre de aspecto serio, aburrido y anticuado haya podido conquistar a una jovencita de apenas veinte años. También resulta difícil comprender cómo un hombre como él se ha fijado en una chiquilla. ¿De qué hablaban? ¿Qué incentivo podía encontrar en una cría de la edad de su hija? Vale, solo se me ocurre el sexual, pero es que eso se puede conseguir de muchas otras formas sin comprometer tu reputación y tu matrimonio.

—Inspectora Luján García Prieto —digo tendiendo mi mano hacia él.

—Lo sé. Carlos Antúñez de La Flor. Siéntese —dice él apuntando una silla con la mano que le queda libre mientras corresponde estrechando la mía.

—Supongo que sabe, aunque sea en lo más mínimo, la razón que me trae por aquí.

Carlos asiente. Sostiene una pluma muy elegante, e imagino que muy cara, entre las manos y golpea rítmicamente con ella sobre la mesa. Se pasa una mano por el cuello de la camisa dejando ver el inicio de un araño o corte.

—Mi hija me ha contado que Eva ha desaparecido.

Me sorprende que su hija me ocultara la relación entre Eva y su padre y que Carlos, en cambio, sea lo primero que me deja saber: Lucía, su hija, es la compañera de piso de Eva.

Asiento. Miro hacia la ventana. Está cerrada y aun así se escucha el sonido de los cláxones de los automóviles que se están manifestando por no sé qué razón. Cada día es por una distinta y todas terminan en el olvido.

—¿Su hija estaba al corriente de la relación que usted mantenía con su compañera de piso?

Quiero ser directa, pillarle, sorprenderle. Pero está claro que él ya sabe o supone que he hablado con Alejandra y estoy al corriente de su relación con Eva.

—Sí, lo está. De hecho fue ella la que me descubrió ante mi mujer.

¡Vaya! Soy el cazador cazado. Así que esa chiquilla no solo conocía la relación entre Eva y su padre y me ha mentado en la cara sino que es posiblemente la responsable de su ruptura.

—¿Fue esa la razón por la que rompió su relación con Eva?

Carlos se recuesta en la silla, la gira a un lado y otro antes de contestar.

—En parte. Yo ya había dejado a Eva antes de que Lorena se enterara de lo nuestro, aunque eso no impidió que ella me dejase a mí. Creo que eso es lo que Eva esperaba, lo que buscaba, que fuese mi mujer quien me abandonase pensando que entonces yo sería libre para estar con ella. Pensaba que yo era un cobarde, que no me atrevía a dejar a mi mujer, que nunca me atrevería, y buscó la forma de que fuese ella quien lo hiciese. No sé si lo hizo pensando que así yo volvería con ella, o simplemente como una forma de vengarse por el hecho de haberla abandonado, como llegó a decirme.

—¿Buscó la forma? ¿Qué quiere decir con eso?

—Lucía comenzó a recibir mensajes en su móvil desde un número oculto avisándola de que su padre tenía una relación con otra mujer. Estoy convencido de que era la propia Eva quien se los enviaba.

Asentí. No era una teoría descabellada. Eva quería que su relación saliera a la luz para que la mujer de Carlos le abandonase.

—Bueno, en parte Eva tenía razón, si su mujer le abandonó y se enteró de todo, por qué no aprovechar para formalizar y hacer su relación pública.

—Porque yo estoy enamorado de mi mujer, inspectora, y si en algo tenía razón Eva era en pensar que soy un cobarde, pero no por no atreverme a dejar a mi mujer, sino por no atreverme a dejarla a ella primero. Yo debería haber dejado a Eva mucho antes y haber sido franco con mi esposa. Creo que esa hubiese sido la única forma de poder salvar nuestro matrimonio.

Asiento. Solo me queda una pregunta por hacer.

—¿Dónde estaba usted aquel día entre las seis y la nueve de la noche?

Carlos extiende las manos y sonrío mientras abarca en un gesto todo el despacho.

—Puede preguntarle a mi secretaria, ella se lo confirmará.

Eso hago. Salgo del despacho y me acerco a la recepción. Una mujer de unos sesenta años, con el cabello recogido en una simple coleta y una blusa blanca abrochada hasta el cuello levanta la vista de unos papeles y me dirige una sonrisa amable.

—Ya me voy, pero antes me gustaría saber si puede confirmar que el doctor estuvo aquí la tarde de ayer entre las seis y las nueve de la noche.

La secretaria dirige de nuevo la vista hacia los papeles, como si allí estuviese escrita la respuesta que tiene que dar.

—Sí, señora, en esas horas atendió a dos de sus pacientes.

Asiento de nuevo. Observo su blusa abrochada hasta el cuello mientras recuerdo el arañazo en el de Carlos Antúñez de La Flor. Sonrío a la secretaria y me despido. No tengo la costumbre de discutir, tampoco voy a hacerlo ahora, aun cuando estoy segura de que me están mintiendo. A la gente hay que dejarla rumiar esas mentiras, dejar que vayan macerando en su cerebro, que vayan creando cada vez más complejo de culpa y volver a preguntarles cuando sea el momento justo.

17. LUCÍA

Putra traidora. Fui yo quien la acogí en el piso, fui yo la que estuve a su lado, quien la sacó de fiesta cuando pasó lo de su padre y necesitaba desahogar la pena de alguna manera. Con su madre ni se quería hablar.

Y así me lo paga, liándose con mi padre. ¡Qué asco! ¿Cómo pudo ser capaz de hacer algo así?

Yo no me lo podía creer, claro. Ella era como yo, una chica de su tiempo, independiente, se hacía llamar feminista, se mostraba confiada y segura de sí misma. Incluso más de una vez habíamos hablado del tema de las chicas jóvenes que salían con hombres mucho mayores. De lo asqueroso y abusivo del tema, de cómo esos tipos manipulaban a las niñas para que hicieran lo que ellos quisieran. Algo así me hubiese pegado en Carla, si no fuese porque es lesbiana, claro, pero ¿en Eva? ¡Ni de coña!

Lo peor fue el engaño. Llevaba meses viéndose con mi padre cuando recibí el primer whatsapp desde un número privado. Me indicaba una dirección y solo ponía “¿quieres saber cómo es tu padre?”. La dirección era de un hotel y allá me planté. Sentada en la terraza de una cafetería frente a la puerta esperé con paciencia. Imaginaba que vería salir a mi padre con otra mujer que no fuese mi madre, lo que no podía imaginar era que esa mujer sería Eva. Cerda traidora.

El impacto fue total. Si hubiese salido con cualquier otra no sería igual, pero salían los dos, cogidos del brazo, riendo, mi padre con una ridícula camiseta blanca de Tommy Hilfiger y unos tejanos apretados, como si de pronto hubiese regresado a la adolescencia.

Inmediatamente recordé el día en que habían llegado juntos al piso. Cómo podía haber sido tan estúpida. Ella contando que iba a preparar la maleta para irse de fin de semana a Valmilar y mi padre fingiendo que había pasado a buscarme para invitarme a comer. ¡No hacía algo así ni en mi cumpleaños! La abuela esperando por él y mi madre en Ávila y él con Eva en cualquier hotelucho jugando a ser un crío.

Recuerdo cómo me quedé plantada con la mano en alto en el portal cuando me llevó de nuevo a casa, y él con la mirada fija en el móvil, seguramente preguntando a esa perra a dónde la iba a recoger después de haberse librado por fin de mí. Su prisa por llevarme de vuelta al piso, su forma de engullir aquel millojas llenándose los labios de merengue. Sentía un asco abrumador.

Pero ella no era la única que sabía mentir y disimular. Qué se había creído. Yo también podía hacerlo y eso fue lo que hice durante dos semanas más, siguiendo todos sus pasos, viéndola pasear con mi padre, cenar en restaurantes, hospedarse en casitas rurales en pueblos perdidos.

Llamaba a mi madre, “¿Dónde anda papá?”, “Ya sabes, en una de esas convenciones, últimamente está muy comprometido con el trabajo, a ver si va a ser un adicto de esos”. Cuando colgaba estaba llena de rabia, de ira. No sabía a cuál de los dos odiaba más, si a mi padre o a mi ex amiga.

Así hasta la noche anterior. Llegué a casa de la facultad, me preparé un sándwich de jamón y tomate y cuando accioné la palanca del cubo de basura para tirar los restos del tomate vi algo que atrajo mi atención. Era un plástico, un envoltorio. Lo cogí y lo miré horrorizada, era de una de esas pruebas de embarazo que se compran en las farmacias. Me puse como una loca y vacié el cubo de basura en busca del aparato que contenía la respuesta a la duda, pero no aparecía por ningún lado.

Carla llegó a casa antes que Eva, y con escasas esperanzas le mostré el envoltorio y le pregunté si era suyo. Ella se rió hasta que vio mi rostro.

—Sabes que no tengo relaciones con hombres.

—Hay otras formas.

—Qué va, Lucía, ¿para qué? Tiene que ser de Eva.

—¿Sabes si sale con alguien?

Carla se encogió de hombros.

—No, pero tú misma lo has dicho, no hace falta salir con nadie para quedarse embarazada.

Le rogué a Carla que no dijese nada. Que no quería que Eva pensase que me estaba metiendo en su vida. Así quedó la cosa. Luego, cuando Eva llegó a casa propuse que Carla nos llevara a uno de los bares de ambiente a los que ella iba. Que podía ser divertido. Eva se apuntó en seguida. La que no estaba tan convencida era Carla, me miraba con cara alucinada sin entender nada, aunque, como siempre, terminó cediendo.

Y en eso no le mentimos a la inspectora. Eva se puso hasta las cejas de cervezas y chupitos de tequila, parecía que tuviera ganas de olvidar algo, bebía con rabia, sin más objetivos que el de emborracharse. Y yo la dejaba, la animaba a beber, la miraba reír, bailar perdiendo el equilibrio y el sentido del ridículo, mientras Carla trataba de controlarla.

—Creo que es hora de volver a casa —dijo al fin, cansada.

—Sí, aprovecha a dormir la mona porque mañana recoges tus cosas y te vas del piso—le dije a Eva.

Carla se sorprendió más que la propia Eva. Todavía recuerdo su sonrisa torcida, sus ojos extraviados por el efecto del alcohol. Sabía que ella sabía que yo lo sabía. Se encogió de hombros y solo dijo “vale”.

Cuando se acostó se lo expliqué todo a Carla. Después las dos nos fuimos a dormir también.

18. CARLA

Menudo marrón, madre mía, vaya con la Eva, ¿quién podía esperarse de ella que se liara con el padre de Lucía? Me cuesta un huevo creerlo, porque a mí ya no es que no me gusten los hombres, es que ese en concreto me impone, tan serio, tan culto, tan sofisticado. No sabría ni de qué hablar con alguien así, es más, alguna vez que me he quedado a solas en casa de Lucía con él cada uno ha mirado hacia otro lado hasta que ella ha vuelto.

Supongo que tampoco yo soy su tipo. Si se tenía que liar con una compañera de piso de su hija esa iba a ser Eva, porque es más de los suyos. Sí, no se trata de la ropa que uses, ni del vocabulario o conocimientos que puedas demostrar. Hay algo en ellos que los distingue, que los hace reconocerse mutuamente, como los perros oliéndose el culo. Puede parecer resentimiento o envidia por mi parte, pero no lo es, es una realidad, o eres o no eres una de ellos. A veces me pregunto qué pinto yo con estas dos. Si conocí a Lucía al principio de curso en enfermería, cuando aún tenía esperanza de poder pagarme la carrera con mi sueldo a media jornada en el Mcdonald y acabé matriculándome en un módulo de administración después del primer trimestre. No soy una de ellos.

Yo no sé qué le dio a Lucía por mí, sería pena o algo así, porque estoy segura de que a ella le van los tíos. Vamos, que ni siquiera soy su capricho sexual. Hasta se ofreció a pagarme la carrera y que le fuese devolviendo el dinero poco a poco, cuando pudiese, pero no se trataba solo de eso, de que me hiciera un favor, de que me diese una limosna. Ella que no tenía que trabajar, que tenía todo el tiempo del mundo no entendía lo difícil que me resultaba compaginar trabajo y estudios, más los de enfermería, que requerían dedicación casi exclusiva. Y espero que no se me malinterprete, que no soy ninguna desagradecida y muchos meses ni pagaba el alquiler de mi habitación, pero las cosas son así y ellos, los de su clase, no pueden entenderlo.

Y luego conoció a Eva, y como nos sobraba una habitación no dudó en ofrecérsela. Porque Lucía es así, o todo o nada, o conmigo o contra mí, y todo en diez minutos. De repente parecía que conociera a Eva desde la infancia. Era su gemela perdida. Otra activista más de twitter e instagram dispuesta a cambiar el mundo a golpe de post.

Y yo me enamoré, claro. Porque tenía un carisma irresistible y sabía cómo tratar a los demás para hacerles sentir importantes mientras a ella le interesaba, hasta que a ella le convenía, o se cansaba. En eso se parecía mucho a Lucía. En lo de que todo las aburría con rapidez y lo desechaban con la misma intensidad con la que primero lo habían deseado.

A mí no llegó a desearme. Aunque parecía que tonteaba con todos y no se quedaba con ninguno a mí me dejó claro que no me deseaba. Además me dejó claro que no era lesbiana, y que si lo fuera yo no sería su tipo en la vida.

Por eso me sorprendió tanto lo de que estuviera liada con el padre de Lucía. También el que llevaran meses juntos. Me la podía imaginar perfectamente tonteando con él, consiguiendo que cayera a sus pies, pero nunca liados, porque si continuaba con aquella historia en mi imaginación, esta terminaba como había terminado la nuestra: con ella humillando al enamorado, al hechizado... ¿qué sé yo? A mí me dijo que era demasiado débil para ella, con él me imaginaba a una Eva haciéndole saber que no era más que un viejo baboso. Pero parece que no fue así, que se había enamorado de verdad, o al menos que no la dio tiempo a llegar a aburrirse. Lucía me contó que su padre le había dado puerta, aunque ella no lo sabía cuando se lo contó a su madre, que su papáito había dejado a Eva, quiero decir. Además cuando encontró el envoltorio de la prueba de embarazo se puso como loca. Eva ya no era aquella chica maravillosa que había conocido en la facultad.

No, no era tan perfecta como todos pensaban. La brillantina se le caía al suelo en cuanto llegabas a conocerla un poco.

19. ALEJANDRA

No sabía qué hora era cuando me desperté al escuchar sonar el timbre de la puerta. Ni qué hora, ni qué día, ni en qué vida me encontraba. Los ojos me pesaban, hinchados de haber estado llorando.

A mi alrededor descubrí pedazos de cristal de los marcos volcados. Los miré como si no los hubiera tirado yo misma. Luca estaba acostada a mi lado. Gimió y me pegó un buen lametazo en la cara empapando el cabello que se desparramaba sobre mi rostro.

Me levanté con torpeza, los huesos entumecidos, y caminé hacia la puerta de entrada. Antes de ver quién estaba al otro lado, antes de posar mis ojos cansados sobre ellas, los dirigí hacia la casita del jardín. Todo seguía igual, la puerta cerrada, el sol golpeando sobre el tejado a dos aguas, un par de mariposas revoloteando en una danza salvaje alrededor de las columnas del porche de entrada.

—Hola, Alejandra.

Parpadeé un par de veces realmente sorprendida por aquella inesperada presencia. Era la última persona a la que hubiera esperado encontrarme en mi puerta. Y, sin embargo, algo me decía en mi interior que hacía demasiados años que llevaba esperando aquella visita.

—Hola, Liliana.

Fue verla y retroceder en el tiempo. Todos en el pueblo sabíamos que Liliana leía las cartas. Un verano, durante una de las ferias, montó una especie de tenderete entre los puestos ofreciendo sus servicios. De aquello hacía catorce años, lo recuerdo porque Eva tenía seis entonces.

Benjamín y yo habíamos invitado a una pareja amiga nuestra a pasar las fiestas en nuestra casa: Salva y Begoña, que años más tarde se mudarían a vivir a Colombia, país natal de ella.

Yo nunca he creído en ese tipo de cosas, todo lo paranormal me sonaba a personas incultas, supersticiosas y a complejadas, pero Begoña era una gran creyente y me convenció para detenernos en el puesto de Liliana y que nos hiciera una tirada con sus cartas.

Está bien, pensé, es una feria y estamos aquí para divertirnos. Además no quería negarle el gusto a mi amiga. Nos acercamos al puesto. Liliana llevaba un vestido corto, ajustado a la cintura, que luego se abría en una falda hasta medio muslo, sin ningún tipo de complejo por su cuerpo chaparrito y su pecho abundante a punto de escaparse por el escote mientras un colgante de la Cruz de Caravaca se ahogaba aprisionado en su canalillo. A mí me hacía sentir incómoda.

—¿Por cuál de las dos empiezo? —preguntó.

—Que empiece por ti, Alejandra.

Begoña se veía emocionada. Me pregunté cuántas veces le habrían echado a ella las cartas, y cómo una persona licenciada en medicina podía creer en el esoterismo.

Y tomé asiento. Corté la baraja tantas veces como me pidió y cada vez en el sentido que me indicaba. El rostro de Liliana estaba serio, solemne, concentrado en su papel de adivina, vidente o lo que se suponga quiera que fuese. A mí todo aquello me parecía una pantomima y así es como quería tomármelo.

Pero a medida que extendía las cartas sobre el tapete su expresión se iba descomponiendo. Su piel palidecía y sus ojos rehuían los míos, hasta que desordenó todas las cartas con un manotazo brusco y las recogió volviendo la baraja a su forma original ante mi mirada asombrada.

—¿Qué pasa?

Yo miraba a Liliana, miraba a Begoña. Sus caras eran un poema. Después, siempre que recordaba a Begoña, la veía en mi mente con aquella expresión.

—Algo no ha salido bien —dijo Liliana.

—Tíramelas otra vez.

Y en ese momento escuché el grito de Eva y me levanté de la silla sin saber ni a dónde dirigirme. Escuchaba el llanto desesperado de la niña y la vi a unos metros escasos de mí. Benjamín llegaba corriendo y se agachó a su lado mientras trataba de consolarla.

—Le ha picado una abeja.

Me arrodillé también yo para ver la ampolla enrojecida que abultaba sobre su hombro izquierdo. Sin pensarlo me empapé un dedo en saliva y comencé a extenderla sobre la picadura ante la cara de asco de Eva. Salva también estaba allí, pero Begoña se había quedado en el tenderete de Liliana, y vi cómo hablaban entre ellas.

—Qué asco.

Eva me apartó de un empujón. Benjamín se reía ante la ocurrencia de Eva.

—¡Mira, pero has dejado de llorar!

Más tarde le pregunté a Begoña qué le había contado Liliana, pero evadía mis preguntas y me contestaba con generalidades. Que a veces las cartas se equivocaban, que al no creer era difícil que aparecieran predicciones... Benjamín y Salva continuaron como si nada. Sin embargo, Begoña y yo no parecíamos encontrar ningún tema de conversación y los silencios se volvían incómodos. Me di cuenta que no solo me evitaba a mí, sino también a Eva. Procuraba pasar todo el tiempo con su marido, con Benjamín o con ambos dejándonos a mi hija y a mí de lado. Me dio la impresión de que estaba deseando marcharse de Valmilar.

Desde ese día la relación con Liliana se limitaba a saludarnos con un movimiento de cabeza las escasas ocasiones en que nos encontrábamos en el pueblo, evitándolo incluso si era posible fingir que no nos habíamos visto. No volvimos a cruzar palabra.

Y ahora estaba allí, plantada frente a mi puerta, acompañada por su hija, la más pequeña, aquella de la que decían que había heredado los dones de videncia que tenía su madre.

20. CARLA

Siempre han sabido manipularme. Mi madre es la primera persona que recuerdo haciéndolo. Consiguí ponerme en contra de mi padre tal y como deseaba. Tampoco es que él hiciese demasiado por impedirlo, en el fondo creo que yo no era más que una molestia y fue un alivio deshacerse de mí gracias a mi madre. No me he sentido demasiado querida, si acaso utilizada como mejor les convenía a los demás.

Aprendí rápido a buscarme la vida para alejarme de mi madre, pero eso no me volvió fuerte. En cuanto ella tiraba del hilo que nos unía, allí estaba yo para ayudarla a salir de los líos en los que se metía. Por eso me busqué un trabajo y acepté cuando Lucía me ofreció compartir piso. No éramos grandes amigas. Yo nunca he tenido una mejor amiga, o puede que haya dado ese título a un par de personas a lo largo de mis veintidós años para después descubrir que ellas no sentían lo mismo. No es que quiera dar pena, es que soy realista y veo los sentimientos que genero a mi alrededor.

Recuerdo perfectamente el día que llegó Eva. Yo no la conocía en persona, aunque Lucía me hablaba de ella cada día y a cada hora desde el momento en el que la encontró. También la había conocido en la facultad, como a mí, pero Eva no era una pobre desvalida a la que salvaguardar. Apenas la vi supe que era como Lucía, una niña sobreprotegida y respaldada por el cariño y el bienestar económico del que disfrutaban sus padres. Supongo que así es mucho más fácil tomar decisiones sin miedo a equivocarse y eso vuelve a la gente más interesante de lo que yo podré llegar a ser nunca.

Y me enamoré, claro. Eva desprendía un atractivo al que era muy difícil resistirse. Ella lo sabía y se aprovechaba de ello. Rondaba a mi alrededor, aprovechaba cualquier ocasión para acariciar mi cabeza rapada, para cogerme de la cintura, para acercarse a mi oído a susurrar cualquier broma. Me llamaba Carla la dulce y me protegía del mal humor que Lucía mostraba muchas veces.

Aquel día que pasó por el McDonald a recogerme a la salida de mi turno no quise hacerme ilusiones. No soy una persona de hacerse ilusiones, al contrario, recibo las buenas noticias y los méritos concedidos como golpes de suerte, no como algo merecido.

—Tomemos algo —me dijo.

Cómo iba a negarme. Daba igual si estaba cansada, muerta de sueño, de hambre o de lo que fuera. Nadie podía decirle que no a una persona como Eva. Y se notaba que era a lo que estaba acostumbrada, a no recibir nunca un no por respuesta. Mucha gente dice que ese tipo de personas son repelentes, pero solo hasta que se encuentran frente a una y son incapaces de sustraerse de su hechizo.

Nos fuimos juntas de cañas por el Antiguo, a Eva le gustaba beber, casi diría que tenía un problema. Bien llevado, pero un problema. No sabía de qué trataba de huir a través del alcohol si para mí ella lo tenía todo en la vida.

Recorrimos unos cuantos bares, iba anocheciendo lentamente y yo deseaba que el día no se terminase nunca. Nos fuimos cuando ella quiso marcharse. Por supuesto pagó todas las cañas y el taxi que nos llevó de vuelta a casa. Eva me besó en los labios para reírse en la cara del taxista. Le encantaba provocar a los demás. Sí, era una provocadora.

Cuando llegamos a casa vimos que Lucía aún no había llegado. Fue ella la que me empujó suavemente hacia su habitación, yo no me habría atrevido, tomándome de las caderas, tropezando con las paredes y el marco de la puerta, entre risas. Yo le sacaba más de una cabeza en altura, pero era ella quien dominaba la situación, quien podía subirme hasta la luna o dejarme

caer hasta el infierno. E hizo esto último.

Después de darme todo su amor me echó de su cuarto. Me sacó a la puerta como se saca la bolsa de la basura.

—Esto no ha pasado.

—Yo te amo —dije como una niña tonta.

—Yo no soy lesbiana, y si lo fuera jamás estaría con alguien como tú. Créeme, esto no ha pasado.

Esta vez el empujón fue brusco. Cerró la puerta con cuidado, demostrando que hasta un trozo de madera valía más que yo, y me dejó abandonada en el pasillo. Yo debería odiarla, pero ya era demasiado tarde para eso, ya había tejido a mi alrededor la tela de araña que me mantendría atrapada.

21. LUCÍA

No encuentro el puto chisme del embarazo. ¿Qué coño ha podido hacer con él? ¿Lo lleva guardado en el bolso? Porque en el cubo de la basura no está. He registrado hasta su habitación, pero nada, no aparece. Esa maldita mosquita muerta, una desagradecida. Yo acogiéndola en mi casa y ella follándose a mi padre. Creo que voy a explotar de rabia. Se merece lo peor, la estrangularía con mis propias manos.

Recordaba las conversaciones y discusiones que manteníamos acerca de los hombres mayores que se liaban con crías. Eran unos pederastas abusadores, buscaban chicas mucho más jóvenes para poder manipularlas y ejercer un maltrato psicológico que las mantenía enganchadas a ese tipo de relación. Defendíamos a muerte a las “niñas” que caían en las trampas de esos hombres y ahora resultaba que mi padre era uno de ellos. ¿O no? ¿Por qué ya no lo tenía tan claro? ¿Por qué ahora comenzaba a pensar que en este caso era Eva quien había manipulado a mi padre? Las opiniones pueden oscilar hasta el límite cuando las situaciones de las que hablas te tocan de cerca.

De todas formas eso ya no importaba. Yo solo quería sacármela de encima, sacarla de mi vida y de la de mis padres. Y ahora me encontraba con ese envoltorio...

Esto podría cambiar las cosas. No, cambiarlas no, complicarlas. Esa zorra puede estar embarazada de mi padre. ¡Qué horror! Creo que ha llegado el momento de poner a mi madre sobre aviso. Me hubiese gustado que esto se hubiese arreglado de otra forma, pero el cabrón de mi padre no quiso quedar conmigo y ahora me encuentro con esto.

Le llamé al mediodía. De verdad que yo quería darle una oportunidad, contarle la clase de persona que era Eva, pedirle que se alejara de ella. A cambio yo me callaría, sería una tumba y él podría hacer como que no había pasado nada. Mi madre no se enteraría y todos felices. Pero claro, como siempre, no tenía tiempo ni ganas para mí. Contestó con desgana:

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—Estoy muy liado, Lucía, ¿no podemos quedar mañana?

Muy liado, me hizo gracia la expresión, casi me echo a reír.

—Claro, claro.

Debió notar la rabia contenida en mi voz. La decepción.

—¿Es importante? Puedes contármelo ahora por teléfono, tengo un minuto libre.

El muy capullo ya estaba pensando en que sería mucho mejor así, despacharme por teléfono para no tener que quedar y verme la cara al día siguiente.

—No, no importa, prefiero que nos veamos mañana.

Colgué el teléfono y me puse a preparar un sándwich. Lo cierto es que la conversación me había dejado ofuscada, y entonces vi el plástico del envoltorio en la basura. Me volví loca. Aquello cambiaba todos mis planes. Puto cabrón. Le hubiese dado la oportunidad de que dejase a Eva y habría callado ante mi madre. Le llamé para darle esa oportunidad, pero él estaba muy liado. Lo imaginé en la habitación de algún hotel, hablando conmigo por el móvil mientras Eva le esperaba en la cama. No, mi madre no se merecía aquello. Se acabó el juego y has perdido, papá. Volví a tomar el móvil y la llamé. Llamé a mi madre. Ella sí que estaba disponible, ella siempre estaba disponible para mí.

22. LUJÁN

Apenas poso un pie en la calle, al salir de la consulta de Carlos Antúñez de La Flor, cuando me suena el móvil. Es de la comisaría. Pienso en mamá. No puedo evitarlo desde aquella vez que me llamaron para comunicarme que la habían encontrado.

Cuando le diagnosticaron el Alzheimer me la llevé a vivir conmigo, a mi piso. También contraté a Asunción para que la cuidara mientras yo iba a trabajar. Para mi madre fue un trauma dejar su casa para irse a vivir conmigo, pero el tiempo me demostró que era absolutamente necesario, pues la enfermedad avanzó a pasos agigantados y en muy poco tiempo ya no era capaz de hacer nada sola. Totalmente desorientada se paseaba por las habitaciones buscando la puerta de salida y había que tener muchísimo cuidado porque a la mínima se largaba escaleras abajo. Un par de veces la paramos saliendo ya por el portal y otra la devolvió a casa un vecino que la encontró sentada en un escalón llorando porque no sabía cómo llegar a su casa. Aunque me resistía tuve que terminar por echar la llave cuando me marchaba para que no pudiese escaparse. Como si mi madre fuese un criminal y su hija, la policía, la mantuviese encerrada en la cárcel.

Ese día, primero me llamó su cuidadora, Asunción, muy alterada. Había bajado un momento del piso al ultramarinos de la esquina y se le había olvidado echar la llave. Se dejó la celda abierta. Al volver ya no había encontrado a mi madre.

Se marchó en bata y zapatillas de casa, así que la policía no tardó en dar con ella, les avisó un vendedor de cupones de la ONCE al que ella se acercó para preguntarle si conocía a un muchacho que se llamaba Anselmo, que no era otro más que mi difunto padre. El hombre la retuvo a base de preguntar acerca del tal Anselmo y mientras tanto llamó a la policía para que pasaran a buscarla. Inmediatamente ellos me avisaron a mí. Cuando llegué a la comisaría, mi madre estaba sentada en el despacho de Alfonso, con las manos metidas en los bolsillos de la bata y la cabeza apoyada sobre el pecho, mirando al suelo.

Era como ver a una niña pequeña avergonzada, arrepentida. Una niña pequeña que sabe que ha hecho algo que no debía y ahora va a tener que atenerse a las consecuencias. O tal vez no, tal vez solo estaba enfadada porque no era capaz de entender por qué la retenían, por qué la habían llevado a aquel lugar.

Me agaché frente a ella y la tomé de las manos.

—¿A dónde ibas, mamá?

Me miró sin reconocermme.

—A recorrer mundo.

Alfonso elevó las cejas mientras se mordía un labio. Era uno de los compañeros que la había conocido cuando todavía era aquella mujer imponente, siempre arreglada, siempre con una palabra agradable en la boca. Y ahora estaba allí sentada, en bata y zapatillas de casa, sin reconocer a su propia hija.

Yo sabía que aquello no era un buen síntoma. Tenía que aceptar de una vez que mi madre no mejoraría, al contrario, había tomado el camino que iba cuesta abajo y así seguiría, bajando, bajando, hasta llegar bajo tierra.

Fue la señal de que no podía seguir posponiendo lo inevitable. Le busqué una residencia y la interné, manteniendo de todas formas a Asunción para que le hiciese el máximo de compañía posible, para que fuese una especie de ancla que sujetara a mi madre en esta vida mientras su mente vagaba por otra paralela.

Cada día peleaba con mis sentimientos de culpa, por más que todo el mundo me dijese que había hecho lo mejor para ella.

Contesto a la llamada. Me dicen que han descifrado lo que está escrito en la servilleta que no se tragó la taza del váter.

—Es la dirección de una Notaría. Del notario Antonio Candamo López —me comunica la voz insulsa al otro lado de la línea.

Busco la dirección por internet. Me indica que la Notaría a estas horas está cerrada, no vuelve a abrir hasta las cinco de la tarde. Decido hacer un alto para comerme un bocadillo y tomarme una cerveza. Mientras mastico no dejo de pensar en mi madre. Miro mi reloj, son las tres y media, seguramente esté durmiendo las siesta, porque en la residencia comen muy temprano.

Me planto en su habitación en quince minutos. La residencia tiene aparcamiento, eso facilita mucho las cosas. Antes de internarla me molesté en recorrer unas cuantas residencias teniendo en cuenta todas las ventajas que podían ofrecer tanto para mi madre como para mí a la hora de visitarla.

Asunción está sentada en una butaca a los pies de la cama de mi madre. Hace mucho calor y su cuerpo rechoncho suda por todos los poros de la piel. Al verme entrar hace amago de levantarse, pero la detengo con un gesto.

Me acerco a la cama y le retiro a mi madre unos mechones de cabello de la cara para besarla en la frente.

—Hoy está muy tranquila —comenta Asunción—. Creo que es el calor, la mantiene agotada. No me extraña, también yo estoy deseando que llueva y refresque el ambiente.

Aquí la lluvia no sirve para nada. Creo que solo le aporta vapor al calor ya de por sí asfixiante. Pero no lo digo, no vale la pena. He aprendido a dejar que cada uno se consuele con los pensamientos que más le convengan, sean ciertos o no.

Mamá se despierta lentamente, con pereza. Me mira. Estoy sentada sobre la cama, a su lado. No sé si me reconoce.

—¿Has venido a buscarme? —pregunta.

—¿A dónde quieres que te lleve, mamá?

Mi madre vuelve la mirada hacia Asunción, que se abanica efusivamente con la revista que estaba hojeando cuando llegué.

—A casa, quiero irme a mi casa, pero esa gorda de ahí no me deja.

23. ALEJANDRA

Me hago a un lado en la puerta y las invito a entrar en casa. Liliana pasa primero, con decisión, Cecilia lo hace apocada, con la cabeza agachada. Casi parece que flotara al caminar. Me da miedo.

Las dirijo hacia el salón y les pido que se sienten.

Ellas observan el desorden, los cristales rotos y los marcos tirados por el suelo. No comentan nada y yo hago lo mismo, finjo no percibir el desastre, el caos.

Luca se vuelve loca olisqueando a su alrededor. Recibe con agrado la visita. Se acerca a Cecilia y deja que le acaricie la cabeza y la dé unas palmadas en el lomo. Un puñado de pelos queda retenido un momento en el aire para luego esparcirse y caer sobre el destrozo que he formado en el suelo.

Les pregunto si quieren tomar algo. Liliana niega y Cecilia me pide un vaso de agua. Su voz es suave, me recuerda a un pajarito.

Cuando vuelvo con el vaso veo que Liliana ha tomado asiento, a pesar de que ya tiene una edad, sigue usando esos vestidos cortos y ajustados que embuten su cuerpo robusto, de brazos y piernas cortas y un pecho tan abundante que parece siempre a punto de escaparse por poco escote que lleve. Supongo que para ella es una forma de retar a las lenguas venenosas que siempre la persiguen en el pueblo. Una forma de decirles que pueden escupir tanta bilis como quieran, hasta quedarse secas, que ella seguirá haciendo lo que le dé la gana. En cierto modo eso me admira en ella. Yo siempre he sido de pensar en el qué dirán y de tratar de pasar lo más desapercibida que me sea posible.

Cecilia se pasea por el salón, perseguida por Luca que sigue reclamando su atención, deteniéndose frente a cada fotografía enmarcada, recogiendo los marcos del suelo para pasar sus dedos sobre el cristal que ha sobrevivido a los golpes. No me mira cuando entro, no se molesta en disimular que está figoneando entre mis recuerdos.

Le doy el vaso de agua y ella se lo bebe de un solo trago. Observo su nuez subiendo y bajando cada vez que pasa el agua por su garganta.

—¿Quieres más?

Ella niega con la cabeza mientras me devuelve el vaso. Tiene una cara muy singular, con grandes ojos y una boca mínima que le da cierto aspecto alienígena. Liliana permanece sentada. Cecilia no parece dispuesta a hacerlo y yo me quedo en pie a su lado, esperando.

—Supongo que te preguntarás a qué viene esta visita. Nuestra relación no ha sido la mejor durante todos estos años —comienza a hablar Liliana—. Y me gustaría no tener que estar aquí hoy, pero es necesario que hablemos.

Asiento. No sé a qué han venido, pero estoy segura de que tiene relación con Eva. Cecilia sacude todo su cuerpo como recorrida por un escalofrío. Por un rayo. Me recuerda al hombre de la historia de mi abuelo, el que murió atravesado y chamuscado por un rayo. Luca gime, le lame una mano y luego se va hasta su cama y se acuesta. Me asusto, pero Liliana no parece darle importancia al espasmo de su hija.

—Sé que tú no crees en estas cosas, pero imagino que habrás escuchado que Cecilia tiene un don. Yo leo las cartas, intuyo algunas cosas, puedo predecir ciertos estados... El don de Cecilia es muy superior al mío. No importa si lo crees o no, es así.

Hace tan solo dos días no hubiese querido seguir escuchando nada de esto. Me hubiese parecido todo una función de teatro ridícula, me sentiría incómoda, molesta al tener que seguir el

juego de aquellas dos personas. Ahora estoy deseando que lo digan. Que digan por qué han venido, que Liliana me diga qué fue lo que vio en aquella tirada de cartas hace catorce años, que me expliquen por qué Eva está apostada en la ventana de la cocina de la casita del jardín.

—Hace catorce años me hiciste una tirada. Entonces no quisiste decirme qué fue lo que viste.

El rostro de Liliana se contrae. No hay ningún parecido físico entre ella y su hija. Es la más pequeña y muchos en el pueblo afirman que es la hija de un feriante, no de su marido. Un feriante con ojos de serpiente que la hechizó durante una de aquellas ferias en las que ella instalaba su puesto de adivina. Nunca quise creerlo, supersticiones de pueblerinos aburridos, pensé siempre. No me interesan los cotilleos para nada, quizá porque siempre temo que se acaben volviendo contra mí, que sea de mí de quien hablen.

—Puedo ver lo que dicen las cartas, pero no puedo cambiarlo ¿para qué generar años de angustia innecesaria? No podía cambiar lo que veía, tampoco tú podías hacerlo. ¿Hubieses preferido que te dejase esperando catorce años a que llegase el momento en el que tu vida se rompiese?

Cecilia, a mi lado, se balancea ligeramente, casi como si estuviese entrando en trance. Mi vida se ha roto, eso afirma Liliana. Algo en mi interior me hace sentir culpable, siempre culpable.

—Entonces, ¿por qué ahora? —pregunto.

Liliana señala a su hija.

—Porque esta mañana Cecilia ha visto a Eva. Ha visto a tu hija, Alejandra.

24. LUJÁN

La notaría está en la calle Fruela, en el primer piso de uno de esos majestuosos edificios que pueblan Oviedo. El portero apenas me dirige una mirada lacónica y aburrida mientras murmura un “buenas tardes” y ni me pregunta a dónde voy. Subo por las escaleras de mármol limitadas por una balaustrada enrejada. El pasamanos es de madera pulida y brillante. El cartelito que indica el piso en el que se ubica la notaria es tan ostentoso como el edificio.

Notaría Antonio Candamo López.

Me identifico al entrar. Antes he llamado para fijar cita con el notario.

Una mujer de mediana edad, alta, con el pelo recogido en un moño me indica que le siga y me lleva hasta un despacho a través de pasillos con paredes plagadas de orlas y titulaciones. Golpea con suavidad con los nudillos y espera a escuchar el “pase” que sale desde el interior. Me deja la puerta abierta y se retira.

El despacho es rectangular, con un ventanal enorme justo detrás de la mesa de madera maciza tras la que está sentado el notario. Los techos son altos y observo, con curiosidad y extrañeza, una bicicleta estática en una de las esquinas.

El notario se pone en pie para extender su mano derecha hacia mí. No es como me imagino a los notarios. Lleva un traje, pero su corte es muy moderno, demasiado ajustado al cuerpo. Es un tipo de estatura media, cincuentón, pero muy bien conservado. Tiene el cabello, ralo, engominado hacia atrás, pegado al cráneo, y un moreno de lámpara exagerado. Todo el despacho huele a perfume, me imagino que del caro.

—Buenas tardes, inspectora, me moría de ganas de conocerla y saber qué le trae por aquí. Siéntese, siéntese.

Me siento mientras sonrío. No es habitual encontrar personas tan dispuestas. No me gustan, sinceramente, pero es parte de mi trabajo.

—Buenas tardes, es Eva Simón Márquez el motivo que me trae hasta su despacho.

Enarca las cejas. Las arrugas que se forman en su frente pierden el bronceado de lámpara.

—¿La conoce?

Se recuesta en su sillón con ruedas. Abre un cajón y saca una cajetilla de tabaco rubio.

—¿Le molesta?

Niego con la cabeza. Me alarga la cajetilla y yo vuelvo a negar. Hace años que abandoné el vicio.

—Cigarrillos y bicicleta estática no son la combinación perfecta.

El notario ríe mientras enciende un pitillo.

—¿Y quién es perfecto? Por cierto, es muy observadora.

—Gajes del oficio —contesto encogiéndome los hombros.

—De todas formas tengo un trato conmigo mismo, por cada cigarrillo después pedaleo cinco minutos.

El notario exhala el humo y se pasa la lengua sobre los labios. Ese gesto en él me resulta irritante, casi obsceno.

—¿Le ha pasado algo a Eva?

—Veo que la conoce. Todavía no lo sabemos, de momento está desaparecida.

—Lamento escuchar eso. Es la hija de un compañero muy apreciado, Benjamín.

Asiento. En lo poco que llevo investigado parece que el padre de Eva era una persona apreciada por todos. No como la madre, esa mujer tan extraña.

—¿De qué se conocían?

—Fuimos juntos al colegio y después al instituto. Trabajamos una buena amistad, Benjamín era un hombre muy afable. Tenía muchos amigos, aunque los últimos años vivía un poco aislado con su mujer en esa casa de Valmilar. Su especialidad en arquitectura le permitía trabajar desde casa y acabó prácticamente dejando de venir al despacho que tenía aquí en Oviedo.

—Imagino que eso les hizo perder el contacto.

El notario sonrío mostrándome una dentadura perfecta, blanca a pesar de los cigarrillos.

—Nos veíamos menos, pero eso no quiere decir que no siguiéramos siendo amigos. Yo le apreciaba de la misma forma. A él y a su familia.

—Y sigue en contacto con su familia ¿no es así?

—Sí, claro. Supongo que ya sabrá que Benjamín murió en un accidente de automóvil hace apenas unos meses. Precisamente tuvo el accidente mientras volvía a casa un día que le había resultado imprescindible pasarse por el despacho en Oviedo. Como es natural, me ofrecí rápidamente para arreglar todos los asuntos relacionados con su testamento, evitando que Alejandra tuviese que ocuparse de ningún trámite molesto. Pero dígame, ¿cuándo desapareció Eva? Hace apenas un par de días que se iba a pasar por aquí a recoger unos papeles para llevárselos a su madre a Valmilar.

Mi cabeza funciona con rapidez. Veo a Eva en la barra de alguna cafetería, sentada en uno de esos taburetes altos, el móvil pegado a su oreja. Con la mano libre alcanza el dispensador de servilletas y toma una para anotar la dirección de la notaría. Eso fue hace dos tardes, la misma que desapareció.

—¿La telefoneó usted para proporcionarle la dirección de la notaría?

—No, no fui yo, de esos temas se encargan los ayudantes. En el caso que nos atañe en concreto fue ese muchacho que también es de Valmilar. Néstor.

25. ALEJANDRA

Una lucecita de esperanza se enciende en mi cerebro. Ha visto a Eva. Ha visto a mi hija. Una niña de no más de trece años la ha visto. No soy la única. Entonces me doy cuenta que la niña es Cecilia, la hija de Liliana, la niña de cara y actitud extraña, enigmática, extravagante, esotérica. Un rayito de lucidez me atraviesa.

—Eva está desaparecida —digo.

De pronto he cambiado de idea. No quiero saber nada. No quiero seguir escuchando nada de lo que hayan venido a contarme. Quiero seguir durmiendo, despertar, ir a la casita de jardín y encontrarla vacía. No quiero que Cecilia la haya visto. Pero sé que no es posible. Sé que me lo dirán, y tendré que aceptarlo.

—La vio esta mañana. Se la encontró en el camino desde tu casa al pueblo —continúa Liliana, implacable.

Esta mañana cuando fui a la casita la encontré vacía. Eva no estaba junto a la ventana. Todo estaba como debía estar. Quiero que continúe estando así. Pero Liliana no lo va a permitir, esta vez no va a dejarlo pasar.

—Cecilia llegó a casa pálida, desencajada, como cada vez que ve a uno de ellos.

Uno de ellos.

Me gustaría taparme los oídos y ponerme a cantar, como una niña pequeña cuando no quiere escuchar lo que le dicen. He mirado hacia otro lado tantas veces que no me debería costar, pero Liliana sigue con su retahíla.

—Llevo catorce años esperando a que esto sucediera, Alejandra.

Me acerco a la ventana del salón y oteo la casita. Mi cuerpo ha comenzado a temblar. Cecilia sigue con su bamboleo, suave, inacabable y me apetece sujetarla y gritarle que pare.

Liliana se ha levantado del sofá. Se estira la falda y se acerca a mí, aunque no se atreve a tocarme.

—Habló un ratito con Cecilia y le pidió que me diera recuerdos. Recuerdos, Alejandra, como si no me hubiese pasado catorce años recordando aquella tarde en la feria.

Me giro con brusquedad hacia la niña. Inmutable, de pie en el centro del salón, mirándome con sus enormes ojos de serpiente.

—Eres una mentirosa —digo. No me reconozco a mí misma en esas palabras—. Eva ha desaparecido ¿Entiendes? La policía la está buscando. ¿Crees que iba a estar tan feliz paseándose por ahí?

Cecilia abre su boquita. Estira sus labios finos, casi inapreciables.

—Está muerta.

Luca se ha levantado al escuchar mi voz enfadada. Viene rauda a mi lado.

Ya está, se acabó, lo ha dicho. Era como si Eva siguiera viva mientras nadie dijese lo contrario. Me tapo la boca con las manos. Me voy agachando poco a poco hasta quedar sentada en el suelo y escondo la cara entre las rodillas, como un avestruz. Está bien, todo está bien, tenía que venir una niña a decirme lo que me negaba a creer. No lloro. Solo me quedó así, en el suelo, con el rostro escondido a la verdad.

Liliana se agacha a mi lado. Llega hasta mí el olor a sudor de su cuerpo y me entra una arcada. Ella coloca una mano sobre mi hombro.

—No estoy aquí para juzgarte —dice.

¿Juzgarme? ¿Qué vio en aquella tirada de cartas? ¿Es posible ver los secretos de otras personas en unas cartas de la baraja? ¿Sus pensamientos? ¿Sus sentimientos? ¿Sus culpas? Todos tenemos secretos. ¿Qué secretos se llevaría Benjamín a la tumba? Él se fue sin conocer el mío. ¿Acaso lo había visto Liliana en sus cartas?

—¿Qué viste? ¿Qué viste aquella tarde en tus cartas?

—Vi este momento, Alejandra, el momento en que Eva acudiría a mí para que te ayudase.

26. LUJÁN

Hay un muchacho trabajando en la notaría que es vecino de Valmilar. ¿Casualidad? Bueno, mucha gente de los pueblos de los alrededores trabaja en Oviedo. No es nada raro. De todas formas, el notario parece verse en la necesidad de darme una explicación.

—Néstor es un amigo de infancia de Eva. Benjamín lo crió como a un hijo —se recuesta sobre la mesa un poco, acercando su cuerpo hacia mí—. Imagine si lo consideraba como a un hijo que le ha dejado una cantidad de dinero nada execrable en su testamento.

El olor a tabaco en su aliento llega hacia mí. Controlo un gesto de asco.

—Entonces ¿fue él quien le entregó a Eva los papeles ese día?

—No, Néstor se los llevó a su madre a Valmilar al día siguiente.

—Y eso ¿por qué?

Agradecí que volviera a recostarse en su asiento. Volvió a abrir el cajón del que sacó el tabaco y esta vez encendió el pitillo sin ofrecerme.

—La verdad es que Néstor no es el empleado soñado de ningún empresario. Sufre migrañas desde niño y falta a menudo al trabajo. Ese día se fue a casa a primera hora de la tarde, dijo que él se encargaría de llevar los papeles a Alejandra y de avisar a Eva para que ya no se pasara.

—Entonces, Eva no llegó a pasar por la notaría ese día.

—No, ni ese ni ninguno, era Néstor quien se encargaba siempre de solucionar los trámites con Alejandra. No sé por qué ese día iba a pasarse ella. Supongo que tenía pensado ir por Valmilar y así aprovechaba el viaje y se lo ahorra a su amigo. No me diga, a mí no me importaba quien llevara los papeles mientras el trabajo quedara hecho.

Se afloja un poco la corbata. Supongo que se tiene que estar asando embutido en ese traje con el calor que hace.

—Tengo una curiosidad. Si Néstor no le resulta un empleado rentable ¿por qué lo mantiene en su notaría?

El tipo sonríe. Dios, es un chulo en toda regla.

—Creo que ya le he comentado mi aprecio por Benjamín. Fue él quien me pidió el favor de que le contratara, ya sabe cómo funciona esto. Supongo que ahora que ha fallecido cambiarán las cosas, lo mantengo solo por Alejandra.

Un cretino más, como me imaginaba. Me pongo en pie y él hace lo mismo volviendo a extender su mano.

—¿Hoy está trabajando? Me gustaría hablar con él.

Agita mi mano como si fuéramos a echarnos a bailar. El hombre desborda energía y me pregunto si será toda suya o alguna sustancia más a parte de la nicotina le ayudará en su día a día.

—Por supuesto, pídale a Mariluz que le indique su despacho. La mujer que la acompañó hasta aquí —dice al ver mi gesto interrogante.

—Gracias —digo, y apunto hacia la bicicleta estática—. Le debe diez minutos.

—¿Cómo?

—Recuerde, cinco minutos por cada cigarrillo.

Suelta una carcajada.

Salgo del despacho y me sacudo la ropa con disimulo. Estoy deseando desprenderme del olor a tabaco y perfume.

27. NESTOR

Me suena el móvil. Lo saco del bolsillo trasero del pantalón vaquero y veo el nombre en la pantalla: Evita.

Cierro los ojos. Me da tanta pereza contestar. Es la primera vez que me llama después de que abriera mi boca en aquella cena en casa de sus padres, cuando llevó a su nuevo novio para que los conociera.

Pienso en dejar sonar el teléfono sin contestar, pero finalmente acciono el botón verde, conozco demasiado bien a Eva como para saber que seguirá insistiendo, y también me conozco a mí lo suficiente como para admitir que soy incapaz de eludir su llamada. Cobarde, me diría ella.

—Hola, Evita.

—¿Cómo estás?

Dispara la pregunta, pero no espera a que conteste. A ella no le interesa saber cómo estoy. A Eva le importa una única persona en el mundo.

—Necesito verte. Te invito a cenar esta noche.

—Evita, no me encuentro con ánimos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes una de tus migrañas?

—No. No tengo ánimos para verte.

Se hace el silencio durante un segundo. Ni yo me creo que haya sido capaz de decirle algo así.

—Necesito verte —repite, obviando mi comentario desagradable—. No estoy bien.

—¿Qué te pasa?

—No, así no, por teléfono no. Por favor, ya tengo la reserva hecha.

Me pide que la pase a recoger con mi coche por el piso que comparte con otras dos compañeras. Por supuesto acabo diciendo que sí.

Evita, Evita de mis amores. No podría haber sido de otra forma, ya en el parvulario me tomó de la mano y me fue arrastrando a lo largo de su vida. Ella era el Titanic y yo la lancha amarrada a su popa, recorriendo el mismo camino, pero siempre a la cola.

Nunca hubiese podido imaginar hasta qué punto mi vida, mi felicidad, iba a depender de las decisiones, de las opiniones de Evita.

Miro mi reloj, tengo dos horas por delante antes de ir a buscarla. Me da tiempo a darme una ducha y planchar los pantalones pitillo que más me gustan y la camiseta roja desgastada que sé que a ella no le gusta nada. Una pequeña venganza, un desaire hacia ella, un diminuto gesto de rebeldía. Después voy en busca de mi Ford fiesta blanco de segunda mano, ese que me ayudó a comprar su padre cuando me saqué el carnet de conducir hace un par de años. Le debo demasiado a Benjamín, su padre, igual que le debo mucho a Evita. Demasiadas deudas, sobre todo emocionales.

No hay sitio para aparcar en su calle, como siempre, así que le hago una llamada y la pido que baje, que estoy esperando parado en doble fila. Por una parte es un alivio para mí. No quiero ver a su compañera Lucía, no quiero tener que mirarla a la cara sabiendo que Evita está liada con su padre. Y eso que en parte me alegró cuando me enteré. Evita liada con un tipo veinte años mayor que ella. ¡Evita! La que tanto criticaba aquel tipo de parejas. Por eso me alegré, su discurso se le caía al suelo, pero por otro lado fue como una puñalada para mí, claro.

Eva aparece por la puerta del portal. Está muy guapa. Lleva un vestido largo de color negro,

sin mangas, con cuello alto, ajustado a su cuerpo. Tiene una apertura a cada lado de sus piernas, hasta encima de las rodillas. No se ha puesto tacones, quizá para no sobrepasarme en altura. No lleva chaqueta, la temperatura es alta a pesar de la hora de la tarde y del mes en el que estamos. Va a ser otra noche de calor.

Abre la puerta del coche, entra y se inclina hacia mí para besarme una mejilla.

—Pensé que no venías.

Es cierto que me he retrasado quince minutos.

—No te creo, sabes que si me llamas no puedo resistirme.

—Si me necesitas silba —dice sonriendo.

—¿A dónde vamos? ¿Hay aparcamiento?

Me dice el nombre del restaurante y me va indicando el camino. Lo de Eva y la orientación es un completo desastre.

—Necesitas un GPS —se ríe.

—No, un GPS lo necesitas tú.

—Yo ya tengo. Te regalaré uno y así no tendrás que perderte con mis indicaciones.

El restaurante está casi llegando al Naranco y tiene aparcamiento. Las vistas de Oviedo a través de sus cristaleras y su mirador en la terraza son espectaculares.

Un camarero nos acompaña hasta nuestra mesa y nos entrega la carta mientras nos pregunta qué vamos a beber. Eva elige un tinto de la carta. Pedimos una parrilla mixta de carne y pescado para compartir y una ensalada.

—Voy al baño —dice Eva.

Se levanta y se aleja llevándose el pequeño bolso negro de charol con ella. Yo miro toda la ciudad de Oviedo a nuestros pies, las luces encendidas, brillando en la oscuridad de una noche perfecta.

Pienso en si me estará invitando para hacer las paces por lo de la discusión en casa de sus padres. Y pienso en que no me importa, en que no me compensa hacer las paces después de todo el daño que me ha hecho, que me está haciendo.

Y entonces le veo. Entra con su mujer y se aproxima a la barra, imagino que para avisar de su llegada y que les acompañen a su mesa. El camarero avanza con ellos hacia nuestra mesa y los sienta justo en la de al lado. Él me mira, pero hace como que no me conoce.

No me lo puedo creer. Cómo pude pensar, aunque fuese solo durante un instante, que Eva pretendía hacer las paces, en cierto modo disculparse.

Ella vuelve del baño. Les ve en la mesa contigua y sonrío, está radiante, hermosa, imponente.

Carlos tiene la cara de quien acaba de tragarse la guindilla camuflada en el cocido. Su mujer, en cambio, se levanta de la silla y avanza hacia Eva con los brazos abiertos. Se besan en las mejillas. Están entre las dos mesas, dos mujeres disfrutando del encuentro, cada uno por sus motivos, y dos hombres, uno a cada lado, sabiéndose utilizados.

—Carlos, mira, es Eva, la compañera de piso de Lucía.

Carlos se levanta de mala gana y se acerca a besar a Eva. Ella le coloca una mano en el antebrazo y yo puedo ver cómo se lo aprieta sentado desde mi sitio.

—Estoy con Néstor ¿quieres saludarlo?

La mujer de Carlos mira hacia mí. No me conoce. La pregunta ha ido dirigida a su marido. A este no le queda más remedio que dirigirse a mí.

—¿Cómo estás?

Yo hago un movimiento con la cabeza. El rostro de la mujer de Carlos está expectante, espera saber quién soy yo y por qué su marido me conoce. Eva no tiene la más mínima intención

de sacarle de ese entuerto.

—Le conocí un día que fui a buscar a Lucía al piso para llevarla a comer.

La mujer asiente. Se acerca a mí y me da dos besos con desparpajo.

—Encantada, Néstor.

Luego se vuelve de nuevo hacia Eva.

—Qué casualidad encontrarnos aquí. Las vistas son maravillosas ¿verdad? Y la comida todavía mejor —dice sonriendo hacia mí.

Yo quiero hacer un esfuerzo, pero la sonrisa no quiere seguirme el juego. La mujer tira de su marido hacia su mesa.

—Vamos, vamos, dejemos a la parejita cenar en paz. Ya nos veremos otro día.

El camarero llega con la ensalada. Eva se sienta a mi lado y comienza a aliñarla. Yo mantengo la vista fija en la copa de vino.

—¿Qué? —pregunta.

—Esto no tiene nada de casualidad ¿verdad?

—Me dejó hace un par de días. No, para nada es una casualidad, tengo las claves de la aplicación a través de la que realiza las reservas —se ríe, quiere hacerme cómplice.

Pero yo estoy haciendo un esfuerzo para no echarme a llorar. ¿Cómo es posible que mi felicidad dependa de una persona como esta? Creo que no me había sentido tan utilizado nunca jamás en mi vida.

28. ALEJANDRA

De camino a la casita del jardín, Cecilia se coloca a mi lado y me da la mano. Es una mano esquelética y chiquitita, pero me transmite una energía inusitada. La miro. Sus ojos de serpiente me devuelven la mirada.

—Siento haberte llamado mentirosa.

—No importa.

Al llegar noto que la puerta de entrada está entornada, como si nos estuviera invitando a entrar. La empujo con suavidad y la veo junto a la ventana de siempre. Me vuelvo hacia Cecilia de inmediato y compruebo que ella también la ve, aun así no puedo evitar preguntarle.

—¿La ves?

Ella asiente con la cabeza y la señala con un dedo. Liliana se ha quedado dos pasos por detrás, se abraza por los codos y pasea la mirada por la casita. Sus ojos se cierran. Aspira el aire, como si pretendiese detectar algún olor en concreto.

—¿Tú también la ves?

Liliana dice que no. Dice que ni siquiera puede sentir su presencia, que ella no tiene ese don.

—Pero yo tampoco tengo ese don —digo.

—No tengo gran conocimiento sobre el tema, pero sé que los muertos, los espíritus, solo ven lo que les interesa ver, solo escuchan lo que les interesa escuchar y solo se dejan ver por quien quieren que les vea o por personas que como Cecilia tienen ese don. Una vez escuché que también, a veces, algunas personas que están a punto de fallecer son capaces de verlos.

Recuerdo cuando le preguntaba a Eva sobre el tema de su desaparición, cuando le hablaba de la Inspectora que me iba a venir a ver. Ella parecía no escucharme, dirigía la conversación solo hacia lo que le interesaba. Creo que entiendo lo que Liliana quiere decir, concuerda con el comportamiento de Eva.

—Cuando un espíritu se queda retenido aquí y se deja ver y mira a alguien es porque necesita resolver algo que ha quedado pendiente.

Cecilia se ha acercado a Eva. Mira por la ventana tratando de ver lo que ella ve.

Como si la presencia de la niña se lo recordara, Eva se vuelve hacia mí.

—Esta mañana he salido a dar un paseo.

Sin embargo no parece darse cuenta de que Liliana y Cecilia están allí.

—¿Has visto a alguien?

—Me hizo recordar a Néstor, me hizo recordar todo el tiempo que pasábamos juntos cuando éramos unos niños. No sé, en cierta forma eso me puso triste, porque tengo el presentimiento de que te hice sufrir.

Vuelvo la mirada hacia Liliana, alarmada. Ella afirma, como animándome a que siga hablando, pero yo no sé cuánto conoce de mi secreto.

—¿Por qué ibas a hacerme sufrir? —mis labios tiemblan.

Tengo la impresión de que Eva atraviesa a Liliana con la mirada, como si de repente se hubiese percatado de que está allí, pero ninguna de las dos dan señales de verse.

—¿Crees que soy una buena hija?

—Claro que sí, ¿por qué me preguntas algo así?

Se encoge de hombros.

—No sé, siento que no lo soy. Siento que no te trato bien. Siempre te llevaba la contraria, era como un desafío para mí.

Vuelve a mirar a través de la ventana. Cecilia continúa a su lado. Liliana se acerca a mí.

—Esta mañana he salido a dar un paseo y te vi en el camino.

Liliana detiene la mano que iba a poner sobre mi hombro al ver mi cara. Eva le ha acariciado el cabello a Cecilia. Yo no me he atrevido a tocar a mi hija desde que apareció en la casa del jardín, ni siquiera me acerco demasiado a ella. Y ella está tocando a esa niña, acariciando su cabello. Me pregunto qué sentirá Cecilia. ¿Sentirá el roce de su mano?

—Sí, ¿qué hacías allí?

Me asusto ante la pregunta tan directa de la niña. Temo que Eva se esfume.

—No estoy segura, creo que quiero recordar y no soy capaz.

—¿Qué quieres recordar? ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha pasado algo malo? ¿Te han hecho mal? ¿Sabes lo que te ha ocurrido? ¿Sabes quién te ha hecho daño? Porque alguien te ha hecho daño ¿verdad?

Hago amago de retener la verborrea que de pronto le ha entrado a esa niña que no había pronunciado más de dos palabras seguidas desde que entró en mi casa. Liliana, sin embargo me detiene a mí.

—Sabe lo que hace —afirma—. Es como si se tratara con un igual.

Observo a Eva. Realmente su rostro aparece distinto, como si estuviese pensando. Su expresión sigue siendo vacía pero su gesto casi parece reflexivo.

Escucho a Luca ladrando a lo lejos, la he dejado encerrada en la casa principal.

Y Eva le habla a la niña con gran esfuerzo, como si quisiese complacerla, responder a sus preguntas, responderse a sí misma y le doliese no conseguir hacerlo.

—No soy capaz de recordar, pero... mamá, mamá, sé que le hice daño a mamá.

29. LUJÁN

La mujer del moño cumple su cometido con idéntica fría amabilidad que la vez anterior. Ahora me deja frente al despacho de Néstor.

Le han avisado y está esperando apoyado en el marco de la puerta. Es solo un muchacho, alto, flaco, con un cabello negro y espeso y unos ojos oscuros bordeados por millones de pestañas. Tiene un aspecto frágil y comedido.

—Hola —dice—. Me han dicho que quiere hablar conmigo.

Le sonrío. Asiento. Dejo que haga un hueco para dejarme pasar a un despacho que tendrá un cuarto de las dimensiones de las que tiene el del notario. Una mesa moderna lo preside. Desentona con el aspecto vintage del edificio.

Néstor también lleva traje, pero no le sienta como al notario. Siempre me ha resultado ridícula y enternecedora la gente joven que lleva traje y corbata. Me parece fuera de lugar. De todas formas no tiene mayor importancia, imagino que yo a él le pareceré una vieja estrafalaria con un vestido amplio y floreado para combatir el calor agotador que sufrimos desde hace unos días.

Paso y me siento mientras espero a que él bordeé la mesa y haga lo mismo.

—Soy la Inspectora Luján García Prieto. No sé si estás al tanto de la desaparición de Eva Simón, dicen que sois muy amigos.

—Sí, lo estoy. Su madre me lo dijo ayer cuando fui a entregarle unos papeles. ¿Se sabe algo?

—No, nada por ahora.

Me fijo en una fotografía sobre su mesa. En ella aparece Néstor en el centro mientras pasa cada uno de sus brazos sobre las dos mujeres que tiene a uno y otro lado. Son Eva y su madre. Néstor y Eva sonrían, la madre también lo hace, pero con mucha más timidez, menos convencimiento.

Néstor nota que la observo.

—Nos la hizo Benjamín, el padre de Eva, poco antes del fatídico accidente.

La tomo en mis manos y la escruto de cerca. Al fondo se puede ver la casa de jardín que el padre había construido para Eva.

—Tenías buena relación con su padre ¿verdad?

—Con toda la familia, eran como la mía, pasaba más tiempo allí con ellos que en mi propia casa. Pero todo se acaba derrumbando.

Dejo la fotografía de nuevo sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros. Toma un bolígrafo y tamborilea con él sobre la mesa. Eso me recuerda a Carlos durante la visita que le hice en su consulta. Sus piernas, con el pie de una de ellas apoyado en la rodilla de la contraria también se mueven de forma compulsiva.

—¿Usted que cree? Primero Benjamín, ahora Eva.

—Aún no sabemos nada —me apresuro a decir.

Pero solo trato de engañarle a él. A mí no me quedan esperanzas de encontrar a Eva con vida.

—Su madre me ha dicho que encontraron su colchón empapado en sangre.

No quiero hablar de ese tema. Estoy aquí para poder seguir las únicas pistas de las que dispongo.

—Verás, encontramos una nota en una servilleta de papel. Después de las pesquisas correspondientes todo indica que la escribió el mismo día de su desaparición.

Néstor me escucha sin apartar los ojos de los míos.

—¿Puedo preguntar lo que ponía la nota?

—La nota tenía escrita la dirección de esta notaría.

Néstor parpadea repetidas veces, como si se sorprendiera, y después entreabre un poco los labios.

—Claro, yo le dicté la dirección. La llamé aquel día para que se pasara a recoger los papeles que había que llevarle a su madre. Siempre se los entrego yo, pero Eva había comentado que iba a pasar el fin de semana a Valmilar y que ella se acercaría hasta aquí a recogerlos.

Bueno, la historia concuerda con la del notario.

—Pero no fue así, ¿verdad?

Néstor mueve la cabeza negando ligeramente.

—No, ese día me tuve que ir del trabajo a primera hora de la tarde. Sufro de migrañas desde niño ¿sabe? A menudo faltó al trabajo, no me sorprendería que cualquier día prescindieran de mí.

Recuerdo la conversación con el cretino del notario. Me pregunto cuál será esa cantidad nada execrable que el padre de Eva le ha dejado en herencia a este muchacho, si podrá permitirse vivir al menos una larga temporada sin tener que trabajar.

—¿Avisaste a Eva?

—Lo intenté, yo mismo me llevé los papeles. Después la estuve llamando para decirle que no se molestara en pasar por aquí, que ya le llevaría yo los papeles a su madre al día siguiente, pero ya no pude localizarla.

—¿Recuerdas a qué hora trataste de localizarla?

Néstor dirige la mirada a su móvil, que reposa sobre la mesa, a su derecha. Lo coge y navega con su dedo índice sobre la pantalla.

—La primera llamada la hice a las seis menos cuarto, justo antes de irme de aquí. Luego otra a las seis y cuarto cuando llegué a casa. La cabeza estaba a punto de explotarme y tuve que acostarme, así que pensé que de todas formas se lo dirían aquí cuando viniese a buscar los papeles.

Pero Eva nunca pasó por aquí, por la notaría. Ahora sé que antes de las seis ya no se encontraba localizable.

30. CARLOS

Llevaba días, quizá un par de semanas ya, dándole vueltas en la cabeza. Había comenzado a cansarme, hastiarme, desanimarme. Aquella relación no iba a ningún sitio. No podía entender cómo me había dejado enredar de aquella forma, pero no quería echar la culpa a nadie, la responsabilidad era solo mía y era a mí a quien le tocaba hacerle frente.

Quizá al principio aquellos pequeños ataques de celos que Eva mostraba últimamente me hubiesen resultado divertidos, halagadores, pero a aquellas alturas comenzaban a darme pánico.

Me exprimía. Me consumía. Quería que pasáramos juntos todos los días todas las horas del día. No importaba cuánto tratara de explicarla que no era posible, que tenía un trabajo... y una esposa.

—Déjala.

No me lo pidió, porque Eva nunca pedía nada, lo exigía. Y ese ímpetu que me había resultado tan atractivo cuando comenzamos a estar juntos se convirtió en el primer signo de alarma mientras la iba conociendo.

Volví a explicarle que no era tan sencillo, que ella era solo una niña que aún desconocía las responsabilidades de los adultos.

—Para ser una niña bien que me follas.

Era tan vulgar cuando quería, tan incisiva, tan dañina. Luego cuando se daba cuenta trataba de compensarme con un exceso de mimos que cada vez me asqueaba más.

Sacó por su cuenta los billetes de avión para irnos a pasar un fin de semana a París.

—He reservado en un hotelito en Montmartre. Imagina, el barrio de los pintores, el barrio bohemio, con el Sagrado Corazón. Ya nos veo subiendo a la Torre Eiffel y visitando el Moulin Rouge.

Me enfadé, le eché en cara que ella no tenía problemas para viajar cuando quería, pero que ese no era mi caso y no podía tomar ese tipo de decisiones por su cuenta sin consultarme. Qué le iba a decir a mi mujer.

—Es un fin de semana. Salimos el viernes y el domingo por la tarde ya estamos de vuelta. Lo has hecho antes, invéntate cualquier convención de esas.

Sentía que cada vez se entrometía más en mi vida, en mis decisiones, en mis planes, en mi agenda. Pero acepté. Inventé esa convención y nos fuimos a París. Paseamos por La Avenida de los Campos Elíseos y subimos a la Torre Eiffel. En Montmartre se dejó hacer un retrato por uno de los muchos pintores callejeros. Esa situación generó una nueva discusión. Eva me quiso regalar el retrato y yo le dije con ironía que sí, claro, que lo colgaría en el salón de mi casa, junto al de mi esposa. Tuvimos un cruce de palabras agrias y luego Eva me castigó con su silencio durante un par de horas. Tuve que pedirle perdón, abrazarla y suplicarla que no estropeáramos el tiempo que nos quedaba en París. Tomamos algo en el Café des Deux Moulins donde Amélie era camarera en la película. Vamos, hicimos lo que cualquier pareja que va a París, fingiendo que éramos dos enamorados cuando yo ya llevaba tiempo planeando el fin.

El domingo comimos en el restaurante del mismo hotel en el que nos hospedábamos. Bebimos vino, mucho, siempre que estábamos juntos nos pasábamos con la bebida y yo me eché a dormir una pequeña siesta en la habitación antes de llamar a un taxi para que nos llevara al aeropuerto.

Al despertarme me sorprendió la oscuridad. ¿Qué hora era? Eva hojeaba una de las revistas turísticas que había en cada habitación del hotel, sentada en una butaca. Tenía encendida la lámpara de pie que estaba a su lado.

—¿Qué hora es?

Me levanté de golpe y tomé el móvil que había dejado sobre la mesita. Eran las nueve de la noche. Había bebido demasiado vino en la comida.

—¡Eva, hemos perdido el avión!

Me miró sin inmutarse, con la revista entre las manos y las piernas cruzadas.

—¿Por qué no me has despertado?

El gesto de su cara era de absoluto desprecio.

—Carlos, ya eres mayorcito para que tenga que andar despertándote nadie.

Aquel fue el detonante. No sé, en ese momento supe que yo no quería a Eva, que nunca la había querido y que nunca la iba a querer. Eva había sido el peor error que había cometido en mi vida.

Tuve que buscar una buena excusa para darle a mi mujer. El lunes tomamos el primer avión que salía de vuelta al aeropuerto de Ranón. Creo que apenas cruzamos dos palabras desde la noche anterior. Al llegar al aeropuerto llamé a un taxi, pero cuando llegó le dije a Eva que lo tomase ella, que yo iba a llamar a otro para mí.

—No seas crío, Carlos.

—Esto se acabó, Eva. Ha sido bonito, pero ya no tiene más recorrido.

Ella negó con la cabeza. Sonreía mientras sujetaba la puerta del taxi abierta.

—Te vas a arrepentir.

Entró en el taxi y cerró la puerta de un portazo. Yo cerré los ojos y cuando los volví a abrir el coche había desaparecido de mi vista. Pero dejar de ver algo no significa que haya dejado de existir, es algo que se aprende a temprana edad y de lo que nos acordamos muy poco a lo largo del resto de nuestras vidas.

31. LUJÁN

Llamo a Carla, le pregunto cuando tiene un momento para que volvamos a hablar.

—¿Por qué?

Su voz al otro lado de la línea suena nerviosa, altisonante.

—Porque necesito comentar unos detalles contigo.

Se queda en silencio. No sé si está pensando en una disculpa o en cuándo tiene un rato libre.

—¿Tengo que ir a comisaría?

—No, no hace falta, no te estoy deteniendo —bromeo—. ¿Te viene bien si quedamos en una cafetería? ¿Conoces El Labrador? Está en la Escandalera.

—Sí, claro, trabajo en el McDonalds de la Uría, está al lado.

—Perfecto. ¿Tienes tiempo ahora?

—Tardaré como veinte minutos en llegar, tengo un ratito antes de entrar al curro.

—Te espero.

Cuelgo. Levanto un dedo para llamar la atención de la camarera y pido una cerveza. Ella asiente con la cabeza y me sonrío. Mauricio y yo paramos por allí a menudo. Posiblemente piense que somos el matrimonio clásico y perfecto, nada más lejos de la realidad. La vida es así,

vemos algo y nos creamos una idea estereotipada en la que es difícil dejar de creer incluso cuando descubrimos la verdad.

Tal y como dijo, Carla tarda unos veinte minutos en llegar. Entra en la cafetería oteando, el cuello tenso, estirado, los ojos vagando de un lado a otro hasta que me localiza.

—¿Cómo estás, Carla?

—Bien.

Toma asiento frente a mí y pide un café solo sin dejar que la camarera llegue hasta la mesa. Tiene heridas en los labios de haber estado tirando de los pellejos, ya sea con los dedos o con los dientes. Lleva puesto su uniforme de trabajo.

—Usted dirá, ¿se sabe algo de Eva?

Luján espera a que la camarera deje la taza de café sobre la mesa. En el platillo hay una chocolatina de Nestlé y dos sobres de azúcar. Carla no se molesta en echar ninguno y da un sorbo al líquido humeante. Espera una respuesta.

—No, aún no. Pero hay algo que sé. La tarde que desapareció Eva tú no fuiste a trabajar.

La taza tiembla en la mano de Carla y ella se apresura a dejarla sobre el platillo. Dirige la mirada a la misma, evitando mirarme.

—¿De verdad pensabas que no lo iba a comprobar? Puedo tardar más o menos, pero te aseguro que termino comprobando todo.

Levanta los ojos hacia mí. Con ese pelo rapado y esos párpados caídos me recuerda a un perro pastor.

—Es lo único en lo que mentí, porque pensé que eso me apuntaría directamente, pero el resto fue tal y como le contamos Lucía y yo. Salimos la noche anterior, Eva bebió mucho y se quedó durmiendo por la tarde en vez de ir a clase. Luego cuando entré en su habitación me encontré así la cama.

—¿Y dónde estuviste esa tarde?

Se gira en el asiento y apunta hacia afuera.

—Ahí mismo, en el parque —se refiere al San Francisco—. Llegué hasta la puerta del McDonalds y entonces me fallaron las fuerzas. Crucé la calle, compré un paquete de churros y me senté en el parque, donde el estanque, a comerlos.

—¿Por qué? ¿Por qué dices que te fallaron las fuerzas?

Carla se muerde los labios. Se acaba de dar cuenta de que va a tener que desvelar otra de las mentiras que le contó a la inspectora.

—Porque la noche anterior me enteré de algo que me afectó.

—¿De qué?

Vuelve la mirada hacia la mesa de nuevo, hacia el poso del café en el fondo de la taza.

—De que Eva estaba liada con el padre de Lucía.

Sonríe triunfante. Carla se está desmoronando.

—Está bien, sé que preguntó si Eva salía con alguien y dijimos que no. Yo me había enterado la noche anterior y Lucía me pidió que no dijese nada de lo de su padre.

—¿No pensaste que eso podía obstruir la investigación? ¿Y si el padre de Lucía la hizo desaparecer? ¿Sabes que en la mayoría de este tipo de casos la pareja es el sospechoso principal?

Carla cierra los ojos. Traga saliva con dificultad. Le pregunto si quiere un vaso de agua y niega con la cabeza.

—Sé que hice mal. Yo estaba muy impactada por lo sucedido. Todo al mismo tiempo, todo demasiado rápido. Primero Lucía y Eva discutiendo, luego Lucía la echó de casa, después me contó lo del lío entre ella y su padre. Yo... yo estaba enamorada de Eva. No es que tuviera

esperanzas ni nada de eso, pero lo de que estuviera liada con el padre de Lucía me mató. Además Lucía le dijo que recogiera sus cosas y abandonara el piso. Eso suponía que ya no la vería más. Yo no fui a ofrecerme para hacerle algo de cena, fui a comprobar si se había ido.

Asiento.

—¿Sabes desde cuándo sabía Lucía lo que había entre Eva y su padre?

—No, yo me enteré aquella noche, se lo juro. Pero al mediodía Lucía había encontrado el envoltorio de un test de embarazo en la basura y estaba muy alterada. Cuando supe lo del lío entendí por qué se había puesto así, pensaba que Eva estaba embarazada de su padre, pero no sé desde cuando conocía la existencia de esa relación, a mí no me había dicho nada.

Joder, esto sí que no me lo esperaba. Era posible que Eva estuviese embarazada. ¿Estaría Carlos al tanto de aquello?

—¿Y qué hiciste aquella tarde? ¿Esperaste sentada en el parque hasta el fin de turno para volver a casa?

—No, no tenía ni idea de qué hacer y justo me llamó Lucía. Estaba muy alterada y me dijo que pasaría a buscarme al final del turno. Le dije que no había ido a trabajar y pasó a recogerme con el coche.

—¿Y a dónde fuisteis?

—Me llevó a un Llagar, cerca de Intuasturias, el Centro Comercial, ya sabe, el que todo el mundo sigue llamando Parque Principado. No recuerdo el nombre del chigre, soy muy mala para esas cosas. Estaba muy alterada porque había ido a hablar con su padre de lo de Eva y habían discutido.

—¿Profundizó en el porqué?

—Ella se lo había contado todo a su madre. Cuando su padre lo supo se puso furioso. Su mujer le había dejado, pero él no sabía quién le había contado lo de Eva. Era un cabrón egoísta, como todos, en lugar de asumir su responsabilidad culpó a Lucía por haberse ido de la lengua.

—¿Qué hicisteis después?

Carla se encoge de hombros.

—Ya se lo dije, volvimos a casa juntas y yo fui a comprobar si Eva estaba o ya se había ido. Ahí fue donde me encontré...

No sigue hablando. Baja de nuevo la vista al poso del café y luego mira la hora en el móvil.

—Está bien, supongo que es hora de que te vayas al trabajo.

Se levanta y hace amago de sacar dinero de la riñonera que lleva a la cintura.

—Vete, yo invito —digo.

Cuando sale por la puerta de la cafetería yo también me levanto. Antes de irme me guardo en el bolso los dos sobres de azúcar y la chokolatina que Carla se ha dejado en el plato del café.

32. CARLA

De nuevo he contado la versión a medias, saltándome detalles, sentimientos. Bueno, así es mi vida, una vida a medias de sentimientos reprimidos. Nadie puede culparme por ello.

Me he saltado por ejemplo la escena por la mañana, más bien al mediodía. La puerta de la habitación de Eva continuaba cerrada y Lucía se estaba duchando. Dijo que iba a comer con su padre, que ya habían quedado.

Aproveché que Lucía estaba en la ducha para acercarme a la puerta de Eva y golpear con los nudillos, con suavidad, pero no recibí respuesta. Podría decir que me había preocupado por ella, pero lo cierto es que deseaba verla. En nada tendría que prepararme para ir a trabajar y podía ser mi última oportunidad, ya que Lucía le había dicho que se largara del piso.

Me decidí a entrar. Estaba en la cama, en posición fetal, ni si quiera se había molestado en quitarse la ropa de la noche anterior ni en cubrirse con la sábana.

—¿Estás dormida?

—Lárgate.

No lo hice. Avancé por la habitación sin dificultad, tampoco había echado la persiana así que entraba la luz del exterior. Lucía había cerrado el grifo, el sonido del agua corriendo cesó y gritó desde el salón.

—¿Se ha despertado la bella durmiente? Pues a empaquetar sus cosas, no quiero verla aquí cuando vuelva, no quiero encontrarme ni un pelo suyo en la ducha cuando vuelva.

Eva no parecía escucharla. No se movió, no contestó. Tenía los ojos abiertos, eso sí. Se veían pegotes de rímel en sus pestañas. Tampoco se había desmaquillado.

Hice acopio de valor y me senté en el borde de la cama. Qué locura, no sé cómo se me ocurrió algo así, pero mi miedo a perderla, como si en algún momento la hubiese tenido, me impulsó a decir tanta tontería.

—Escucha Eva, a mí no me importa los líos que te trajeras con el padre de Lucía. Podemos irnos juntas, buscar otro piso y alquilarlo a medias.

Ella ni siquiera me miraba.

—No hablo de irnos como pareja, simplemente como amigas, como hasta ahora.

No se movió ni un ápice. No me miró.

—Eres patética —contestó.

Con dos palabras detonó la bomba que derrumbó mis estúpidos sueños. ¿Qué me había creído? ¿Qué clase de película había montado en mi cabeza? Qué ridícula me sentía. Me ardían las mejillas. Yo proponiendo a Eva que nos fuésemos a vivir juntas.

Tenía toda la razón, era patética.

Sabía lo que significaba esa palabra, pero mientras me sentaba a la mesa a intentar tragar algún grano del arroz recalentado, busqué su significado en google para regodearme en mi propio dolor y decepción.

“Que resulta ridículo” “Que provoca desdén y desprecio” “Que provoca vergüenza ajena” Joder, Eva no podría haberme definido mejor que con aquella palabra.

Al final volqué el plato con todo el arroz en el cubo de la basura. En ese momento Lucía entraba en la cocina. Se había puesto una blusa de gasa verde y una falda de tubo que le llegaba a mitad de las rodillas. Traía el pelo recién planchado y una oleada de perfume se desperdigó por la cocina.

—¿Sales? Si quieres te acerco —me dijo, ajena al sonido de todo mi interior derrumbándose.

Le dije que sí. Me dejó justo delante de la puerta del Macdonalds y yo le hice un gesto de despedida mientras ella volvía a arrancar el coche. Luego me quedé allí plantada, temblando, repitiéndome en la cabeza “patética, patética”, y en ese momento tomé la decisión. Esa tarde no me presentaría en el trabajo.

33. ALEJANDRA

¿Qué es lo que está sucediendo? Esto se está descontrolando. Eva está tan confundida que piensa que es ella la que me ha hecho daño a mí, la que ha actuado mal.

Cubro mi rostro con las manos y esta vez sí rompo a llorar. Liliana le hace un gesto a su hija y esta acude rauda a su lado a contar a su madre lo que Eva le ha dicho. Liliana me mira, no hay compasión en su rostro.

—Basta, es tu hija y debes ayudarla. Solo tendrá paz cuando recuerde, cuando pueda perdonarse.

—¿Perdonarse el qué?

Me queda claro que Liliana no sabe nada de lo mío. Que Eva está muy confundida, tanto que piensa que es ella quien debe pedir perdón.

—¿Te he dicho ya que Carlos me dejó? También con él me porté mal.

La voz de Eva me pilla por sorpresa, su confesión también.

—¿Por qué dices eso?

—Me negaba a aceptar que no quería seguir conmigo. Es curioso, porque me dijo muchas verdades, ahora lo recuerdo. Me dijo que era una niña malcriada acostumbrada a salirme siempre con la mía, pero que alguien tenía que decirme no alguna vez.

Mi niña, porque ella es mi niña.

—Era un estúpido, Eva, no supo apreciarte.

Pero ella niega con la cabeza.

—No. Tenía razón. Y yo quise volver a salirme con la mía. Quería que volviese conmigo y comencé a acosarlo, a hacerle ver que si no volvía conmigo le haría la vida imposible, incluso que lo delataría frente a su mujer.

Mira a Cecilia, como si hubiese recordado de golpe que está allí y continúa hablando con ella.

—No consigo recordar, pero tienes razón. Yo hice daño y alguien me hizo daño a mí.

Luego vuelve a dirigirse a mí.

—Metí a Néstor en uno de mis planes. Sí, recuerdo una noche, un restaurante. Néstor se enfadó, creo que nunca le había visto tan enfadado conmigo. Me dijo que no quería volver a saber nada más de mí y yo me reí en su cara. Le dije que él siempre estaría ahí para mí porque me amaba, pero era un cobarde.

Cecilia vuelve a meterse en la conversación.

—¿Quién te hizo daño? ¿Por qué? ¿Por qué dices que tú le hiciste algo malo a tu madre? ¿Dónde estás?

Eva mueve la cabeza repetidamente y cierra los ojos.

—No puedo, no logro recordar, solo tengo los sentimientos ¿entiendes?

Cecilia asiente y le pone una mano sobre el corazón.

—¿Qué sientes?

—Culpa.

No entiendo. Esa palabra me remueve las entrañas.

—¿Qué más pasó esa noche? ¿Qué pasó en el restaurante? ¿Quién te hizo daño? ¿Quién estaba en ese restaurante?

—Néstor... Pero también ¡Carlos! Estaban Carlos y su mujer. Sí, lo recuerdo. Yo llevé allí a Néstor porque sabía que Carlos iría con su mujer. Quería que viese que le tenía controlado, que

sintiese miedo. Tuvo que fingir ante su mujer porque dije que él conocía a Néstor.

—¿Fue Carlos quien te hizo daño?

Eva vuelve la mirada de nuevo al exterior.

—Yo le hice daño a mamá, necesito... necesito hacerle entender algo antes de que me encuentren.

34. LUJÁN

No me cuesta localizar a Lucía en su móvil. Me dice que está en la facultad y se muestra reticente a quedar conmigo.

—¿Otra vez? ¿Para qué? Ya le he dicho todo lo que sé.

Su voz prepotente me perfora el tímpano.

Al final accede, me dice que me espera en la cafetería de la universidad, que tiene una clase importante en breve y no está dispuesta a saltársela. Que me dé prisa.

Está sentada en una mesa con un grupo de alumnos. Se levanta nada más verme y viene hacia mí.

—Usted dirá.

Tomamos asiento en una mesa vacía, las dos solas, mientras ella no para de saludar a todo el que pasa. Me deja claro que es una alumna popular. Me pido un café, ella dice que no quiere nada, que acaba de tomar uno y que esa clase tan importante comienza en veinte minutos.

—¿Dónde estuviste la tarde que desapareció Eva?

Ella cruza las piernas.

—¿En serio? ¿Para eso ha venido hasta aquí? Ya se lo he dicho. Estuve aquí, paso media vida aquí, es lo que tiene estudiar enfermería.

—Lucía, voy a ser muy clara. Sé que no estuviste aquí, como también sé que Eva tenía una relación con tu padre. ¿En serio pensabas que no se iba a saber? —digo haciendo inciso en el “En serio” para molestarla.

No muestra nerviosismo. No parece sorprendida ni pillada en su propia mentira.

—¿Y por qué tendría que habérselo contado? Es parte de mi vida privada.

—No, Lucía, vamos a dejar las cosas claras, es parte de una investigación sobre un asunto que cada vez se pone más feo. Mentir no va a ayudarte, al contrario, te pone en el centro de la diana.

Se recuesta en la silla. Lleva un vestido de una pieza, vaporoso, largo hasta los tobillos. Recoloca con cuidado la falda sobre sus piernas.

—¿Insinúa que yo maté a Eva?

—Yo no insinúo, Lucía. Expongo los hechos.

Resopla. Saluda con una sonrisa radiante a una pareja que pasa junto a nuestra mesa. Me mira con condescendencia.

—Quedé con mi padre. Quedé con él para contarle que sabía lo de su escarceo con Eva. Ya está, ¿quiere humillarme más?

Niego con la cabeza, sonrío.

—¿Le parece divertido? ¿Sabe cómo me sentí cuando descubrí que se acostaban juntos? Él, mi padre, ella, mi amiga, y resulta que los dos a mis espaldas me estaban traicionando. No encuentro la diversión en todo este asunto.

En cierto modo me da pena, pero su tono prepotente impide que empatice con ella.

—¿Cómo te enteraste de lo que había entre Eva y tu padre? ¿Cuándo?

—Recibí un anónimo en mi móvil.

—¿Sabes de quién?

Rompe a reír.

—¿Conoce el significado de anónimo?

—¿No sospechas de nadie?

Se encoge de hombros.

—Ni siquiera lo pensé, no me importaba quién podía haber enviado el mensaje. Le hice caso y resultó que me advertía sobre algo muy real.

—¿Nunca pensaste que podría ser la propia Eva quien te enviara ese mensaje?

Ella hace un gesto de incredulidad.

—¿Eva? ¿Por qué? ¿Para qué?

De momento prefiero guardarme las razones por las que sospecho que podría ser así.

—¿Desde cuándo lo sabías?

Ella hace un gesto como si tratara de recordar.

—No lo sé, dos semanas, quizá algo más. Sé que llevaban más tiempo juntos, porque los pillé un día en casa. Entonces disimularon y yo, como una tonta, me lo tragué. ¿Qué importancia tiene eso?

No contesto. La importancia que pueda tener para mí no es la misma que pueda tener para ella.

—¿Se lo contaste a tu madre?

—Sí, pero lo hice el día antes de que Eva desapareciese.

—¿Por qué esperaste tanto?

Se abraza a sí misma. Es el primer gesto de protección que se permite frente a mí.

—Tenía un plan. Un estúpido plan. Quería hablar primero con mi padre. Pensaba que él entraría en razón y la dejaría. Eso evitaría dañar a mi madre de forma innecesaria.

—Sin embargo, alguien te puso al corriente de esa relación, puede que precisamente con la intención de que fueras tú quien se lo contara a tu madre y ella dejase a tu padre. ¿No fue eso lo que sucedió?

Lucía parece reflexionar. Entrecierra ligeramente los ojos y luego no deja traslucir ninguna emoción mientras dice.

—Por eso piensa que el mensaje anónimo me lo envió Eva.

—Así es. Lucía, has dicho que tenías ese plan de hablar antes con tu padre para tratar de arreglar todo sin que tu madre se enterase. ¿Qué fue lo que estropeó tu plan?

Veo cómo trata de eludir la pregunta.

—Oiga, ya casi es la hora de mi clase. Le juro que no puedo decirle nada más que le ayude. Estuve con mi padre aquella tarde.

—¿Toda la tarde?

Mira nerviosa el móvil.

—Más o menos. Hasta las ocho o más, luego pasé a recoger a Carla por su trabajo, tomamos algo y volvimos a casa juntas.

—Está bien —digo.

Ella se levanta aliviada. Se dirige a una chica bajita y rechoncha que pasa justo a nuestro lado.

—Miriam, espera, voy contigo —se dirige a mí—. Espero haberle servido de ayuda.

Se aleja con la otra muchacha. Yo sé que me ha ocultado algo además de mentirme. Se nota lo mucho que le afectó enterarse de que Eva podría estar embarazada.

35. ALEJANDRA

Antes de que la encuentren. Entonces, a pesar de no responder cuando le hablaba de la inspectora que la estaba buscando, ella sabe que la buscan.

—¿Dónde estás? —se apresura a preguntar Cecilia.

Eva vuelve su mirada sobre ella.

—¿Qué quieres decir? Estoy aquí.

Entonces Cecilia cambia de pregunta.

—¿Dónde estabas anteanoche? ¿Lo recuerdas? Tienes que recordar.

Eva se acaricia los brazos. Parece hacer un esfuerzo. Resulta baldío.

—¿Anteanoche? No lo sé, parece que llevo aquí una eternidad.

Mira a su alrededor, la encimera de mármol gris y negro, el fregadero hondo con un grifo alto, la pequeña nevera y el microondas. Un poco más allá se ve el saloncito, donde está la puerta de entrada y salida a la casa. Benjamín, como buen arquitecto supo aprovechar al máximo el mínimo espacio. Eva lo observa como si no lo reconociera, como si no entendiera qué lugar es ese y qué hace allí.

—Tienes que hacer un esfuerzo. Anteanoche no estabas aquí, estabas en otro lugar.

—Llovía cuando llegué. Recuerdo que llovía, le dije a mamá que era tarde, que no viniese a verme, que siguiera durmiendo porque era muy tarde.

Asiento con la cabeza, eso es, esa noche fue la que llegó, la de la tormenta. No estoy segura de decirlo en voz alta o solo pensarlo.

—Ella quería venir, estaba preocupada porque hubiese venido conduciendo bajo la tormenta y a esas horas.

—¿Y antes? ¿Dónde estabas antes? ¿Estabas en Oviedo? ¿Qué hacías allí? ¿Con quién estabas?

Una nube tapa el sol y la cocina se oscurece un poco. Eva vuelve a mirar por la ventana, como si hubiese notado el cambio de luz. ¿Lo habrá notado? ¿Puede notar algo o es todo un espejismo?

—Sí, estaba en Oviedo. Estaba en un pub. Carla y Lucía estaban conmigo. Sí, ahora me acuerdo, era un pub de esos a los que van homosexuales. Le habíamos pedido a Carla que nos llevase a uno.

—¿Qué pasó allí?

La nube pasa y el sol le da a Eva de lleno en el rostro. Aparece casi transparente. Va a esfumarse. Retengo la angustia, no puede desaparecer ahora.

—Estábamos bebiendo. Recuerdo que bebí mucho, muchísimo. Carla desaprobaba mi adicción por el alcohol, sí, creo que ya tengo una dependencia, soy un poco alcohólica, necesito beber para darme valor, para enfrentar los días, las noches, Carla me lo había dicho, se preocupaba por ello, pero Lucía me pasaba chupitos y chupitos de tequila sin parar. Creo que Lucía estaba enfadada, estábamos allí, pero no nos divertíamos...

Hace rato que Cecilia dirige la conversación. Yo solo observo, observo el cabello largo de mi hija, su piel que va y viene iluminada por los rayos de sol. Liliana está a cierta distancia, como si pensase que su sola presencia podría romper el hechizo.

—¿Y qué pasó? ¿Pasó algo allí? ¿Por qué crees que Lucía estaba enfadada?

Entonces me decido a intervenir. Yo sé que Lucía es la hija de Carlos.

—¿Fue por Carlos?

—Carlos me dejó —contesta de forma casi automática.

—¿Lucía estaba enfadada porque su padre y tú salíais? —insisto.

Eva hace un gesto doloroso, he tocado algo en ella.

—Sí, estoy segura. Lucía me gritaba, me gritó algo, pero yo estaba muy borracha. Me encontraba muy mal y pedí volver al piso. Lucía iba detrás de mí hacia la salida y me gritaba, sus gritos se escuchaban por encima de la música, pero yo estaba tan ebria que no podía entender lo que decía. Además...

Se detiene. Ahora soy yo la que me impaciento.

—¿Además qué?

—Le vi a él. Estaba medio escondido por una columna, pero le reconocí. Le hice un gesto con la mano, pero no me correspondió, aunque estoy segura de que me vio, sí, estoy segura de que fue así.

36. LUJÁN

La consulta ginecológica del doctor Carlos Antúñez de La Flor cierra a las ocho de la tarde. A esa hora me cito con Clara María, la secretaria, en el bar que hay en la misma calle, justo en la esquina. Tiene dos plantas, pero yo me quedo en la barra.

La secretaria entra y me mira. Su rostro está serio. Hoy lleva el cabello suelto, bordeando su cara. Viste un traje de falda recta y chaqueta en un tono verde, muy elegante, y todo descuadra al fijarse en su bolso negro y pequeño colgado a modo de bandolera. Se coloca a mi lado, desviando la mirada a la parte de atrás de la barra. El camarero saluda y le pregunta si quiere lo de siempre. Ella asiente. Fue quien propuso que nos viéramos en este bar.

—Vengo por aquí a menudo —explica— ¿Ve las plantas?

Apunta hacia las escaleras y la barandilla de la parte superior. Está lleno de tiestos con plantas de muchos tipos. Unas con flores, otras sin ellas, yo no entiendo nada de plantas.

—Sí.

—La mayoría se las he regalado yo —dice refiriéndose al camarero—. Tenía plantas que no eran de interior, todas se le morían. Un día comenzamos a hablar y le fui aconsejando, poco a poco llenamos este hueco de color —sonríe mientras me lo cuenta.

La verdad es que todo ese verde le da un toque muy ecológico a la cafetería.

—Mi marido y yo tenemos una casita en Lastres. Vamos siempre que podemos. Tiene un pequeño patio y allí cultivo mis plantas y tengo un pequeño huerto con hortalizas.

El camarero deja un café cortado sobre la barra y la secretaria vacía con meticulosidad la mitad del sobre de azúcar.

—¿Quiere que nos sentemos? —pregunto. Hay bastantes mesas libres.

Toma su café y yo mi albariño. Ya en la mesa, se sienta cruzando una pierna sobre la otra. Tiene unas piernas aún muy bonitas, con unos gemelos bien definidos. El pie que queda en el aire tamborilea rítmicamente.

—Tengo sesenta y tres años, casi sesenta y cuatro. Me queda muy poco para jubilarme —dice de golpe, como si tratara de justificarse.

Espero a que siga hablando. La miro a los ojos para animarla. Ella desvía la mirada.

—Sé que sabe que mentí —dice con arrepentimiento, apretando los labios, yo diría que hasta enrojece un poco.

—Fue él quien se lo pidió ¿verdad?

Toma un sorbo de café. Observo divertida cómo su dedo meñique se estira mientras se lleva la taza a los labios.

—Sí, ese mismo día, el que usted había solicitado verlo.

Qué predecible. Esto lo pienso, pero no lo digo en voz alta. Recuerdo sus palabras cuando nos despedíamos: “Puede preguntarle a mi secretaria” ¿La habría amenazado con el despido? ¿O simplemente le habría pedido en tono suplicante que le hiciese aquel favor?

—No estuvo en la consulta, eso es lo que quiere decirme.

—No, canceló sus dos últimas citas, pero me pidió que no se lo dijese a usted.

—Y accedí a su petición.

Ella restriega una mano contra la otra. Ha descruzado las piernas y se inclina sobre la mesa mientras baja la voz, como si temiese que Carlos pudiese oírnos desde allí.

—Ya se lo he dicho, estoy a punto de jubilarme. No quiero líos, soy una persona muy tranquila y además él estaba allí, en la consulta ¿qué podía hacer? Primero no sabía de qué se trataba y luego ya vi en la prensa lo de Eva.

Muevo la cabeza molesta.

—Sí, es imposible que no se filtre nada, por más que les pedimos discreción. Pero entonces ¿usted conocía a Eva?

Ella asiente rápidamente y vuelve a echarse hacia atrás en la silla.

—Claro, ella se pasaba a veces por la consulta, aunque a Carlos no le gustaba nada. Sobre todo a última hora, el doctor llegó a pedirme una vez que la dijese que no se encontraba en el despacho, pero ella era muy impulsiva y entró igual, sin hacerme caso. Ese día se montó una gorda entre ellos.

—¿Cuándo fue eso?

—Fue el día antes de que ella desapareciera. Nunca entendí la relación que existía entre ellos. Llevo quince años trabajando para el doctor, desde que abrió la consulta, era casi un crío. Siempre ha sido un hombre muy serio, discreto... No me esperaba de él algo así para nada. Imagine cuando vi la noticia en el periódico. ¿Sospechan de Carlos? No me habré metido en un lío por mentir ¿verdad? Supongo que usted puede entender la situación en la que me encontraba. Lo único que quiero es jubilarme y marcharme mi casita en Lastres, con mi marido, él hace dos años que se jubiló.

Hago un gesto con la mano para tranquilizarla sin contestar a su pregunta sobre Carlos. ¿Que si sospecho de él? Bueno, en estos momentos está uno de los primeros en mi lista mental de sospechosos, sí.

37. EVA

El taxi desde el aeropuerto de Ranón me deja frente a la puerta del portal del piso. Le pago y me apeo. Miro hacia el portal, después hacia el tercer piso. Las persianas están echadas a medias para tratar de evitar el calor que se cuele en la casa.

Entro en casa y me encuentro a Carla. Cada día me da más asco su vulnerabilidad, sobre todo desde que nos acostamos juntas. Es como un perrito, siempre lamiéndose las heridas. Saludo con desgana y entro en mi habitación, no me apetece hablar con nadie. Menos con ella. Se suponía que tenía que haber vuelto ayer de pasar el fin de semana en Valmilar para no faltar hoy a las clases. Seguramente Lucía estará en la facultad.

Tiro la maleta con rabia, golpeando en una esquina. Escucho la voz de Carla desde el salón.

—¿Estás bien?

No quiero contestar. Quiero gritarla que se vaya a la mierda, que se meta en sus asuntos y me deje en paz, pero será peor, vendrá a ver lo que pasa, dispuesta a consolarme.

—Todo bien —grito.

No voy a clase en todo el día. Me tumbo en la cama, espero a que Carla se largue y me doy una ducha. Miro el móvil. Ni una llamada, ni un mensaje. Me lo imagino excusándose con su mujer, contándole cualquier milonga que ella aceptará sin rechistar. No puede estar enamorado de ella. Es una vieja. ¿Qué puede ver en ella? ¿Qué es eso que le da para que sea tan importante para él?

Me obligo a quitar el sonido al móvil y no mirarlo. Sé que llamará, o enviará un mensaje, lo hará, es imposible que me haya dejado así.

Por la noche Lucía parlotea sin parar en el salón. Digo que estoy cansada y me voy a la cama, pero desde mi habitación la sigo escuchando hablar. No soporto su voz. No soporto que sea la hija del hombre que me ha dejado. Físicamente se parece más a su madre, a Lorena, a su esposa, a la mujer que prefiere antes que a mí.

No hay señales de Carlos.

El martes me obligo a volver a la facultad. Los compañeros me hablan, pero yo apenas consigo seguir la conversación. Por la tarde le envío un mensaje. Tenemos que hablar. Silencio. Le llamo y nadie responde.

El miércoles trato de llamarle y descubro que me ha bloqueado. Ha bloqueado mi teléfono, mi wasap, mi facebook, mi instagram, mi twitter... No se ha olvidado de bloquearme en ninguna red.

Tiro el móvil en mi habitación y golpea contra la cómoda derribando la fotografía en la que aparecemos mi madre y yo durante mi sexto cumpleaños.

—¿Todo bien?

La mataría. El asco que siento hacia Carla crece en mi interior y aún así no supera el odio que hierve en mi sangre hacia Carlos.

—¡Vete a la mierda! —grito esta vez.

Me acuerdo de la aplicación que Carlos usaba para hacer reservas. Sé las claves porque a veces yo hacía las reservas mientras él se duchaba después del sexo. La descargo y entro en su cuenta. Esa noche cena con su mujer en un restaurante en el Naranco. Creo mi propia cuenta y hago una reserva para dos a la misma hora. Después cuelgo y llamo a Néstor.

Se hace un poco de rogar, pero al final acepta, siempre acepta.

Dios mío, qué gusto me da la cara de Carlos cuando nos ve en el restaurante. Qué ridículo,

qué pequeño me parece de repente. Ahí plantado frente a nuestra mesa dando explicaciones a su mujer sobre por qué conoce a Néstor.

Al día siguiente, el jueves, desbloquea mi número y me llama para amenazarme. Que le deje en paz, que soy una psicópata, que no quiere saber nada más de mí en su vida. Me río en su cara.

Esa misma mañana me hago la prueba de embarazo y me presento triunfante en su despacho. La secretaria tiene orden de no dejarme pasar, de mentirme, de decirme que no está. ¿Que no está? Venga ya, esa rata es capaz de esconderse bajo las faldas de cualquier vieja. Miro con asco a la secretaria, defendiendo a ese miserable como si fuese su hijo, le pego un empujón y entro en el despacho. Le tiro la prueba de embarazo sobre la mesa.

—¿Qué crees que va a opinar Lorena sobre esto? ¿Qué mentira le vas a contar esta vez a tu mujer?

—Estás loca. Vete de aquí.

Los gritos van en aumento. La vieja golpea una vez en la puerta, pero Carlos le grita de malos modos que se largue. Está claro que no quiere hacer partícipe de su vergüenza a nadie más. Sin embargo llega un momento en que no puede más.

Entonces, el muy cobarde, me amenazó con llamar a la policía si no me largaba de su despacho.

38. LUJÁN

Telefoneo a Carlos en cuanto dejo a su secretaria. Clara María se marcha taconeando calle abajo. Mi consejo de que esté tranquila no ha servido para nada. Pienso unos segundos en ella, ¿estoy a punto de fastidiarle su jubilación? Me la imagino en una casita en Lastres, una casita de color blanco, no sé por qué, regando las flores que tiene plantadas en macetas en el patio, sentándose después junto a su marido mientras respiran el aire de la costa.

Carlos no tarda en responder a la llamada. Ha registrado mi número, porque sabe quién soy.

—Inspectora, ¿en qué puedo ayudarla?

—Tengo que hablar de nuevo con usted.

Se hace el silencio un momento.

—¿Ahora? Es muy tarde, estoy llegando a casa.

—Es importante. Puedo pasarme por ahí.

Se muestra reticente. Acaba admitiendo que de momento está hospedado en un hotel. Me da la impresión de que piensa que lo de su mujer todavía puede tener arreglo. Quedamos en la cafetería del hotel. Está en el Ramiro I. Sí, por supuesto que lo conozco, no tardaré en llegar, le digo.

Estuve en ese hotel hace un par de años a causa de un desagradable incidente en una de sus habitaciones. No guardo buen recuerdo, aunque al final todo terminó en un suicidio y no en un crimen. En el hotel estaban preocupadísimos sobre cómo podría afectar todo aquel asunto a su imagen pública. A la prensa es imposible mantenerla al margen.

Entro en recepción y voy directa a la cafetería sin preguntar. Conozco el camino.

El doctor me espera sentado en uno de los opulentos sillones con una mesita baja enfrente. Se levanta al verme para ofrecerme una mano sudorosa. Se la estrecho.

—¿Nunca descansa, inspectora?

—Cumpló con mi deber —sonrío.

—¿Qué quiere tomar?

Miro hacia la mesita y veo un vaso con hielo relleno de un líquido dorado.

—Lo mismo estaría bien —digo.

Él se ríe.

—Como guste, aunque no tiene ni idea de lo que es ¿verdad?

—Soy una chica atrevida —contesto.

Carlos hace un gesto al camarero y le indica que ponga otro vaso para mí.

—Licor de oro —dice dando un trago a la bebida —. No encontrará otro lugar en Oviedo donde se lo sirvan. Es originario de Chile.

Asiento. El camarero lo pone sobre la mesa e inmediatamente le doy un trago.

—Vaya —exclamo.

—Está cargadito, sí —se ríe Carlos.

—Ya lo creo.

Los dos nos miramos. Nos medimos. Alguien debe comenzar a hablar del asunto que nos tiene sentados frente a frente mientras bebemos licor de oro.

—¿Qué edad tiene, inspectora?

Suelto una carcajada. No me puedo creer que el tipo esté tratando de ligar conmigo. Le doy otro trago al licor mientras le miro por encima del vaso.

—Carlos, vengo de hablar a solas con su secretaria.

Deja de sonreír. ¿Mala señal? Muy mala. Se acabó el buen rollo.

—Siento tener que decirle esto, inspectora, pero aquí termina esta conversación.

Hace un gesto hacia el camarero para que traiga la cuenta. Se pone en pie y rebusca la cartera en el bolsillo trasero de su pantalón hasta sacar una cartera de piel marrón.

—Usted mismo me pidió que le preguntara a ella. ¿No quiere saber lo que me ha dicho?

Le tiende un billete de cincuenta euros al camarero y responde sin mirarme.

—Tendrá que hablar con mi abogado.

—¿Con su abogado? Es posible, si no colabora tendré que detenerlo.

Me dirige un gesto de indredulidad.

—La creía más inteligente, inspectora ¿en base a qué va a detenerme? ¿En base a la declaración de mi secretaria?

Trato de tranquilizarlo.

—Bien, si piensa que no tengo ninguna base para detenerlo tampoco usted necesitará un abogado ¿no?

—Simplemente no voy a hablar más sobre este tema con usted.

—Vamos, Carlos, siéntese. Ya sabemos que no estaba atendiendo pacientes la tarde que Eva desapareció, pero estoy dispuesta a escuchar su versión.

—Tendrá que hablar con mi abogado —repite.

—Entonces me está obligando a detenerlo —si alguien puede ser cabezón y repetitivo yo puedo serlo más—. No dude que emitiré la orden. Espero que esté localizable. Y también que pueda explicar ese arañazo reciente en su cuello.

Carlos lleva la mano a la herida de forma instintiva y contrae el rostro. Mi móvil comienza a sonar. Lo busco en el bolso mientras el doctor se aleja saliendo de la cafetería. Son casi las diez de la noche y la llamada es de la madre de Eva.

39. ALEJANDRA

Estoy agotada. Sin embargo, Cecilia parece pletórica, llena de energía. No deja de hacerle preguntas a Eva que ella a veces contesta con cordura y otras con incoherencias. La niña no se rinde. Parece una metralleta disparando una pregunta tras otra.

—¿A quién viste? ¿Quién estaba en aquel lugar? ¿Por qué se escondía? ¿Fue quien te hizo daño?

—No lo sé. No estoy segura de por qué se escondía. Sé que volvimos a casa, al piso, pero ya no era mi casa, Lucía me gritaba que tenía que largarme, sí, por eso estaba tan enfadada, había descubierto lo de su padre conmigo.

Se vuelve hacia mí.

—Lo siento tanto, mamá. ¿Podrás perdonarme?

Muevo la cabeza. Sí, estoy agotada. No entiendo por qué me pide perdón.

—Eres mi hija, te quiero —consigo balbucear.

—No tienes culpa, no tienes culpa —dice.

Ha comenzado a atardecer. El cielo se ha tornado de color naranja, casi como si hubiese un incendio en la lejanía que lo iluminara todo.

—¿Qué pasó, Eva? Estabas recordando, lo estabas haciendo tan bien.

Mira a Cecilia. Vuelve a acariciarla el cabello y yo siento envidia del contacto físico que se establece entre ellas.

—Iba a pasar por la notaría, sí, recuerdo que iba a pasar a recoger unos papeles de papá para traerlos, pero no llegué a pisar el portal. Justo antes de entrar me llamó desde su coche. Estaba aparcado en doble fila. Yo me sorprendí, no esperaba encontrarle allí. Me subí y él me llevó a casa. Dejó el coche en la plaza de garaje de Lucía, y yo le dije que teníamos que darnos prisa porque ella no tardaría en volver de la facultad y no podía encontrarse con el coche en su plaza.

Me llevo una mano a la boca. Estoy segura de que está hablando de la tarde en la que desapareció.

—Qué estúpida soy, que estúpida he sido —se lamenta. Me mira —Yo pensaba que estaba enamorado de mí, que me amaba. Todos aman a Eva ¿no? Qué estúpida.

Cecilia no quiere que pierda el hilo.

—¿Qué pasó?

—Discutimos. Yo le eché en cara que le había visto en el pub la noche anterior, oculto tras aquella columna. Él no me lo negó, pero sí negó mis acusaciones, y la discusión continuó, continuó.

De nuevo se dirige a mí.

—Estaba tan ciega. Te hice tanto daño, y ahora...

—Eva, mírame, tu madre te quiere, puede perdonarte, puede perdonar cualquier cosa que hicieras, pero tienes que ayudarnos a saber —Cecilia parece una adulta. Hasta su cara, tan peculiar, parece haber envejecido años.

—Tenía una navaja. La sacó de repente del bolsillo. Yo no podía creerlo, no tenía miedo. No se atreverá, pensé, es un cobarde. Pero su amor era más grande que su cobardía, así de importante era ella para él. Qué tonta, yo siempre me sentí más importante, me creía mejor que cualquier otra. Ilusa.

De nuevo se vuelve hacia la ventana.

—Morir desangrada es dulce. Cuando sobrepasas ese primer instante de pánico te sumerges

en un sopor agradable, adictivo, y te dejas llevar.

Me mira. Sus ojos son tan diferentes a los de mi niña. Es como si me mirase sin verme, como si no tuvieran fondo.

—Mi último pensamiento fue para ti. Y entonces sí sentí miedo, pánico a cuando me encontraran. Te quiero mamá, no tienes culpa de nada, nunca has tenido culpa de nada, fui yo quien me lo busqué. No dejes que nada de lo que digan te afecte, yo sé que la culpa fue solo mía.

Quiero avanzar hacia ella, pero no me atrevo. Estamos muy cerca del final y no quiero estropearlo.

—¿Dónde estás Eva? —pregunta Cecilia.

Ella la mira con sorpresa, como si no la hubiese visto antes o como si la respuesta fuese demasiado evidente.

—Estoy aquí —de nuevo se vuelve hacia mí—. Nunca quise que asfaltarais alrededor de la casa, así sería más fácil, como si conociera mi destino.

40. LUJÁN

Definitivamente esta mujer se ha vuelto loca.

Su voz es pausada, tranquila.

—Acabamos de encontrar a Eva —me dice.

Noto el plural, pero no pregunto a quién se refiere aparte de ella. Me lo dice como si acabase de dar a luz. Podría haber dicho perfectamente en ese mismo tono: “Eva acaba de nacer”

No me puedo creer lo que me está contando. Una médium, o dos, madre e hija, la han ayudado a encontrar a su hija. No es la primera vez que oigo historias de médium que dicen saber dónde están algunos de los cuerpos que desaparecen tras un crimen. Pero no tengo constancia de que ninguna haya acertado. No me fío de esas fantasías, que pregunten a los padres de tantas y tantos desaparecidos que quisieron agarrarse de cualquier clavo ardiendo con tal de encontrar a sus hijos y se encontraron con que no eran más que historias inventadas para ganar notoriedad o simplemente porque los crímenes, por alguna razón, atraen a mucha gente con la mente enferma.

— Luca estaba como loca, rascaba sobre la tierra con sus patas, desesperada. Apenas ha hecho falta escarbar un poco para que asomase una de sus manos.

Me alarmo.

—¡No toque nada! —grito al teléfono— ¿Dónde está?

Y su voz de nuevo arrastrando una melancolía inusual en este caso.

—En casa, siempre ha estado en casa.

Me cuesta un horror conseguir tener una conversación medianamente normal con ella y es una de las médium, la madre, la que me da todos los datos. Es una historia extravagante, pero debo verificarla. Le repito también a ella que no toquen nada, que se alejen de la zona, que podrían destruir pruebas o contaminarlas.

Cuelgo e inmediatamente vuelvo a llamar a los de la científica. Paso por comisaría a avisar a mi superior. Le cuento las sospechas que tengo sobre Carlos, que esté preparado porque lo más seguro es que emita una orden de detención, e inmediatamente conduzco hacia Valmilar.

Paso frente al Llagar en el que hace poco más de un día me comí aquella maravillosa fabada. Eso me hace recordar que tengo que ir un día con Mauricio, puede que incluso saque a mi madre de la residencia para llevarla hasta allí. Además de la fabada, las vistas también son magníficas.

No sé por qué mi madre pasa a ocupar mis pensamientos en esos momentos. Quizá porque Alejandra me la recuerde en su forma de actuar, con esa locura tan lúcida.

Cuando llego, los de la científica ya han acordonado la zona. Un antropólogo dirige la exhumación del cadáver. Todavía no puedo creer que sea cierto. Hay un cadáver enterrado bajo la ventana de la casa de jardín y todo indica a que es el de Eva. Les llevará un par de horas al menos extraer el cuerpo y cumplir con todo el protocolo para no perder ninguna prueba. Los de la científica descargan sus cámaras a diestro y siniestro haciendo que los flashes iluminen el lugar como si fuesen los relámpagos de una tormenta.

En el interior de la casa Alejandra está sentada en el sofá de la sala. Es la médium madre la que me recibe.

Alejandra parece en trance, pero está tranquila.

—Aquella noche vi los focos de un coche. Había tormenta y durante un segundo pensé que eran relámpagos, pero después me levanté y vi las luces de la casita, llamé y Eva me dijo que acababa de llegar.

Elevo las cejas. Siempre he sido una persona absolutamente racional. Esta mujer tiene que

haber perdido el sentido. Sería lo más normal después de encontrar a su hija enterrada en el jardín de su propia casa. Parece que me lee el pensamiento.

—Sé que parece una locura. Por eso no le dije nada cuando vino a verme. ¿Me hubiese creído? Aquella llamada desapareció de mi móvil. No existía, es como si nunca la hubiese hecho, como si nunca hubiese hablado con ella. Yo veía a Eva, pero usted no. Pasó frente a ella, yo se la señalé, la obligué sin que lo notara a que mirase hacia ella, pero no la vio.

Recuerdo aquella visita, la insistencia de Alejandra de señalar hacia la ventana de la cocina en la casita del jardín, de cómo nos detuvimos después y me hizo girarme para observar el porche desde la entrada de la casa principal.

La médium madre se ocupa de los cafés. Va a ser una noche muy larga. La otra médium, la hija, es una niña de rasgos extrañísimos. Observa sin abrir la boca. Parece que es la que ha conseguido que el espíritu de Eva les contase dónde se encontraba su cuerpo. Todo esto me lo está contando su madre. Si no acabase de quemarme la lengua con el café humeante que me ha ofrecido pensaría que estoy soñando.

—No entiendo nada —digo— ¿La niña veía a Eva?

—La niña y Alejandra, las dos podían verla y escucharla.

—Y usted no —digo.

—No, yo no.

—No entiendo nada —repito.

La médium comienza a contarme una historia sobre quiénes pueden y quiénes no pueden ver a los muertos. Que si su hija tiene un don, que si Alejandra puede verla porque es una elegida por su propia hija, que si hay gente que cuando está a punto de fallecer ven espíritus que son afines a ellos...

Sigo sin entender nada. No hay tiempo para pensar en nada. El cuerpo es real, ¿no es eso lo que importa? Terminan de extraerlo. Levantan el cadáver. Finalmente se llevan el cuerpo. Han tardado más de seis horas. Es plena madrugada, en nada comenzará a amanecer.

41. LUJÁN

El forense me da un informe exhaustivo que se resume en tres cosas importantes para mí: Eva murió desangrada por herida de arma blanca, estaba embarazada y han encontrado piel humana bajo sus uñas. Trató de defenderse y tenemos un ADN.

Solicito la orden de detención inmediata para Carlos Antúñez de La Flor. Te tengo, cabrón. Ahora tendrás que explicarnos, tú o tu abogado o quien sea dónde estuviste aquella tarde y el porqué de tu arañazo en el cuello. Veremos cómo piensas escaparte cuando la piel bajo las uñas de Eva coincida con tu ADN.

Llevo toda la noche sin dormir, pero tengo varias cosas que hacer antes de ir a casa a darme una ducha y acostarme unas horas. Primero paso por la residencia a ver a mi madre. Acaba de desayunar y Asunción la está peinando en su habitación. Mi madre está empeñada en que hoy es domingo y quiere que la arreglen para ir a misa. Mi madre es atea.

Damos un paseo por los jardines de la residencia y se le olvida que iba a ir a la iglesia. Me va señalando distintas plantas y flores mientras recita en voz alta sus nombres. Estoy segura de que se los está inventando, aunque no puedo asegurarlo porque no tengo ni idea de botánica. Nunca me ha interesado, se me mueren hasta los cactus. Me recuerda a Clara María y su meta de jubilarse para retirarse a cultivar plantas en su casita en Lastres.

—Deberías dejar ese trabajo tan feo que tienes —dice de repente—. La vida es muy corta para pasársela entre muertos.

Me sorprende. No pensé que recordara que trabajo en la unidad de crímenes de la policía.

Cuando salgo de la residencia llamo a Mauricio y le digo que tenemos que ir a comer a un Llagar que he descubierto.

—Te noto de buen humor, ¿buenas noticias sobre esa chica desaparecida?

—Tanto como buenas...

No, no es un final agradable, pero es un final y además en un tiempo récord. Después, cuando tenga más tiempo y no me esté cayendo de sueño le contaré todos los detalles. Menuda historia. Seguro que Mauricio se empeña en conocer a las médiums, espero que consigamos mantener a la prensa al margen, pero me temo que va a ser imposible.

Llego a casa. Dejo las llaves sobre el mueble recibidor y decido irme a la cama directamente, la ducha puede esperar.

Creo que no llevo durmiendo más que un par de horas cuando suena mi teléfono. No tengo registrado el número desde el que me llaman. Al otro lado de la línea una mujer pronuncia mi nombre.

—Sí, soy yo.

—Soy Lorena, la mujer de Carlos. Necesitamos hablar con usted.

De nuevo el uso del plural.

—¿Necesitamos?

—Mi hija y yo. Mi hija Lucía.

Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto por la interrupción repentina del sueño. De todas formas me incorporo en la cama, miro la hora en el móvil separándolo de mi oreja.

—¿Inspectora?

—Sí, estoy aquí. ¿Dónde puedo hablar con ustedes?

—La espero en mi casa, es importante.

Todo es importante. La orden de detención ya se ha cursado. Tengo un mal presentimiento. Siento como si el castillo de naipes que he creado en mi mente se estuviese tambaleando.

No puede ser, me digo. Todo encaja. Él quiso dejarla, ella se enfadó, le acosó, le amenazó, le hizo ver que se lo contaría a su mujer y además estaba embarazada. Tenía que librarse de ella como fuese. Ese arañazo en el cuello y la piel bajo las uñas de Eva son como piezas de un rompecabezas que acaban de unirse. La médium me contó todo lo que el supuesto espíritu de Eva les había dicho. La recogió antes de que llegase a entrar en la notaría, por eso nunca estuvo allí. ¿Qué estoy diciendo? ¿El espíritu de Eva? Muevo la cabeza y decido tomarme un par de paracetamoles. Desayuno un café solo, tampoco tengo nada con qué acompañarlo, ni siquiera leche, tendré que hacer la compra, estos días han sido vertiginosos. Me meto en la ducha y me dedico unos minutos, a fin de cuentas la mujer de Carlos ha dicho importante, no urgente.

Cuando llego a la dirección que Lorena me ha facilitado son casi las dos de la tarde. Mi estómago ruge, aunque mi cabeza parece estar en su sitio después del chute de analgésicos. Viven en un ático, en el centro, no muy lejos del hotel en el que se aloja Carlos.

Me abre la puerta su mujer. Se nota que es mayor que él, aunque tampoco debe sacarle muchos años. Está ligeramente maquillada y tiene el pelo arreglado de peluquería, esas cosas se notan. Lleva una camiseta y unos pantalones holgados que pretenden verse informales, pero que en ella resultan elegantes. Me tiende una mano y se presenta para después hacerme pasar. El ático es de una sola planta, con un amplio recibidor que parte la casa en dos, a un lado quedan las habitaciones y al otro la cocina y un enorme salón con una puerta ventana que da salida a una terraza.

Lucía está sentada en uno de los tres sofás que regentan el salón y su madre se acomoda junto a ella mientras la abraza por los hombros. La mirada altiva de Lucía ha desaparecido. Se nota que ha estado llorando y se deja arrullar por su madre.

—El padre de Lucía me ha llamado para decirme que le van a detener.

Vaya, han sido rápidos. Echo una ojeada a mi móvil, estarán al avisarme, seguramente mi superior quería darme unas horas más de descanso.

—Así es, hemos encontrado el cuerpo de Eva.

Lucía se tapa la cara y comienza a llorar. Su madre la aprieta contra sí. Quisiera conmovirme, pero, sinceramente, no puedo. Pienso en Eva, pero sobre todo pienso en su madre. Ella ya no puede consolar a su hija.

—Lucía tiene algo que contarle, y yo también.

Separa a la chica de sí con suavidad y le da un pañuelo de papel para que se suene.

—No pudo ser mi padre —dice

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque yo estuve con él esa tarde.

—Tú estuviste con Carla.

Lucía asiente.

—Con Carla estuve después. Terminaba su turno a las ocho, pero pasé a buscarla antes, sobre las seis y media. Una hora después mi padre me envió un vídeo, estaba aquí, en esta casa — extiende su teléfono hacia mí. Lo cojo y veo el wasap. Aparece un vídeo de una maleta sobre una cama y un poco más abajo un mensaje escueto: “Ya lo has conseguido” —. Estaba aquí, no pudo ir al piso, asesinar a Eva y largarse antes de que Carla y yo volviéramos a casa. Menos llevarse su cuerpo.

Mi cabeza da vueltas. ¿Puede estar manipulado el vídeo? ¿La hora, la fecha? No entiendo demasiado de las nuevas tecnologías, pero sé que esas cosas pueden hacerse.

—Eva tenía piel bajo sus uñas, y tu padre un arañazo en el cuello.

Lucía se muerde un labio.

—Fui yo. Ese arañazo se lo hice yo. Esa tarde discutimos fuerte. Nos dijimos cosas horribles, podría decirle que las mantengo, que es un hijo de puta que le ha destrozado la vida a mi madre —Lorena le coloca una mano en una rodilla tratando de calmarla—, pero no la asesinó. Es imposible, acaba de verlo.

Mi cabeza es una montaña rusa. Pienso a toda velocidad. Carlos estaba encubriendo a su hija cuando se negó a hablar. Porque si él no había asesinado a Eva y Lucía se había mostrado violenta llegando a atacarle a él ¿Por qué no podía haber sido ella quien la asesinara? Lucía estaba dolida y muy nerviosa cuando se separaron después de discutir.

—Yo también tengo que contarle algo —dice Lorena. Parece avergonzada.

Que siga el espectáculo, pienso. En apenas un par de horas toda mi tesis se está desmoronando.

—Lucía me llamó un día antes de la desaparición de Eva para contarme que su padre me estaba engañando con ella. Supongo que imaginaré lo que me costó creerme algo así, pero entonces comencé a repasar los meses anteriores y todo cuadraba. Pasé de no creerlo a sentirme como una estúpida por no haberme dado cuenta antes. Había cambiado. Tantas salidas, tantas horas extras en la consulta, tantas convenciones... Sentí una rabia tan grande, una impotencia tan inmensa...

No, no podía ser, ¿acaso esa mujer iba a confesar el crimen de Eva? ¿Por qué no había pensado antes en hablar con ella? Era la ex mujer, la mujer engañada, yo era la estúpida y no ella, la que debería haberla interrogado mucho antes.

—Llamé a Carlos, le dije que tenía que verle inmediatamente, que saliera de la consulta y viniese a casa. No me lo negó. Escuchó mis acusaciones con la cabeza gacha y me pidió perdón. Me juró que la había dejado, que había roto su relación unos días antes y que estaba muy arrepentido. Me pidió que siguiéramos juntos y yo le dije que lo pensaría.

Lucía continúa llorando. Lorena la mira y luego se gira hacia mí.

—No sé, quizá hasta hubiese sido capaz de perdonarle si él no hubiese culpado a nuestra hija de romper nuestro matrimonio cuando quedaron esa tarde. Pero por ahí no estaba dispuesta a pasar. Lucía no era la responsable de nada. Me llamó llorando después de su discusión. Yo estaba en la consulta del dentista y la pedí que se tranquilizara, luego llamé a Carlos y le dije que recogiera sus cosas y se fuera. Por eso él le envió ese vídeo a mi hija.

Madre e hija se vuelven a abrazar.

—Cuando salí del dentista estaba furiosa. En mi ofuscación yo también cometí el error de culpar a quien no era, a Eva. Quise enfrentarla. Mirarla a la cara, decirle lo despreciable que me parecía lo que nos había hecho a mí y a mi hija —dice apretando la mano de Lucía— Me fui al piso que compartía. Incluso toqué al timbre, pero nadie respondió. Me aposté en una esquina ¿se lo imagina? Una mujer despechada esperando para escupir en la cara de la culpable —sonríe con tristeza—. Bueno, culpable tampoco, porque ¿acaso el adulto no es Carlos? ¿Acaso no es él mi marido? —no espera ninguna respuesta—. Entonces vi el coche, y la vi a ella. Iba sentada en el asiento del copiloto y se reía. La sangre me hervía, pero sentí vergüenza, una mujer de casi cincuenta años encarando a una niña ¿se lo imagina? Sentí que estaba haciendo el ridículo, allí plantada, esperando a una chiquilla y dispuesta a perder mi dignidad por un hombre que no lo merecía.

Pensé que me hablaba del coche de Carlos. Cada vez me sentía más confusa. No acababa de entender lo que me estaba contando. Madre e hija se contradecían una frente a la otra. Lucía había asegurado que su padre no era el culpable, que le había enviado aquel vídeo lo que hacía imposible que pudiese estar con Eva a aquella hora. Incluso Lorena había afirmado que el vídeo

lo había enviado Carlos después de discutir con su hija y que ella le hubiese pedido que se largara. Entonces, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué decía que la sangre le hervía al ver a Carlos y Eva llegar al piso?

—Conducía ese chico —dijo de pronto—. No recuerdo su nombre, yo solo le vi una vez en un restaurante, dos días antes de la desaparición de Eva. Carlos se mostró muy raro aquella noche, con aquel encuentro, ahora sé por qué.

—¿Un chico joven? —pregunto.

—Es un amigo de Eva de la infancia, del mismo pueblo que ella —dice Lucía.

La montaña rusa en mi cabeza se detiene en seco. Eva no llegó a entrar en la notaría, alguien la recogió en su coche justo antes de que lo hiciera, alguien que ese día había quedado con ella allí, por eso sabía que acudiría y la esperó como un lobo a un cordero. Por eso abandonó el trabajo alegando sufrir una migraña. La recogió y la llevó a su casa. Eva se montó en su coche y lo metió en su piso porque no tenía nada que temer de su amigo de toda la vida. De su amigo de la infancia. Del niño al que sus padres habían criado casi como a otro hijo.

—Néstor —digo en voz alta.

—Sí —confirma Lorena —. Así es como se llama.

42. ALEJANDRA

Apenas ha amanecido cuando me quedo sola en casa. La inspectora se ha marchado en cuanto se han llevado el cuerpo de Eva. Nos miraba como si estuviésemos locas, tres mujeres contando que mi propia hija muerta nos había desvelado su paradero.

Al final, ¿qué importa si estamos locas o no? Eva ha aparecido.

No me han querido dejar ver su cuerpo. Parece que estaba envuelta en la colcha y las sábanas ensangrentadas de su cama. Le harán la autopsia y la acondicionarán un poco antes de dejarme verla. Me han pedido que les dé alguno de sus vestidos, el que prefiera.

Liliana y Cecilia se resisten a abandonarme. La niña ahora aparece totalmente agotada y no ha vuelto a abrir la boca. Su función aquí ha terminado.

—¿Estarás bien? —pregunta Liliana.

—Sí, necesito estar sola un rato.

Respetan mi deseo y se van paseando hacia casa. Se van por el camino en el que Cecilia se encontró a Eva, acompañadas por el trino incesante de los miles de pájaros que surcan el cielo que ya anuncia otro día de calor.

Cierro la portilla y me vuelvo hacia la casita del jardín. Por la parte de atrás, bajo la ventana de la cocina, está el agujero de tierra del que han sacado a mi pequeña. Tras el cristal ya no hay nadie.

Entro en la casita y respiro hondo buscando su olor. Nada, no queda nada. Con su cuerpo se han llevado el espíritu. Casi me arrepiento de haberla encontrado.

Abro el armario de contrachapado blanco de su habitación. Es un mueble pequeño, muy sencillo, como su cama de cabecera de madera lisa, también blanca. Sobre ella una guirnalda de flores de color rosa pálido. También la colcha es de color rosa, pero un rosa oscuro, tirando a rojo. Sobre la cama hay tres animales de peluches. Un oso cuyo cuello se bambolea descosido, casi en el aire, seguramente por obra de Luca. Una ballena blanca y un erizo.

Devuelvo la mirada al armario, aunque no quiera tarde o temprano tendré que hacerlo, tendré que escoger un vestido por ti, para ti.

No tengo nada de sueño. Me siento cansada, pero desvelada, y en este estado aún soy incapaz de asumir el dolor. No puedo pensar que ahora sí comenzará una investigación a fondo, empezando por su cuerpo que estarán profanando en una sala fría, sobre una camilla.

Para eso quieren un vestido, para disimular todo el destrozo que te estarán haciendo. A ti, que siempre has sido tan presumida, tan coqueta. Estabas muy orgullosa de tu belleza, de tu juventud, de tu frescura, de ese atractivo con el que lo envolvías todo, con el que enredabas a cualquiera haciéndole caer a tus pies.

Veo el vestido de gasa turquesa, el del corpiño negro entallado. Lo compraste para acudir con él a la cena de graduación del instituto. Parece que haga un siglo de aquello y tan solo han pasado dos años y medio. Tenías todo el futuro por delante.

Cierro las puertas del armario y me sujeto el estómago abrazándome a mí misma. Quiero llorar, pero estoy tan cansada que no puedo. El pecho me duele, pero no consigo sentir nada.

Vuelvo a casa. Está tan vacía y silenciosa como la del jardín. Necesito sentir algo, aunque sea culpa, pero hasta eso se ha llevado Eva.

Tardé en comprenderlo. Mi vergonzoso secreto, aquel que yo esperaba llevarme a la tumba, se lo había llevado primero ella. Siempre fue más rápida, más decidida, más valiente.

Luca acude a mi lado. Dejo la puerta abierta y la perra sale al patio. La veo correr hacia la

casa del jardín. Imagino que irá a escarbar en el hueco que han dejado tras la ventana. Buscará su olor, como yo lo he hecho antes en el interior de la casa, dentro del armario, entre sus peluches, sobre la almohada. Nada.

Busco el álbum de fotos, ese que le gustaba tan poco a Néstor. Entre las fotos hay un recorte de periódico, en él aparecen Eva y Néstor, ella muy sonriente, él serio, yo diría que hasta preocupado. Es de un periódico local. Tenían diez años y fue una noticia que no trascendió mucho más allá de Valmilar. Tuvieron la genial idea de adentrarse en uno de los bosques y se perdieron, así que se montó un equipo de búsqueda formado por la guardia civil, dos guardas forestales y una veintena de vecinos que nos lanzamos a buscarles en plena noche. Aparecieron cerca del amanecer, sanos y salvos, tan solo con algo de frío. El periódico local, escaso de noticias, vio una oportunidad en esta aventura y se pasó por casa a entrevistar a los niños.

—¿Mellizos? —preguntó el reportero.

—No, no, ella es mi hija y el niño es su mejor amigo.

El reportero comenzó a hablar con ellos y Eva en seguida captó toda su atención. Néstor observaba cauto, discreto, siempre a la sombra de mi hija. El reportero les estaba haciendo la entrevista en el salón de casa y una chica le acompañaba y no dejaba de tomar fotos a los niños. Néstor me miraba de reojo de vez en cuando, como buscando un punto de confianza ante aquella situación en la que se veía protagonista sin haberlo buscado.

—¿Y tuvisteis miedo? —preguntó el reportero.

—Yo sí —dijo Néstor—. Me daba miedo que no volviéramos a ver a la gente que queremos.

Eva puso los brazos en jarras.

—Este porque es un miedica. Yo no tenía miedo, sabía que mi padre nos encontraría, solo teníamos que quedarnos quietos en un sitio, mi padre me lo ha explicado mil veces —dijo con suficiencia.

El reportero no tuvo mejor idea que titular el reportaje como El príncipe y la guerrera, con un afán más que evidente de destacar la valentía de Eva y minusvalorar la de Néstor.

Néstor se pasó una tarde llorando avergonzado. Sentado en el mismo sofá en el que le habían hecho la entrevista yo trataba de consolarle incluso aunque para ello no dejara a mi hija en muy buen lugar.

—No eres un miedica, eres prudente, y la prudencia es un signo de inteligencia. Ser valiente a veces no es más que ignorar las consecuencias de tus actos.

Cojo el móvil y busco su número en la agenda. Ha llegado el momento de que yo sea valiente, de que afronte mis actos y asuma la responsabilidad que me corresponde.

Él responde al momento.

—Ven —le digo—. Han encontrado a Eva.

Cuelga.

43. LUJÁN

Tengo que localizar a Néstor. El único lugar en el que se me ocurre que puedo encontrarlo es en la notaría. Busco el contacto del notario.

—¡Inspectora! Menuda sorpresa, no puede ni imaginarse lo que acaba de pasar.

Su voz suena agitada. Me lo imagino sobre la bicicleta estática de su despacho y casi soy capaz de percibir el olor a tabaco y perfume a través de la línea. Esos pantalones apretados de su traje de marca tienen que impedirle doblar bien las rodillas a la hora de pedalear.

—No tengo tiempo —interrumpo— ¿Está Néstor ahí?

Los molestos jadeos continúan al otro lado. Puede que mire el cronómetro incrustado en el manillar, que haga un gesto de contrariedad al comprobar que aún le quedan varios minutos de penitencia por haberse fumado ese último cigarrillo.

—Eso iba a contarle. Esta misma mañana se ha despedido él mismo. ¿Se acuerda de lo que hablamos? Qué ironía —se ríe.

—Necesito que me dé su número. Rápido.

El notario parece contrariado. Tiene ganas de cotillear y yo no estoy por la labor.

—¿Qué es lo que pasa?

—Páseme su número al wasap. Deprisa.

La acritud que hay en mi tono de voz debería ser suficiente para que me obedezca.

—Está bien, está bien, no hace falt...

Cuelgo el teléfono. Los segundos pasan, el wasap no llega. Este tipo me repele, me genera una animadversión que no tiene ningún sentido ¿Cuánto se tarda en buscar un número en contactos y enviarlo? Inútil, susurro enfadada. Estoy a punto de volver a llamar cuando el sonido de un silbido me avisa de la llegada de un mensaje. Veo el número, listo en mi wasap para presionarlo y marcar.

El teléfono da un par de tonos y contesta una voz de mujer.

— ¿Sí?

Al principio pienso que ese memo del notario me ha enviado el número de vete tú a saber quién. Puede que se haya equivocado o simplemente se haya querido vengar de mi actitud desagradable de esa forma tan infantil.

—¿Es usted, Inspectora?

No puedo evitar apartar un poco el móvil y mirar hacia la pantalla, como si fuese a verla allí, con su expresión melancólica y su cabello largo y brillante cayendo sobre su pecho como una cascada.

—¿Alejandra?

—Está aquí, conmigo, en mi casa.

Dios mío, la tranquilidad de esta mujer me deja aturdida. ¿Por qué está Néstor allí? ¿Por qué ha contestado ella a su teléfono?

—Alejandra, escuche, no quiero que se ponga nerviosa, pero podría estar en peligro.

Se hace el silencio un momento. Me parece escuchar unos sollozos, pero no son suyos.

—No se preocupe, estoy bien. Voy a estar bien.

Me horroriza esa última frase. Algo me dice que ya sabe que Néstor es quien ha asesinado a su hija. ¿Qué está pasando aquí? ¿La tiene Néstor retenida o es ella la que retiene a quien le ha robado lo que más quería?

—Voy para allá. No haga ninguna tontería, por favor.

Cuelgo y monto en el coche. Pido refuerzos y salgo pitando. Me sé el camino de memoria y

tardo poco menos de una hora en llegar. Los refuerzos no están a la vista. Agitada bajo del coche, abro la portilla y corro hacia la casa. Tengo la pistola preparada, pero espero que no sea necesario usarla. Sé que estoy cometiendo una imprudencia, que debería esperar a que llegaran los refuerzos, pero soy incapaz de quedarme sin hacer nada.

—¡Alejandra! —grito ya llegando a la puerta.

Ella la abre. Su rostro es un remanso de paz y yo dejo caer los brazos a los lados de mi cuerpo, jadeando. Hace años que dejé de fumar y creo que voy a tener que plantearme hacer lo mismo con el alcohol, o al menos reducir su consumo, igual que el de las grasas saturadas, porque las calorías comienzan a acumularse propiciando que me sienta más fatigada de lo que debería en momentos como este.

—Está en la sala —dice.

Se escuchan sirenas en el camino. Los refuerzos llegan tarde, como siempre. Entro tras Alejandra, ignorando a los compañeros, ignorando la prudencia, ignorando todas las normas de seguridad.

Néstor está sentado en el borde del sofá, los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza entre sus manos. Está llorando. Alejandra se arrodilla frente a él y con delicadeza le hace levantar la cara sujetándole por la barbilla. Esta mujer tiene que estar trastornada.

Mis compañeros irrumpen en la casa y yo les hago una señal para que se detengan.

—Han venido a buscarte. Es la hora.

La madre de Eva ayuda a Néstor a levantarse y lo acerca a los agentes. Me hubiese gustado poder grabar nuestras caras. El muchacho se muestra sumiso, se deja manejar como una marioneta. Uno de los agentes lo esposa mientras comienza a recitar sus derechos. Alejandra me pone una mano sobre un hombro.

—Trátelo bien, no sea demasiado dura con él, a Eva no le habría gustado.

44. NÉSTOR

No se puede elegir a quién amar. Ojalá. O mejor aún, ojalá se pudiera elegir a quién no amar. Eso nos ahorraría tantos sufrimientos y problemas.

Dicen que solo soy un crío, pero tengo muy claro lo que siento.

Ha sido así desde que tengo conciencia. Siempre la he amado, primero con inocencia y luego con un deseo que me quemaba.

Soy el pequeño de seis hermanos, y una de mis abuelas vivía en casa. Tengo una familia amplia, algunos de mis hermanos se han casado y ya tengo cuatro sobrinos. No, yo no necesitaba otra familia, tengo la mía. Lo que encontraba en casa de Eva era otra cosa distinta, quizá el silencio que requerían mis migrañas, puede que por ahí comenzara todo.

Evita. ¿Que si llegué a odiarla? No, no creo, pero sí que se convirtió en un obstáculo para alcanzar mi felicidad. Ojalá se pudiese dejar de amar cuando a uno le diese la gana.

Ella tenía todo aquello que a mí me faltaba, arranque, valentía, prepotencia, autoestima. Se creía con derecho a pisotear los sentimientos de los demás solo porque no pensaran como ella y quien osara criticarla era porque la envidiaba. ¿Envidiarla? Bueno, no estoy seguro, había una parte de ella que sí envidiaba y era su capacidad para cambiar de decisión sin inmutarse y hacer exactamente lo contrario a lo que predicaba sin ningún tipo de rubor.

Envidiaba esa capacidad, pero esto no quiere decir que me gustase.

Recuerdo cuando traje a Carlos a cenar a casa de sus padres la primera vez. Creo que ese fue el momento en el que comencé a planear su crimen. Me resultaba insoportable ver cómo se había saltado todas sus reglas y parecía tan feliz, mientras yo me consumía entre el deseo y la culpa.

Luego aquella otra noche, en el restaurante del Naranco, cuando hizo coincidir nuestra cena con la de Carlos y su mujer, supe que había llegado el momento. Él estaba muy cabreado con ella, ya había descubierto su personalidad posesiva y estaba siendo acosado. Tenía pánico a que su mujer se enterase, menudo cuadro aquella noche, parecía un fante allí parado frente a la mesa mientras su señora parloteaba, pensé que se lo iba a hacer en los pantalones.

Lucía había recibido mi mensaje y yo la había espiado comprobando que lo había descubierto todo. Al principio no entendía que no hiciese nada, me desesperaba su pasividad, pero luego vi una ventaja en su actitud.

Si Eva desaparecía, Carlos sería el principal sospechoso.

Esa misma noche, la de la cena en el restaurante, Evita me dijo que el fin de semana iría a Valmilar a ver a Alejandra, y me pareció el momento perfecto. Le pedí que se pasara por la notaría el viernes por la tarde antes de irse al pueblo y así se llevara ella los papeles para no tener que ir yo.

El viernes me llamó para pedirme la dirección y yo fingí sufrir una de mis migrañas y me fui de la notaría. Pero no la avisé a ella. Me llevé los papeles y la esperé aparcado en doble fila hasta que la vi llegar al portal. La llamé y ella me confirmó que había ido caminando hasta allí.

—Te acerco hasta el piso —dije.

—Vale, así recojo la maleta y el coche y tiro para Valmilar.

Yo no había estado antes en el piso. Le dije que necesitaba ir urgente a un baño y ella misma sugirió que metiese el coche en el garaje que hay en el sótano del edificio y ocupara la plaza de Lucía, que estaba en la facultad.

Aquello me facilitaba las cosas. En un principio pensaba haberla dejado muerta en el piso, pero entonces pensé que sería mejor hacer desaparecer el cuerpo.

Entré al baño, oriné realmente, tiré a la taza la servilleta que ella había dejado en el

salpicadero de mi coche y tiré de la cadena. Al salir le pregunté que si me enseñaba su habitación, ella me llevó hasta allí. En seguida me fijé en la foto que tenía con Alejandra, la de la tarta de cumpleaños. Cogí el retrato entre mis manos y las observé. Eran tan diferentes, tan diferentes como lo éramos Evita y yo.

—¿Te acuerdas? Ahí ya éramos amigos. Tú estuviste en esa fiesta —me dijo.

—Y en todas las demás —contesté triste.

Ella se puso frente a mí y sonrió con malicia.

—Incluso en la de ayer.

Sabía muy bien a lo que se refería, pero traté de disimular.

—Estaba muy borracha, pero sé que eras tú, estoy segura. Te saludé, pero no me contestaste. Estabas escondido tras una columna. ¿Te escondías de mí?

—No.

No iba a decirle que la estaba espiando, que quería saber los pasos que había dado antes de que llegara este momento para poder ir elaborando mi plan y mi coartada. Esa misma mañana la vi saliendo de la consulta de Carlos. Estaba furiosa. Habían discutido, sin duda, eso era bueno para mí, para mi propósito.

—Dios mío, Néstor, al final era cierto y eres un mariquita —se rio—. Confieso que estoy defraudada, no porque me importe lo que seas, sino porque siempre pensé que estabas enamorado de mí.

Agacho la cabeza. Mi mano se va al bolsillo trasero de mi pantalón y acaricia la empuñadura de la navaja. Me la regaló Benjamín hace años, su propio padre.

—Te equivocabas —digo.

—Ya, ahora ya lo sé.

—No, también te equivocas con eso, no soy homosexual.

Mueve la cabeza como si no me comprendiera, con irritación.

—¿Qué te pasa, Néstor? ¿Por qué eres tan raro? Ese aire misterioso es ridículo.

Saco la navaja. El filo sigue escondido en la empuñadura y ella no recae en que tengo algo en la mano.

—Porque he vivido escondiéndome de ti toda la vida. No solo anoche en ese club, toda mi vida escondido por el qué dirán.

Ella junta las cejas, aprieta los labios.

—Acabas de decir que no eres un mariquita —dice con absoluto desprecio.

Vuelvo a mirar la fotografía.

—¿Recuerdas aquel día que tu padre nos iba a llevar a montar a caballo? Teníamos dieciséis años y poco antes de salir de tu casa comenzó a darme una migraña.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Tú querías ir a montar a caballo a toda costa. Yo te conocía muy bien y sabía que te irías, te irías con tu padre.

Eva duda. Creo que en su cabeza comienza a formarse una idea, pero es demasiado increíble incluso para ella.

—Yo me quedé en tu casa, con tu madre, pero ese día no tuvo que cuidarme porque no tenía ninguna migraña. Ni te imaginas cuántas migrañas me he inventado a lo largo de los años.

Eva levanta un brazo y me engancha el cabello. Sus ojos se han desorbitado. Es menuda, pero tiene fuerza, o la rabia, la sorpresa, o la impotencia le proporcionan un vigor que no le corresponde.

—¡Hijo de puta! ¿Qué es lo que estás diciendo?

Siento sus uñas arañando mi cuero cabelludo. La empujo, con los nervios a flor de piel, la tensión gobernando todos mis actos, y cae sobre la cama. La navaja parece conocer el camino exacto para rasgarle la yugular. El primer borbotón de sangre sale disparado y me salpica en la cara. Me apresuro a poner la colcha en su cuello. No quiero que todo se llene de sangre, y menos yo, que luego tendré que salir del piso. Sus ojos me miran agigantados, no sé si por la herida o por lo que acaba de descubrir.

—La amo, la he amado siempre, y por mucho que te pese también ella me ama. Pero ahí estabas tú, todo el día con la historia de la diferencia de edad, y por si ya fuese difícil para tu madre la situación en la que se encontraba tú no hacías más que meter el dedo en la llaga una y otra y otra vez. Nunca tuvo valor para dejar a tu padre, pero el destino se puso de mi parte y fue un obstáculo que desapareció por su cuenta. Entonces pensé que quizá, pero no, porque qué ibas a decir tú. Y eso que ya habías tenido la desvergüenza de liarte con un tío veinte años mayor.

Ella me sigue mirando, aunque su mirada ya se ha relajado. Incluso me parece que sus ojos, el color de los mismos comienza a velarse.

—Nos destrozaste la vida, le destrozaste la vida a tu madre. Después de morir tu padre se sentía tan culpable que no quiso volver a tocarme. ¿Sabes el suplicio que eso significa para mí? Su única preocupación era que tú te enteraras, la culpa le carcomía, pero eso se acabó ¿me oyes? ¿me oyes?

Su cuerpo da un último espasmo y se queda quieto. A pesar de no ser muy grande pesa un montón. Pero yo estoy eufórico, puedo con todo. Tengo suerte, como si el destino se hubiese puesto de mi parte. Nadie espera el ascensor ni en su planta ni en la del sótano donde he dejado aparcado mi coche en la plaza del de Lucía. Meto a Eva en el maletero y observo el bulto de su cuerpo envuelto en las sábanas y la colcha, qué vulgar, que zafio para alguien con tanta clase como ella. Pero si hay algo que nos iguala a todos es la muerte, lo han dicho muchos poetas, que nadie crea que es un pensamiento original mío.

Mañana le llevaré los papeles a Alejandra y esperaré a que den por desaparecida a Evita para despedirme de la notaría y proponerle a su madre que huyamos, que nos larguemos juntos lejos, a una ciudad grande donde nadie conozca a nadie ni se meta en la vida de los demás.

Alejandra. Recuerdo sus manos acariciando mi frente, apartando mi flequillo hacia atrás. Echaba la persiana y se sentaba a mi lado en la cama. Sus manos son tan suaves. La primera, la segunda, la tercera migraña fueron reales. Luego comencé a inventarme alguna, cuando echaba de menos sus manos, sus ojos mirándome con cariño. Pasaban los años y la conversación entre nosotros cuando se suponía que comenzaba a disminuir el dolor se iban haciendo más íntimas, más profundas. Hablábamos de nuestros miedos, porque los dos éramos miedosos e inseguros. Descubrimos lo mucho que nos parecíamos, pero sobre todo lo distintos que éramos de Benjamín y de Eva.

Esa noche había tormenta. Todo parecía ponérseme de cara. Llegué a su casa y entré con el coche hasta la parte trasera de la casita del jardín. No fui prudente, lo sé, me di cuenta después cuando vi que Alejandra encendía la luz de su habitación. Debería haber apagado los focos, aunque pensé que ella dormiría y pasarían desapercibidos por los relámpagos de la tormenta. Vi su silueta a través de la ventana. Estaba deseando correr a abrazarla, pero primero tenía que enterrar a Eva. Excavé en la parte de atrás, bajo la ventana de la cocina. La tierra estaba blanda por el aguacero que la había empapado y tampoco me molesté en darle mucha profundidad. No pensé en que la buscaran aquí.

Pero cuando fui a entregarle a su madre los papeles de Benjamín, al día siguiente, Alejandra ya sabía que habías desaparecido y me llamó loco cuando le propuse huir lejos. Discutimos en la

puerta de su casa porque ni siquiera me quería dejar entrar. Al final se tranquilizó, parecía que mi decepción le apenaba.

—Solo eres un crío, Néstor. Por favor, olvídate y comienza a vivir. Haz tu vida.

Es cierto, puede que solo sea un crío, pero tengo muy claros mis sentimientos. Siempre he sentido este amor por ella y siempre lo sentiré, no importa el tiempo que pase.

No sé cuántos años pasaré en la cárcel. Mi única esperanza es que Alejandra se apiade de mí y venga a verme alguna vez. Eva, mi Evita, lo hará, de eso estoy seguro, se colará en mis sueños para atormentarme por el resto de mis días. Como una tormenta infinita, como una tormenta invisible.

EPÍLOGO

LUJÁN

Dos semanas después del entierro de Eva los periódicos y televisiones siguen haciendo del caso un circo. Una historia demasiado golosa como para no aprovecharse del tirón. El amante de la madre, que no es otro que el mejor amigo de la víctima, resulta ser el asesino que lo ha hecho todo por amor.

Néstor permanece encerrado en espera de juicio. Me dicen que recibe a diario centenares de cartas de admiradores, todo un clásico. No le han visto leer ninguna.

Tengo un par de cosas pendientes por hacer. En primer lugar voy hasta el Ramiro I y me pido un licor de oro. Era algo que deseaba hacer desde aquel día que lo descubrí gracias a Carlos. El camarero me mira de arriba abajo mientras me sirve. No está acostumbrado a tener clientela tan chabacana. Le sonrío, pero no me devuelve la sonrisa. Mientras lo estoy saboreando allí mismo, en la barra, para fastidiarle más con mi presencia cercana, veo salir a Carlos del ascensor. Lleva dos maletas. Me ve y se acerca.

—Inspectora, resulta que tiene buen gusto.

—¿Cómo está? Déjeme que le invite a uno —hago un gesto al camarero que atiende de mala gana al mismo — ¿Vuelve a casa?

—Me instalo en un apartamento.

—Lo lamento —digo.

Él hace un gesto con la mano en el aire.

—He de reconocer que me lo gané a pulso.

Se bebe el licor casi de un solo trago.

—Me gustaría hacerle una pregunta, inspectora, ¿de verdad pensaba que había sido yo?

Asiento.

—Estaba segura.

Nos quedamos en silencio. Saca un billete de cincuenta y lo extiende hacia el camarero.

—Le dije que yo invitaba —protesto.

—En otra ocasión, así le demuestro que no hay rencores.

El camarero coge el dinero y le devuelve el cambio sobre un platito dorado. Carlos lo recoge dejando un billete de cinco euros sobre el mismo. Me hace un saludo militar.

—Puede que no sea buena persona, pero soy un excelente ginecólogo, lo digo por si tiene que hacerse una revisión, ya sabe donde estoy, no hace falta que le dé mi tarjeta.

Comienza a alejarse y yo recuerdo algo.

—¡Carlos!

—¿Si?

—¿Qué pasa con Clara María?

Él se encoge de hombros.

—Me pidió que le arreglara los papeles para cobrar el subsidio del paro durante estos dos años que le quedan para jubilarse. Parece que se traslada a la casita que tiene en Lastres. Tampoco a ella le parezco una buena persona. Una pena, era una gran secretaria. No creo que encuentre otra como Clara.

Paladeo lentamente lo que me queda del licor, luego cojo los cinco euros del platillo mientras sonrío al camarero y salgo del hotel entonada por el alcohol, con la cabeza muy alta.

Tres días después conduzco hacia Valmilar, he recogido las escasas pertenencias que Eva

tenía en el piso alquilado y se las llevo a Alejandra. Mauricio y mi madre van conmigo. Los dos se han sentado atrás y mi madre coquetea con mi ex marido mientras yo les observo a través del retrovisor delantero.

Alejandra nos recibe con una efusión inusitada en ella. Se coge del brazo de mi madre y la dirige hacia la casa principal.

—¡Qué casita tan mona! —dice mi madre. Parece encantada con Alejandra— ¿Y esa niña tan guapa que nos mira desde la ventana?

Todos miramos hacia la casita. Mauricio no sabe dónde meterse y Alejandra contesta con calma.

—Ah, será mi hija.

Esta mujer tiene que estar muy trastornada, es muy fuerte todo lo que ha vivido en tan poco tiempo.

Mauricio deja la maleta de Eva con sus cosas en la cocina. Alejandra la abre delante de nosotros y comienza a acariciar los objetos, un cepillo de pelo, un frasco de perfume, un neceser de terciopelo rosa, una funda de gafas, su ropa cuidadosamente doblada. Saca el cuadro del que ella misma tiene una réplica en el salón. Lo abraza contra sí, creo que es la primera vez que la veo emocionarse hasta la lágrima. Se pasa la mano bajo los ojos con rapidez.

—No sabía que tenía esta fotografía en el piso.

—Es una fotografía preciosa —dice mi madre.

Alejandra le aprieta una mano. Han conectado como nunca me hubiese imaginado.

—¿Les apetece quedarse a comer? —pregunta Alejandra.

—No, muchísimas gracias, pero le he prometido a Mauricio que hoy le invitaba a una fabada en el Llagar que hay poco antes de llegar al pueblo. No recuerdo el nombre.

—Telva —dice Alejandra.

Nos acompaña hasta la portilla. Mi madre le deja dos besos sonoros en las mejillas.

—Buen viaje —dice Alejandra con mucha dulzura. Lo dice como si nos fuésemos a China, y no al Llagar que está a unos pocos kilómetros de su casa.

—Ah, y despídame de su hija —dice mi madre.

Alejandra sonrío. Mira hacia el cielo, en dirección norte, se aproxima una tormenta.

—Lo haré —promete.

ALEJANDRA

A media tarde ha comenzado a levantarse viento. He ido cerrando las ventanas de la casa, una a una, paseando por cada habitación y mirando desde cada una de ellas hacia la casita del jardín. ¿Será posible que sigas aquí?

Sabías lo que me esperaba ¿verdad? Desde tu entierro, antes quizá, no lo recuerdo bien, comenzaron a ofrecerme entrevistas en distintos programas. He visto trozos de algunos, pero no veo que cuenten nada de interés. Qué saben ellos.

Nuestros nombres ya han sido trending topic varias veces en twitter, esa red en la que te gustaba tanto defender tus opiniones. Ahora opinan sobre nosotros, sobre los tres, sobre ti, sobre mí, sobre Néstor. Unos nos atacan, otros nos defienden, lo normal. Pero nadie nos conoce.

Estoy segura de que la inspectora piensa que soy una trastornada, pero, a fin de cuentas, supongo que todos estamos un poco locos a ojos de los demás.

Vuelvo a la cocina. Tu maleta está abierta sobre la mesa y el cuadro con nuestra foto está sobre la encimera. No me lo esperaba, me pillaste por sorpresa. No me hubiera sorprendido que tuvieras una con tu padre haciéndote compañía allí en Oviedo. No, eso no me hubiese sorprendido.

Comienza a oscurecer. Me meto en la cama. Sé que pronto se pondrá a llover. Espero con paciencia escuchar las primeras gotas que mezcladas con el viento golpearán los cristales de la ventana. He dejado la persiana levantada para poder recrearme con su sonido.

Escucho un trueno en la lejanía. Luca levanta la cabeza de la alfombra y se acerca a la puerta del cuarto, ladrando. Al cabo de un momento, un relámpago ilumina la habitación y te veo de pie junto a la puerta, Luca danzando a tu alrededor. Te olisquea y mueve su cola.

—Eva.

—Mamá, ¿puedo dormir contigo?

No esperas respuesta. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, ven tu figura avanzar. Las sábanas se retraen y noto el peso de tu cuerpo sobre el colchón. No quiero encender la luz, no quiero que te vayas, que desaparezcas.

Un trueno suena más cerca esta vez. Luca resopla y se tumba de nuevo sobre la alfombra.

—¿Qué te pasa? ¿Estás temblando? —pregunto.

—Me dan miedo las tormentas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nos contabas aquella historia del abuelo.

Sonrío. Todas las historias tienen un fin y un sentido.

—Nunca dijiste nada.

—Yo era la niña fuerte de papá.

A pesar de la oscuridad veo tus ojos. Han cambiado, ya no son tan duros, pero vuelven a ser los tuyos, los ojos de mi niña.

Al siguiente relámpago le sigue un trueno que parece ir a partir el cielo en dos. Meto la mano bajo las sábanas hasta encontrar la tuya y la aprieto, protegiéndote, insuflándote valor, como debería haber sido siempre. Tengo miedo de cerrar los ojos y que desaparezcas. Parpadeo con rapidez, luego un poco más despacio, hasta acumular un poco de seguridad.

Cierro los ojos. Los deseos se formulan con los ojos cerrados. Pido un deseo con fuerza, con todas mis fuerzas. Si lo deseas con toda tu alma acabará por cumplirse, recuerdo la voz de Benjamín. Escucho las gotas golpeando los cristales. Tengo los ojos cerrados y un único deseo

sacudiendo mi cerebro, como la lluvia repiqueteando en los cristales: que esta tormenta no se termine nunca.

FIN